

Cuatro epístolas fundamentales

Un conocido obrero brasileño ha dicho que hay cuatro epístolas que, por su importancia, se pueden comparar con las cuatro patas de una mesa, que si se comprendiese el significado de ellas, las iglesias tendrían una sólida edificación. Estas epístolas son Romanos, Efesios, Colosenses y Hebreos. La primera muestra la gloria del Evangelio; la segunda, la gloria de la Iglesia; la tercera, la gloria de Cristo; y la cuarta, la gloria del caminar cristiano. En ésta y las próximas tres revistas esperamos, Dios mediante, poder sumergirnos en ellas. Comenzamos ahora con Romanos.

Romanos nos presenta especialmente – aunque no exclusivamente – la obra de gracia de parte de Dios para la justificación del pecador impío, por lo cual se ubica al comienzo. Muchos siervos de Dios empezaron su nueva vida en sus inspiradas páginas.

Agustín de Hipona, por ejemplo, cuando era un joven de vida licenciosa, fue tocado por *“Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias... sino vestíos del Señor Jesucristo”* (Rom. 13:13-14). Martín Lutero, cuando era un monje que se esforzaba por hallar la paz de su alma, dio con Romanos 1:17: *“Mas el justo por la fe vivirá”*, una palabra que no solo cambió su vida, sino, en cierto modo, la faz del mundo.

¿Cuántos otros ejemplos se podrían sumar a éstos? Sin duda muchos, incontables. Esperamos que, a partir de estos estudios, la carta a los Romanos nos traiga una renovada vislumbre de la gloria de Cristo, pues Él mismo es el Evangelio de Dios para el hombre.

Damos gracias a Dios, finalmente, por la incorporación de nuevos colaboradores al equipo de la revista, lo que ha permitido remozar su gráfica y presentación, como también redefinir sus objetivos y su periodicidad que, a partir de ahora, será trimestral. ¡Que Dios sea servido, y glorificado!

Contenido

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

- 4 **Consumismo y manipulación**
Una radiografía a la cultura secularizada y su influencia sobre los cristianos de hoy.

EVANGELIO

- 10 **El corazón del Padre**
Muchos piensan que Dios es severo y que permanece alejado del hombre.

LA GLORIA DEL EVANGELIO

- 12 **La buena nueva universal**
La gloria del Evangelio radica en su entera disponibilidad, por la gracia de Dios, y por fe. *Rubén Chacón.*
- 18 **Los efectos de la justificación**
La paz con Dios hace posible alcanzar la paz de Dios. *Roberto Sáez.*
- 24 **La transformación de la mente**
El proceso de la transformación del cristiano comienza con la renovación del entendimiento. *Rodrigo Abarca.*
- 38 **Apeles, aprobado en Cristo**
La historia de un cristiano en el contexto de la epístola a los Romanos. *Gonzalo Sepúlveda.*
- 48 **La provisión del Evangelio**
La provisión del Evangelio es triple: justificación, santificación y redención. *Stephen Kaung.*

LEGADO

- 56 **La vida cristiana normal**
Una panorámica del libro homónimo, un clásico de la literatura cristiana. *Watchman Nee*
- 62 **Romanos: el Evangelio de la Esperanza**
La epístola que traslada al hombre de la desesperación a la esperanza. *T. Austin-Sparks.*
- 70 **Tengamos paz**
Romanos 5:1 es un llamado a tomar la paz. *John H. Jowett.*

- 73 **La entrega del «yo» a Cristo**
Muchos de los problemas que enfrentamos proceden de un yo no sometido a Cristo. *E. Stanley Jones.*
- 79 **La víctima de la cruz**
El único destino de la carne es la cruz. *J. Gregory Mantle.*
- 80 **El «yo» y la cruz**
Textos escogidos de diversos autores sobre las características y el lugar que le corresponde al Yo.

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

- 85 **Un profeta en la selva de cemento**
Semblanza de David Wilkerson, uno de los cristianos más prominentes de los últimos cincuenta años.
- 93 **Testimonios de David Wilkerson**
Una selección de testimonios autobiográficos de David Wilkerson.

ESTUDIO BÍBLICO

- 98 **Bosquejo de Nahum.** *A. T. Pierson.*
- 99 **Símbolos y tipos en la vida de Jacob** *A.B. Simpson.*

VIDA CRISTIANA

- 103 **Cuerpos consagrados y mentes renovadas**
El sabio equilibrio entre la enseñanza doctrinal de Romanos y sus demandas prácticas. *Marcelo Díaz.*
- 107 **Terminando con el pasado**
Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica. *Watchman Nee.*

APOLOGÉTICA

- 111 **Grandes cataclismos terrestres**
Un enfoque bíblico. *Ricardo Bravo M.*

Secciones Fijas

- 55 Maravillas de Dios
- 84 Joyas de Inspiración
- 118 Historias Verdaderas
- 120 Cartas de nuestros lectores

Consumismo y manipulación

Una radiografía a la cultura secularizada y su influencia sobre los cristianos de hoy.

La mayoría de los países occidentales disfrutan hoy de un éxito material sin precedentes. Esto ya no es un hecho reconocible solo en los países del primer mundo, sino incluso en muchos de los países otrora llamados tercermundistas o «en desarrollo». Sin embargo, a medida que el nivel de vida ha ido escalando sin cesar durante los últimos cincuenta años, el nivel moral-espiritual-relacional se ha venido en picada.

Muy atrás ha quedado la época de las familias tradicionales, de la oración antes de comer, de los embarazos felices, de los programas de TV que ensalzaban la familia; la época en que los problemas eran simples, y las familias vivían en vecindarios tranquilos y tenían cuentas pequeñas. Las metas económicas eran modestas y graduales, y su consecución hacía sanamente felices a la gente.

Hoy en cambio, queremos alcanzar la gratificación inmediata de nuestros deseos, así que ya nos olvidamos de pagar al contado. Rara vez podríamos tener en efectivo lo suficiente para comprar todo lo que compulsivamente deseamos comprar en un determinado momento. Los hombres de

hoy están consumidos por el deseo de comprar cosas que no necesitan, con dinero que no tienen, para impresionar a personas que no les simpatizan.

La explosión tecnológica de los últimos ochenta años ha marcado este cambio de siglo como el vértice del potencial y la realización humana en toda la historia. Hemos sido bendecidos por los progresos tecnológicos que hacen más confortable nuestra vida doméstica, nuestros viajes, nuestras comunicaciones y nuestros empleos. Sí, somos más prósperos. Pero ¿a qué precio?

Los hombres de hoy están exhaustos. Muchos de los que han alcanzado el éxito han perdido a sus familias. Son demasiados los niños que han crecido con un padre ausente. Las facturas de las deudas que asumimos por acumular cosas que nunca necesitamos, y que ahora ya no usamos, siguen llegando por correo con la puntualidad del reloj.

La manipulación del consumismo

La teoría dominante en el mundo occidental en las últimas décadas ha sido el consumismo, que se puede definir como «teoría económica que sos-

tiene que el consumo cada vez mayor de cosas es siempre beneficioso». Pero, ¿es realmente beneficioso?

En 1957, Vance Packard escribió el libro *The Hidden Persuaders* (Los Persuasores Secretos), que produjo impacto y alarma en Estados Unidos. El autor descubrió y alertó sobre una estrategia a gran escala dirigida a canalizar nuestros hábitos inconscientes y manipular nuestra inclinación a comprar cosas. Los comerciantes habían formado una perversa alianza con los practicantes de la psicología para manipular al consumidor estadounidense.

Los stocks habían aumentado, y había que buscar la forma de achicarlos. A fines de la Segunda Guerra Mundial la maquinaria industrial norteamericana tenía la capacidad de producir mucho más que lo que el público realmente adquiriría. De modo que los comerciantes probaron cómo estimular a la gente a comprar más. Así nació la ciencia que investiga las motivaciones.

¿Se ha preguntado alguna vez por qué, cuando apenas ha terminado de pagar el auto (e incluso antes), empieza a sentir una ineludible tentación de cambiarlo por otro más nuevo? ¿Por qué no lo seguimos conduciendo hasta que se agote, antes de comprar otro? La razón obedece al resultado de esa impía alianza, y reside en lo que se denomina obsolescencia psicológica.

Los comerciantes descubrieron cómo hacer que nos sintiéramos avergonzados de ser propietarios de un vehí-

culo considerado como 'antiguo'. Así, estamos programados para consumir solo porque la teoría económica dominante lo sostiene.

Hacia fines de 1955, la publicación *Cristianismo y Crisis* criticó severamente «la economía estadounidense en permanente expansión». Señaló la presión ejercida sobre los ciudadanos para que «consumieran, consumieran y consumieran, sin tomar en cuenta si necesitaban o si realmente deseaban esos productos que prácti-

**Los hombres de hoy
están consumidos por el
deseo de comprar cosas
que no necesitan, con
dinero que no tienen,
para impresionar a
personas que no les
simpatizan.**

camente les imponían». Agrega que la dinámica de un sistema en permanente expansión exigía que «fuésemos persuadidos a consumir, a fin de satisfacer las demandas del proceso productivo».

¿No resulta sorprendente que la afirmación profética de 1955 podría ser perfectamente un comentario descriptivo de nuestra vida actual? Pero sus advertencias quedaron ahogadas en la marea de publicidad de los nuevos e irresistibles productos.

Abra cualquier periódico y verá que el consumismo domina la realidad

económica. ¿Quién nos persuade a ser parte de ese proceso?

La influencia de los medios de comunicación

No hay nada que ejerza tanta influencia en nuestro pensamiento como los medios de comunicación. Desafortunadamente nuestros medios están controlados por humanistas seculares, de modo que el sesgo de todo lo que se imprime, programa publicita e informa, transmite un estilo de vida secularizado.

A través de los medios y de la propaganda, en gran medida realizada subliminalmente, se nos induce consciente e inconscientemente a perseguir el estilo de vida consumista. El secreto de avivar nuestros deseos y caprichos ha sido elevado al rango de disciplina científica. ¡Después de todo, la meta económica que persigue la televisión es vender productos y servicios!

Nuestro problema radica más en aquello a lo que está expuesto nuestro inconsciente que nuestra mente consciente. Según Wilson Bryan Key, en su libro *Sedución Subliminal*: «La mente consciente discrimina, decide, evalúa, rechaza o acepta. El inconsciente, aparentemente, solo archiva unidades de información que influyen en las actitudes o en el comportamiento a nivel consciente de manera que la ciencia desconoce. La enorme industria de la comunicación se dio cuenta, tiempo atrás, de la resistencia que la mente consciente levanta contra la publicidad. En cambio, en el nivel inconsciente hay muy

poca resistencia, si es que hay alguna, y es a eso a lo que apela actualmente la publicidad».

Como puede ver, tenemos alguna posibilidad de defendernos a nivel consciente, pero las incitaciones al consumo están dirigidas a nuestra mente inconsciente.

Quizá la única forma de superar este dilema sea examinar nuestras fuentes de entretenimiento e información. Probablemente los cristianos tengan que llegar a prescindir de la televisión, o al menos bajar drásticamente su exposición a ella. El apóstol Pablo ofrece una pauta que vale la pena adoptar: «*Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna*» (1ª Cor. 6:12).

Lo que debe preocuparnos es que nuestra mente inconsciente pudiera ser dominada en un área en la que no tuviera suficiente habilidad para resistir. Nuestra mente inconsciente no tiene murallas alrededor ni centinela a la puerta.

Observe una noche cualquiera los comerciales de la televisión, y luego hágase la siguiente pregunta: «Si estas propagandas son verdad, entonces ¿quién soy yo, qué soy yo?». La vida que proyecta la pantalla ensalza el placer, la sensualidad, el no privarse de nada, y defiende el derecho que uno tiene de obtener cualquier cosa que se proponga.

Hace poco una empresa automovilística presentó su último modelo. Pero el modelo alcanzó marcas bajísimas

de venta. ¿Cuál es la causa de esto? Muy probablemente se deba a que, como los cambios en este modelo son tan radicales, la gente está esperando que le digan «quién» y «qué» llegarán a ser una vez que adquieran ese auto. Es el poder de la publicidad.

El estilo de vida secularizado

Hoy vemos una generalizada falta de dominio propio en el consumidor occidental. Esto se debe a que cincuenta o más años de consumismo e influencia de los medios han provocado un radical cambio de valores.

El deseo de tener cosas ha llegado a ser más importante que tener una filosofía de vida coherente y significativa. Lamentablemente, son mayoría los que procuran el estilo de vida que dictan los comerciantes (llamémosla una vida feliz y despreocupada), que los que el sistema económico puede lealmente sostener. El estilo de vida y la imagen por la que nos esforzamos es un modelo artificial, generado por los medios. Los medios crean la imagen del estilo de vida que los productores de bienes y servicios quieren vender. Es un modelo irreal, artificial. Son apenas unos pocos los que los alcanzan, y cuando lo hacen, quedan extenuados. Los hombres que procuran alcanzar ese nivel de vida –y en alguna medida todos lo intentamos– les resulta inalcanzable, y si lo alcanzan, descubren que no pueden mantenerlo, o que, al fin de cuentas, no valía la pena.

Este fracaso produce un intenso nivel de ansiedad. Una vez que hemos aceptado el modelo impuesto por la

sociedad de consumo, es prácticamente imposible evitar la ansiedad provocada por este estilo de vida. Cuanto más tenemos, más queremos. La «ansiedad» es el subproducto inevitable de la carrera que emprendemos en pos de esa vida hermosa e inmaculada.

Está, además, la presión que provocan las deudas. En la medida que nuestros gastos exceden nuestras entradas, acumulamos deudas. Pedir prestado ha llegado a ser un deporte popular. El crédito fácil parece una idea genial. Si pudiéramos controlar nuestros impulsos, sería maravilloso. Sin embargo, cuando combinamos el crédito fácil con el consumismo, obtenemos una fórmula altamente explosiva. En nuestro afán por alcanzar un buen nivel de vida, somos tentados a estirarnos un poquito más hacia la felicidad que nos ofrece ese crédito tan accesible.

El doble golpe que implica la ansiedad producida por el estilo de vida generado por los medios y la presión provocada por las deudas resulta altamente deprimente. No solo cargamos con la opresión de no alcanzar nunca el nivel de vida que nos hemos fijado como meta, sino que tenemos que soportar el peso de las deudas que hemos acumulado en nuestro intento por llegar allí. La duda nos torna amargados e irritables, porque advertimos que hemos hecho el papel de tontos y nos hemos engañado a nosotros mismos. No solo eso, sino que nuestras relaciones personales terminan destruidas.

Cuando decidimos a entrar en esta carrera loca sin destino, muy pronto

aparecerán fracturas en nuestras relaciones personales, y en poco tiempo vendrá el derrumbe total. Desafortunadamente, en esta lucha por alcanzar un buen nivel de vida, con demasiada frecuencia muchos hombres dejan atrás una estela de relaciones rotas.

La manera en que medimos nuestro nivel de vida indica qué carrera hemos decidido correr. El creyente enfrenta aquí un verdadero dilema. Cada uno de nosotros tiene que hacer su propia decisión, pero hay una enorme presión que nos persuade a tomar la decisión equivocada, y no debiéramos subestimarla. «Puedes elegir tu camino, pero no el resultado». La ley de causa y efecto se impone a nuestras decisiones.

La triste suerte de la rana

El periodista y escritor cristiano Malcolm Muggeridge ha relatado cómo se cocina una rana. Si uno toma una rana y la echa en una olla de agua hirviendo, el animalito sentirá el calor y saldrá de un salto. Pero si se coloca la rana adentro de una olla con agua fría, y se va elevando lentamente la temperatura, el animal no sentirá el cambio y no saldrá de la olla, sino que terminará cocinado.

Tan inadvertidamente como esa rana en agua fría, nuestros valores se han ido «cocinando» lentamente a lo largo de las últimas décadas. ¡Si alguien hubiera sido sometido a congelamiento hace cuarenta años y regresara hoy a la vida, pegaría tal salto para escapar de esta olla en que hemos transformado el mundo

que nosotros quedaríamos tambaleando!

¿A qué se debe que no nos espanta, por ejemplo, el aborto, las drogas, la corrupción, el tráfico de niños y de órganos, y los escándalos de la industria farmacéutica? No reaccionamos porque a lo largo de un pequeño período de años, muchos de nuestros valores se han ido deteriorando gradualmente, volviéndonos meros cristianos «culturales».

Muchos hemos aceptado la cultura moderna tal como se presenta. Con mucha frecuencia, nuestros valores y creencias reflejan la mediocridad de una sociedad superficial y desesperanzada. En lugar de encontrar en nosotros, los cristianos, una esperanza para este mundo afligido, al vernos, reflexionan: «La verdad es que no veo qué diferencia puede haber hecho Cristo en tu vida. Si eso es lo que significa ser cristiano, me quedo con lo que soy».

La pregunta que todos debiéramos hacernos es: ¿Hay alguna diferencia entre la forma en que vivo y la manera en que vive este mundo derrumbado y lastimado? Mi vida ¿ofrece desesperanza o desilusión? ¿Estoy fuera de la olla, o estoy cocinándome a fuego lento, como la rana?

La batalla se libra en la mente

Muchos cristianos se encuentran a la deriva en esta marea loca del consumismo y los falsos valores de la sociedad de consumo. La fe cristiana parece totalmente ineficaz para contrarrestarla y ofrecer al cristiano un

lugar seguro. ¿Por qué la fe, que en otro tiempo hizo de los cristianos hombres y mujeres vencedores, hoy se muestra impotente?

Lo que sucede es que muchos de nosotros simplemente estamos 'jugando a ser cristianos', repitiendo los gestos correctos cuando estamos en las reuniones de la iglesia. Asistimos al culto los domingos, pero el mensaje que nos llevamos no parece tener impacto en nuestra vida. No sabemos exactamen-

**Los medios crean la imagen
del estilo de vida que los
productores de bienes y
servicios quieren vender.
Es un modelo irreal, artificial.**

te por qué sucede esto, y antes de que nos empiece a preocupar, preferimos pensar en ese problema laboral que nos está oprimiendo la boca del estómago. Salimos corriendo a nuestro próximo compromiso, y cuando llegamos al lunes por la tarde, el recuerdo del domingo está tan distante como el de las últimas vacaciones.

El vértigo de la vida contemporánea nos impide detenernos a reflexionar sobre lo que nos va ocurriendo, sobre si las decisiones que tomamos se enmarcan en la perspectiva cristiana del mundo, o si estamos cediendo

a la forma secularizada de vivir. Pareciera que no tenemos una mirada de conjunto, sino solo fragmentada, acerca de lo que esta cultura secularizada nos propone.

Debiéramos ser más desconfiados de la vida secular. Debiéramos analizar cada pedazo, cada idea y teoría que inocular en nuestras mentes y que van y vienen interminablemente, y determinar qué perspectiva de la vida representan. Con demasiada frecuencia vemos sucesos y circunstancias aislados y desvinculados entre sí, cuando deberíamos estar viendo de qué manera encajan en el cuadro total de nuestra cosmovisión.

La batalla se libra en la mente. Debido a que no tomamos en serio esta guerra espiritual, muchos estamos sucumbiendo. Es una lucha entre la perspectiva secular mayoritaria y la perspectiva cristiana minoritaria, la cual se describe en Efesios 6:12: *«Porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes».*

«Escudriñemos nuestros caminos; y busquemos, y volvámonos a Jehová» (Lam. 3:40).

Patrick M. Morley
(Adaptación libre de
El hombre frente al espejo, cap.1-3).

El Dios del cristiano no es simplemente un Dios que es autor de las verdades matemáticas y del orden de los elementos... sino un Dios de amor y de consolación.

Blas Pascal (1623-1662), matemático, físico y filósofo cristiano

El corazón del Padre

Muchos, en su ignorancia, piensan que Dios es severo,
y que permanece alejado del hombre,
sin inmutarse por sus problemas.

Dios es muy incomprendido por la mayoría de la gente. La imagen que se tiene de Él es la de un Juez severo y vengador. Sin embargo, la parábola del hijo pródigo nos muestra su verdadera naturaleza, así como la ternura de su amoroso corazón.

El hijo menor se acerca al padre y con un tono decidido le pide la parte de los bienes que le corresponde como herencia. El padre se sorprende, e intenta disuadirlo, pero como aquél está empecinado, el padre se lo concede.

A los pocos días, el hijo se va de casa, muy lejos. En poco tiempo, desperdicia todo su dinero viviendo perdidamente.

Cuando todo lo malgasta, viene una gran hambre en aquel lugar, y comienza a faltarle. Se arrima a un hombre rico quien le da trabajo apacentando cerdos. No es el mejor oficio, pero no tiene otra opción. Allí, muchas veces desea llenar su vientre con el alimento de los cerdos, pero ni eso le dan.

Entonces vuelve en sí y dice: *«¡Cuántos jornaleros hay en casa de mi padre que tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!»*. Entonces

decide volver a casa y pedirle perdón a su padre. No le pedirá que lo trate como a su hijo, sino como a uno de sus jornaleros.

Cuando llega cerca de casa, su padre lo ve y lo reconoce. Pese a que sus vestiduras son andrajosas, y su aspecto es el peor, él lo reconoce. Entonces, el padre, lleno de compasión, corre hacia él, se echa sobre su cuello, y le besa efusivamente.

El hijo comienza, entre sollozos, a pedirle perdón a su padre. Pero el padre le interrumpe dulcemente para ordenar a sus siervos que lo atiendan.

¡Que traigan el mejor vestido para vestirle! ¡Que pongan un anillo en su mano! ¡Que la pongan un calzado hermoso! ¡Que traigan el animal más gordo y que lo sacrifiquen! ¡Que haya comida y también fiesta! Los siervos corren para cumplir sus órdenes. ¡Nunca había mandado con tanta urgencia! Entonces, dice el padre, con voz entrecortada: «Mi hijo estaba muerto, y ha revivido. Se había perdido y lo he recuperado».

Muchos hay que no conocen a Dios, y que le atribuyen un carácter duro, y

un corazón insensible. Muchos hombres y mujeres, en su ignorancia, piensan que Dios es severo, y que permanece alejado del hombre, sin inmutarse por sus problemas.

Si miramos a Dios a la luz de algunos pasajes del Antiguo Testamento, nos parecerá que los hombres tienen razón. Sin embargo, en ese tiempo, Dios no había dado a conocer aún su precioso carácter. Solo cuando se manifestó Jesucristo, Dios se nos mostró.

El Señor dijo que, por medio de parábolas, diría cosas que estaban escondidas desde la fundación del mundo. Juan dice que a Dios nadie le vio jamás, pero que el unigénito Hijo le ha dado a conocer. El Señor dijo a Felipe que el que le veía a él, había visto al Padre.

¿Qué cosas estaban escondidas desde la fundación del mundo? Una de las más importantes es ésta: saber cómo piensa, cómo siente, cómo ama Dios.

A través de esta historia, el Señor Jesús nos muestra cómo ama Dios a los hombres. Todos nosotros hemos sido como este hijo necio. Cuando pecamos en Adán, nos fuimos de la casa paterna. Y Dios, el Padre, espera ahora que volvamos a nuestro hogar. Otros, habiendo ya estado en la casa del Padre, salimos de casa para vivir irresponsablemente.

¿Cómo nos recibirá Dios, si volvemos? ¿Nos reprochará por nuestro descarrío? ¿Nos condenará? Ciertamente que no, porque en su corazón solo hay perdón y misericordia.

Es preciso volverse a Dios para recibir su perdón, y ser restaurados en la condición de hijo.

¿Quiere usted hacerlo ahora mismo? Oremos: «Oh Dios, he estado lejos, y he pecado contra ti; perdóname y recíbeme. Creo que Jesús pagó el precio por este perdón. Gracias, Padre. En el nombre de Jesús».

El dolor de Moody

El 8 de octubre de 1871, el predicador Dwight L. Moody le habló a la mayor concurrencia que se había reunido alguna vez en la ciudad de Chicago. Su tema estuvo basado en la pregunta formulada por Pilato: «¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?» (Mat. 27:22). Al término de su ferviente mensaje, Moody le dijo a la audiencia: «Deseo que lleven este texto bíblico en el corazón y mediten en él durante la semana. Cuando nos volvamos a reunir la semana próxima, podremos decidir qué haremos con Jesús».

Pero ese público nunca volvió a reunirse, porque horas después se produjo el terrible incendio que destruyó gran parte de la ciudad de Chicago. Años más tarde, recordando ese hecho, Moody confesó: «Nunca más me he atrevido a proponer *una semana* para que la gente pensara en su salvación. Nunca más he vuelto a ver a aquella congregación... Muchas veces le he pedido perdón a Dios, por haberle dicho al público, esa noche, que esperara una semana». ¡Se perdió para siempre esa única oportunidad!

Citado por Enrique Chaij, en *Todavía Existe Esperanza*

La gloria del Evangelio

Una buena nueva universal



La gloria del Evangelio
radica en su entera disponibilidad para todo hombre,
gratuitamente por la gracia de Dios,
y exclusivamente por medio de la fe.

La epístola del apóstol Pablo a los Romanos muestra, como ninguna otra, la gloria del evangelio. La magnanimidad de éste hace a Pablo declarar: «No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego» (1:16). En Romanos, el apóstol hace una presentación sintética del evangelio que predica y que denomina «mi evangelio» (2:16). Este, no es otro que el evangelio de la gracia de Dios. Según Pablo, Dios no solo ha resuelto de una manera firme y determinada salvar a los hombres, sino, además, hacerlo sin consideración alguna de la conducta de ellos, a excepción de la fe. En la proclamación del

evangelio, dice Pablo, queda al descubierto la gloria del evangelio, porque en él la justicia de Dios se revela por fe de principio a fin (1:17). La justicia de Dios, no la justicia distributiva que da a cada uno lo que merece, sino aquella que justifica gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús (3:24).

Ahora bien, a fin de que el evangelio brille en toda su gloria, el apóstol Pablo comienza su epístola mostrando primero cómo la ira de Dios está encendida contra una humanidad que es responsable y culpable de pecado delante de Dios. Así el favor inmerecido de la salvación de Dios relucirá con mayor esplendor.

Una condenación universal

Comenzando con los gentiles (1:18-32), Pablo declara que, en efecto, la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres. ¿Por qué razón ocurre esto? Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto. Es decir que, según Pablo, los gentiles no son ignorantes de Dios y, por tanto, son responsables ante Él.

Pero ¿qué conocimiento de Dios tuvieron aquellos pueblos de la época veterotestamentaria? «*Las cosas invisibles de Dios*», dice Pablo, «*su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa*» (1:20). Los pueblos no son ignorantes de Dios y, por tanto, no son inocentes ante Él. Como escribiera Lucas: «*En las edades pasadas él ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos; si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones*» (Hech. 14:16-17). A continuación, Pablo concluye con una afirmación que estremece y que asombra con respecto a los gentiles: «**Pues habiendo conocido a Dios...**» (1:21). Todos los pueblos no judíos de la época veterotestamentaria tuvieron el testimonio del primer testigo divino: La creación. De modo que no tienen excusa. El conocimiento de Dios que otorga la creación podemos llamarlo «revelación natural», a fin de distinguirlo de la revelación sobrenatural de Dios.

Luego, Pablo demuestra cómo **la conducta** de los gentiles no fue consecuente ni coherente con el conocimiento de Dios que poseían. A pesar de conocer su eterno poder no le dieron gracias y, no obstante conocer su deidad, no lo glorificaron como a Dios. Así, quedaron justamente condenados bajo la ira de Dios.

Luego, el apóstol Pablo, a partir del capítulo dos de la carta a los romanos (2:1-29), comienza a tratar la situación de los judíos delante de Dios. Ellos, a diferencia de los gentiles, recibieron una revelación sobrenatural de Dios. Él se les reveló de una manera directa en el monte Sinaí y les dio un conocimiento objetivo de su voluntad a través de la ley de Moisés. Sin embargo, los judíos no están en mejor pie delante de Dios que los gentiles. ¿Por qué? Porque como dice Pablo, «*no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados*» (2:13). Pablo pregunta entonces: «*¿Piensas que vas a escapar del juicio de Dios, tú que juzgas a otros y sin embargo haces lo mismo que ellos?*» (2:3). Todos los judíos desde Moisés mismo en adelante, «*con infracción de la ley, habían deshonrado una y*

**En la proclamación del evangelio, dice Pablo,
queda al descubierto la gloria del evangelio,
porque en él la justicia de Dios se revela por fe
de principio a fin.**

otra vez a Dios» (2:23). De tal manera que «*el nombre de Dios era blasfemado entre los gentiles por causa de los judíos*» (2:24). Así, los judíos –al igual que los gentiles– también eran objeto de la justa condenación de Dios, pues, como concluye Pablo, «*ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado*» (3:9).

Pablo, ha demostrado así que **la conducta** de los judíos tampoco ha sido consecuente ni coherente con el conocimiento de Dios que recibieron. ¿Querrá decir entonces que todos se perdieron? ¿Será eso lo que Pablo nos quiere comunicar? En ninguna manera. Lo que Pablo intenta decirnos es que **según la conducta** todos los hombres –tanto judíos como gentiles– están condenados. Por las obras ningún ser humano, ni siquiera Noé, ni Abraham, ni Daniel, ni Isaías ni ningún otro, está aprobado delante de Dios. Por lo tanto, reiteramos la pregunta: ¿Querrá decir entonces que todos se perdieron? No. Lo que ocurre es que estamos pasando por alto el punto más importante de esta cuestión: Que Dios nos envió al Salvador del mundo, al Mesías prometido a Israel. Y como nos lo dijera Juan: «*No envió Dios a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él*». Pero ¿cómo podría el Mesías salvar a los hombres cuando la conducta de ellos los condenaba irremediabilmente? Precisamente, no por la conducta, sino por la fe: «*La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para to-*

dos los que creen en él» (3:22). Los que ponen su fe en el Señor Jesucristo son justificados gratuitamente, independientemente de su conducta. De esta máxima espiritual ni siquiera los cristianos se escapan. En efecto, aun los cristianos permanecemos salvos, no por nuestra conducta, sino exclusivamente por la fe en nuestro bendito Salvador. Si por el contrario, Dios tuviese que juzgarnos por la conducta, entonces también todos los cristianos seríamos condenados. Así como el testimonio de la creación condenaba a los gentiles por su conducta, y así como el testimonio de la ley condenaba a los judíos por su conducta, de la misma manera el testimonio de la ley del Nuevo Testamento condenaría a todos los cristianos por su conducta. Nuestra salvación es firme y segura porque no depende de nuestra conducta cristiana, que es siempre imperfecta, sino porque Cristo con una sola ofrenda nos hizo perfectos para siempre (Heb. 10:14).

Una salvación universal

Cuando miramos con atención el Antiguo Testamento, descubrimos que el contenido de esta sección de la Biblia es la historia de un pueblo, el pueblo de Israel. En efecto, con excepción de los primeros once capítulos del libro de Génesis –que podríamos considerar como historia universal– los 39 libros que componen el Antiguo Testamento se dedican a relatar la historia de Israel en sus diferentes aspectos: Su origen, su formación, sus peregrinajes, sus victorias, sus derrotas, su poesía, su sabiduría y sus esperanzas. Desde el capítulo doce del libro de Génesis hasta el último libro del Antiguo Testamento, el libro del profeta Malaquías, la inspiración divina se concentra en registrar la historia de un solo pueblo, Israel.

No obstante, la causa del interés divino por registrar la historia del pueblo de Israel no radica en el pueblo mismo. De hecho, Israel no es ni el más grande ni el mejor de los pueblos de la tierra (Deut. 7:6-8). ¿Cuál es entonces la razón de la elección divina? Lo único que explica el interés divino por consignar dicha historia es la promesa de Dios de enviar al Salvador del mundo, quien no es otro que el Mesías de Israel. Como dijera el propio Señor Jesucristo: «*La salvación viene de los judíos*» (Juan 4:22). Así, la atención por registrar la historia del pueblo de Israel tiene como causa la promesa del Mesías que vendría al mundo. El Antiguo Testamento es entonces, en rigor, la historia **del linaje** del Mesías que Dios mismo se suscitaría de las entrañas de este pueblo. Prueba de ello es que, tanto Mateo como Lucas, construyen la genealogía del Mesías gracias al registro de la historia de este pueblo. Mateo lo hace remontando la ascendencia de Jesucristo hasta

Abraham; y Lucas, por su parte, la remonta hasta el mismo Adán. El Mesías sería en su origen, forjado a partir de la simiente de un hombre, Abraham. Por ello, la historia del Mesías propiamente tal comienza en Génesis capítulo 12 con el llamamiento y la elección de Abraham.

Ahora bien, si bien es cierto que el Mesías nace de Israel, esto no significa que el Mesías sea únicamente salvador de los judíos. No; el Mesías prometido a Israel es también el Salvador de todo el mundo y de todos los hombres. El Cristo fue llamado por nombre Jesús, no solo porque salvaría a su pueblo de sus pecados –como escribiera Mateo (1:21)–, sino porque sería el Salvador de todos los pueblos, como lo registrara Lucas, cuando las huestes celestiales alababan a Dios por el nacimiento del Mesías: *«¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con (todos) los hombres!»* (2:14).

De allí la importancia que Lucas remontara la ascendencia de Jesús no solo hasta Abraham, sino hasta el mismo Adán. En este hecho radica, pues, la importancia de los primeros once capítulos de Génesis. El Mesías no solo es hijo de Abraham, sino también hijo de Adán. Por lo mismo, es salvador de todo el género humano y no solamente de los judíos. Aún más, el Mesías, nacido de Israel, no solo sería el salvador de todos los hombres, de todas las razas y pueblos, sino también de los hombres de todas **las épocas**. El Mesías, que sería levantado de un pueblo en particular, sería el Salvador de todos los hombres del periodo antes de Cristo y del periodo después de Cristo. Jesucristo trajo la salvación para todos los hombres, desde Adán hasta el último hombre. Como escribiera Lucas: *«En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre **bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos**»* (Hech. 4:12). Dios no tiene, pues, dos o más maneras de salvar a los hombres. Los salvados de las épocas de antes de Cristo, se salvarán de la misma manera que los salvados del tiempo de Cristo y que los salvados de las épocas después de Cristo. Todos los que se salven, lo serán exclusivamente por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Por esta razón nunca será demasiado enfatizar lo que dijo el apóstol Juan en su evangelio: *«Porque de tal manera amó Dios **al mundo**, que ha dado a su Hijo unigénito, para que **todo aquel** que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él»* (3:16-17).

Entonces, la elección de Israel en ninguna manera significó que Dios se desentendiera del mundo y de los demás hombres, toda vez que lo que Dios estaba comenzando a hacer con Israel era gestar la venida del Salvador de todos los hombres, de todas las razas y de todos los tiempos. La exclusividad de Israel no significaba, pues, exclusión de los demás pueblos. Todo lo contrario, su singularidad estaba precisamente en función de las demás gentes. La preferencia por Israel no era otra cosa que la demostración del favor de Dios por todos los pueblos.

**Nuestra salvación es firme y segura
porque no depende de nuestra conducta cristiana,
que es siempre imperfecta,
sino porque Cristo con una sola ofrenda
nos hizo perfectos para siempre.**

De manera que todos los gentiles de la época del Antiguo Testamento también podrían, potencialmente, ser salvos por la fe; jamás por medio de su conducta. Por ello, resulta muy interesante que Pablo advierta en su carta a los romanos que, cuando Dios juzgue a los hombres –incluyendo a los de las épocas anteriores a Cristo– lo hará por medio de Jesucristo. En ese día, dice Pablo, Dios juzgará *«los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio»* (2:16). La expresión *«los secretos»* se traduce en el versículo 29 como *«lo interior»*. Por lo tanto, Dios no juzgará a nadie por su conducta, sino por su interior. Él no mirará la conducta exterior de los hombres, sino buscará la fe en el corazón de ellos. De hallarla, no cabe duda que el sacrificio de Cristo, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, cubra toda perversidad de los hombres y obtengan así salvación por medio de la fe.

Ahora bien ¿qué fe buscará Dios hallar ese día en los corazones de ellos? La fe en un Salvador. La fe que diga que ellos no podían salvarse a sí mismos de su contingencia mortal. ¡Bendita es la gracia de Dios! ¡He aquí la gloria magnánima del evangelio!

Rubén Chacón

Un acto de obediencia es mejor que cientos de sermones.

Dietrich Bonhoeffer (1906-1945), pastor y teólogo luterano

La gloria del Evangelio

Los efectos de la justificación



La paz con Dios, como efecto de la justificación,
hace posible dar un paso más en la carrera cristiana:
alcanzar la paz de Dios.

«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Rom. 5:1-2).

Paz con Dios

La paz con Dios es el primer resultado de la justificación, pues estábamos enemistados con Dios; la justificación nos reconcilió con Dios y fruto de eso es la paz con Dios. Esto es anterior a todas las bendiciones de Dios para nosotros; sin ello, nada de lo otro podría ser nuestro.

Pablo, en la epístola a los Romanos, se propone exponer la certeza total de nuestra completa salvación por medio de Jesucristo. Para esto, nos recordará que no estamos tratando de tener paz con Dios, porque por medio de Jesucristo ya la **tenemos**. Pablo usa con énfasis la palabra *tenemos*, puesto que en el siguiente texto nos dice que «*también **tenemos** entrada por la fe a esta gracia*».

El hombre de todos los tiempos ha estado desesperadamente en busca de la paz, sin saber exactamente qué tipo de paz es la que necesita. No es la paz mental, ni la paz como mera ausencia de problemas; tampoco es la paz del desarme, ni la paz de los acuerdos o pactos de las naciones. ¡No! Se trata de la paz con Dios, lo cual es un hecho enteramente objetivo, que nos viene por la gestión redentora de nuestro Señor Jesucristo en la cruz del Calvario. Allí se llevó a efecto una acción judicial, acorde con los requerimientos de la justicia divina, donde el pecado debía ser castigado. Toda la condenación cayó sobre Jesús, el Cristo, quien murió representando a la humanidad de todos los tiempos, a la raza de Adán, a fin de sufrir por ellos el castigo del pecado, transfiriéndoles la justificación al aceptar para sí el castigo de ellos.

El pecado nos separaba de Dios y nos hacía enemigos, pero Cristo, al sustituirnos en la cruz, hizo posible que Dios nos otorgara la justificación, y por ese hecho, glorioso, fuimos reconciliados con Dios todos los que hemos acudido por la fe, para apropiarnos de esta gracia. Este hecho, la justificación, es lo que permite que *tengamos* paz con Dios.

Esta paz no se encuentra en ningún otro lugar más que en la persona y obra de nuestro Señor Jesucristo en la cruz, puesto que Dios quedó absolutamente satisfecho en la demanda de su justicia, en cuanto al castigo del pecado. Así queda demostrado el otro aspecto de la virtud de la naturaleza divina: el amor. Justicia y amor son los extremos del carácter de Dios y ambos aspectos fueron expresados en la obra de la cruz. Es a través de su amor que nos otorga la justificación, que tiene como primer efecto práctico en nuestras vidas la paz con Dios; a partir de ella vienen todas las demás bendiciones del cielo, y sin la cual no tendríamos ninguna.

Esto debería hacernos pensar que lo que el apóstol Pablo quiere en la epístola a los Romanos es hacernos ver cuán firme, completa y sólida es nuestra salvación. La santificación no es un tema aparte, desconectado, sino la continuación de un mismo tema: *Los efectos de la justificación*. En realidad, el gran tema de la epístola a los Romanos y

en general el de toda la Biblia, es cómo hizo Dios para reunirnos a él; puesto que la caída nos había separado abismalmente de él. Pero la unión con Dios pasaba por la justificación; de ahí la importancia de ver la centralidad de la obra de Cristo en la cruz, cuyo primer efecto, para nosotros, fue darnos la paz con Dios.

Primero la justicia y luego, la paz. A partir de este punto, se desata la bendición de Dios abarcando todas sus riquezas, lo que hace glorioso el evangelio de nuestra salvación.

El ser salvos por Su muerte y por Su vida, el ser trasladados de Adán a Cristo; nuestra unión en la muerte y resurrección conjunta con Cristo; el que Dios nos haya cambiado de régimen –de la ley a la gracia–; el vivir una vida triunfante por la ley del Espíritu de vida en Cristo; y la multiforme gracia de Dios en los diversos servicios en el cuerpo de Cristo; todos estos temas, que abarcan el resto de la epístola a los Romanos, son una realidad a partir de la justificación.

Justicia y amor son los extremos del carácter de Dios y ambos aspectos fueron expresados en la obra de la cruz.

Por eso el gran tema de Romanos tiene que ver con «los efectos de la justificación» y éste sería el tema que Pablo, de manera tan sistemática, nos presenta en esta epístola, con el objetivo de asegurar a los creyentes en la contundente firmeza de la salvación que Dios nos ha dado en Cristo.

Por lo antes dicho, el creyente no debería aceptar ninguna acusación en su mente, venga de donde venga, pues si Dios declaró la paz para todo aquel que cree ¿quién podrá acusar o condenar a los que Dios justificó?

El que ha sido justificado, comienza su vida cristiana con fe y continúa por la fe, permaneciendo en el don gratuito con que Dios le ha favorecido: el perdón de los pecados mediante la fe en la obra justificadora. Pecados vendrán, pero ni uno de ellos podrá apartar al cristiano del amor de Dios, pues el que cree sabe lo que tiene: «*entrada por la fe a esta gracia*» (Rom. 5:2).

Si bien es cierto que el pecado nos separa de Dios, es muy cierto que la justificación nos restaura a la comunión con Dios. Cualquiera que no sepa lo que Dios nos ha dado en Cristo, podría tomar esto livianamente como licencia para seguir pecando. No obstante, los que conocen de verdad la gracia de Dios, saben que el creyente no solo ha encontrado la dicha de la paz *con* Dios, sino también la dicha de la paz *de* Dios. Una vez que el cristiano ha experimentado esta dicha, no permitirá que nada lo aparte de este disfrute; si peca, no encontrará deleite en eso, por muy placentero que se muestre el pecado; finalmente, se volverá al único y perfecto placer: el de la paz con Dios y la paz de Dios.

Paz con Dios y paz de Dios

La paz *con* Dios es una cosa y la paz *de* Dios es otra. La paz con Dios implica que había una enemistad que fue resuelta con la reconciliación efectuada por Cristo en la cruz. La paz de Dios es algo completamente orgánico, y por lo tanto subjetivo. Mientras la paz con Dios es algo objetivo y, por lo tanto, algo que ocurrió en primera instancia fuera de nosotros en la cruz; la paz de Dios nos viene por la gracia infusa; es lo que Dios, por su Espíritu, puso dentro de nosotros cuando creímos. La paz con Dios es la gracia desde el punto de vista de lo legal; en cuanto a nuestra relación con Dios. Antes de gozar de la paz de Dios había que atender la causa por la cual estábamos desligados de Dios; allí parte todo en cuanto a la obra de recuperación de lo que se había perdido. Fuimos creados para ser uno con Dios, para contemplarle cara a cara, para participar de su naturaleza divina, para ser semejantes a él llevando su imagen, su gloria, su vida, su reino. Pero la caída afectó esa posición desvinculándonos de Dios al punto de lanzarnos a una destitución caótica, tornándonos enemigos de Dios, extraviados, al punto de no poder hacer nada por nosotros mismos para remediar tal fatalidad.

Vinimos a ser calificados como «*hijos de ira*» (Ef. 2:3). Fuimos entregados a «*una mente reprobada... atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades, murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia*» (Rom. 1:28-31), y a esta lista habría que añadir muchas descalificaciones más para referirnos al estado caído del hombre que estaba enemistado con Dios. Era este hom-

bre el que necesitaba desesperadamente tener paz con Dios. Era ésta la gravedad de la distancia abismal que había entre Dios y el hombre, distancia que no se podía zanjar de otro modo que no fuese por medio del precio pagado por Cristo en la cruz.

Todo eso fue causado por un desacato, un solo acto de desobediencia, por el primer hombre Adán. Para un Dios perfectísimo, como el que se nos ha revelado en el macro y microcosmos de un modo natural, y de una manera especial en Jesucristo por las Sagradas Escrituras; ese simple detalle de un acto en contra de la voluntad de Dios trajo consigo la ruina de toda la humanidad. Y es que en Dios no hay errores, ni uno solo; en él no hay tinieblas ni puede haberlas, ni las habrán jamás. Fue por la conducta intachable del Segundo Hombre, que se consiguió regresar para ser amigos de Dios. Fue *«por medio de nuestro Señor Jesucristo»*, como dice Pablo, que tenemos paz para con Dios. Esto era imprescindible antes de gozar de la paz de Dios.

Pablo se refiere a la **paz de Dios** como algo que *«sobrepasa todo entendimiento»* (Fil. 4:7), y es que Dios es la fuente de toda paz. Una cosa es tener paz con Dios por la obra que él hizo en Cristo, y otra cosa es tener la paz de Dios que es él mismo, la paz que es inherente a su persona y que nos fue infundida cuando creímos. Jesús prometió a sus discípulos: *«La paz os dejo, mi paz os doy»*, y *«estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz»* (Jn. 14:27; 16:33). Ofreció *«descanso para nuestras almas»* (Mat. 11:29); es el *«príncipe de paz»* prometido en Is. 9:6. Lloró lamentando que Jerusalén despreciara su paz: *«Oh, si también tú conocieses... lo que es para tu paz»* (Luc. 19:42). Pablo dice que Cristo *«vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca»* (Ef. 2:17). *«No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos»* (Is. 57:21).

El pecado hace al hombre huir de Dios, pero aquel que se aferra de la gracia que Dios ha dado en Cristo, estando en paz con Dios, se deleita en la paz de Dios y permanece en ella, sabiendo que Dios recibe con agrado a la *«...gente justa guardadora de verdades. Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera...»* (Is. 26:2-4). Pudiera ser que a un cristiano inmaduro le importara nada más que el perdón de Dios; si tan solo consigue estar en paz con Dios y su conciencia, eso le sería suficiente. Pero el cristiano maduro irá más allá, buscando no solo la paz con Dios y consigo mismo, sino la paz de Dios, pues esta realidad espiritual es lo que nos permite tener contacto con Dios mismo y no tan solo con una de sus obras. La cual, siendo la primera y la más importante, por ser esta obra la que nos abre la

puerta a todas las demás bendiciones, no obstante, una cosa es disfrutar las bendiciones de Dios y otra mucho más rica es disfrutarlo a él mismo, porque él es la fuente de toda bendición. *Dios guardará en completa paz...* quiere decir que hay una paz que, siendo verdadera, no es completa; ésta es la paz con Dios. La paz completa consiste en

**La fe es la herramienta
que se apropia de la paz con Dios;
en tanto que para gozar de la paz de Dios,
se requiere de nuestra confianza y obediencia.**

que, teniendo la paz con Dios, disfrutemos la paz de Dios, para lo cual es necesario permanecer en él con nuestro pensamiento.

La fe es la herramienta que se apropia de la paz con Dios; en tanto que para gozar de la paz de Dios, se requiere de nuestra confianza y obediencia. Según Filipenses 4:9, «*esto haced, y el Dios de paz estará con vosotros*». Es confianza en lo que Dios ha dicho y ha hecho en Cristo; es obediencia a la fe respaldada por la gracia de Dios. Fe y obediencia son dos categorías de palabras que van juntas en el acercarse y en el caminar con Dios. La fe nos acerca a Dios y la obediencia nos hace caminar con él; pero el común denominador es la gracia de Dios.

Todas las barreras que impedían el acceso a Dios fueron removidas con la obra de Cristo; toda enemistad quedó resuelta; los velos fueron quitados y se produjo el acceso a la gracia de Dios «*en la cual estamos firmes*». Esto implica una afirmación contundente en relación a la seguridad de la completa salvación que tenemos en Cristo, y todo esto hace que Dios se nos revele más glorioso, por la gloria de la salvación con que nos ha favorecido.

Roberto Sáez

Jesús, el único camino

Un automovilista se detuvo para preguntarle a un peatón el camino hacia determinada calle. Cuando el hombre le indicó el camino, el conductor inquirió, dudoso: «¿Ese es el mejor camino?». El hombre respondió: «Es el único».

Así también, Jesús no es el *mejor* camino para llegar a Dios, sino el *único*.

Citado por Billy Graham en *El mundo en Llamas*

La gloria del Evangelio

La transformación de la mente



El proceso de la transformación –o metamorfosis– del cristiano a la semejanza de Cristo comienza con la renovación del entendimiento

Lectura: Romanos 12:1-2.

La carta a los Romanos tiene una división en dos partes: una primera, que comienza en el capítulo 1 y termina en el capítulo 11, y una segunda, que comienza en el capítulo 12 y va hasta el final de la carta, en el capítulo 16. Romanos, al igual que Efesios, tiene una primera parte dedicada a los aspectos de la revelación de la obra de Dios en Cristo, y una segunda parte, que es la aplicación de la primera.

Los que conocen los escritos de Pablo se habrán dado cuenta de que el apóstol se preocupa mucho de que lo que ha sido revelado tenga siempre una aplicación en la práctica. No se contenta con declarar los hechos, las cosas que Dios ha hecho en Cristo, sino que a él le interesa

que estas cosas se traduzcan en experiencia para la vida de la iglesia.

Nunca hay una instrucción o una enseñanza sobre la vida práctica que no esté fundamentada en la revelación. Pero, por otra parte, nunca hay una verdad revelada de Dios en Cristo que no esté luego aplicada a la experiencia práctica. Son como las dos alas de un ave; se necesitan ambas para volar.

Entonces, en esta segunda parte de Romanos, el apóstol Pablo nos introduce en la vida cristiana práctica; pero esa vida cristiana práctica se fundamenta en los otros once capítulos que él ha escrito.

Las misericordias de Dios

El versículo 1 del capítulo 12 comienza con la expresión: «*Así que...*». Esta es una expresión que recorre toda la carta. En otras partes se traduce «*Por tanto...*», o «*Por lo tanto...*», pero la expresión griega es la misma. Y eso significa que lo que él va a decir está basado en todo lo que se ha dicho hasta este momento, que incluye los primeros 11 capítulos de Romanos.

Ahora, vea qué importante esto, porque lo que ha dicho hasta aquí es realmente abundante en revelación. Y ese «*Por tanto...*» es la puerta de entrada a lo que viene a continuación: la vida cristiana práctica.

«*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios...*». La primera parte de Romanos, entonces, trata de las misericordias de Dios. ¡Qué maravilloso! Una de esas misericordias es la elección de Dios. Pero Pablo nos dirá que no solo la elección divina es un acto misericordioso de Dios, sino que la totalidad de la vida cristiana se fundamenta en las misericordias de Dios.

Él va a mencionar por lo menos cinco grandes misericordias que Dios ha hecho con nosotros en Cristo Jesús. Y ellas tienen un propósito, son los fundamentos de la vida cristiana. Cuando usted quiere edificar una casa, primero coloca fundamentos. Si la vida cristiana práctica es la casa, los fundamentos de aquella son estas misericordias de Dios. Sin ellas, no se puede edificar.

Muchos de los problemas que tenemos en nuestra vida práctica se deben a que nuestros fundamentos no han sido colocados de manera adecuada. En 1ª Corintios 3:10, Pablo dice: «*Yo, como perito arquitecto, puse el fundamento*». Luego dice: «*Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo*» (v. 11).

Poner ese fundamento requiere de cierta pericia, que no cualquiera tiene. Por eso dice: «*Yo, como perito arquitecto...*», aunque la palabra *arquitecto* más bien debiera traducirse como *constructor*. El arquitecto es el que hace los planos, pero aquí está hablando del que construye.

Para poner fundamentos, usted tiene que saber. Y con mayor razón en un país como Chile, que es sísmico. El mismo Señor enseñó, en el Sermón del Monte, cuán importante el asunto del fundamento sobre el cual se edifica la casa, en este caso, nuestra vida cristiana.

Después del terremoto de febrero de 2010, viajamos con algunos hermanos a Concepción, y pasamos el único puente que quedaba en pie sobre el río Biobío, que justo cruza por el lugar donde se desplomó un edificio. Era un espectáculo realmente aterrador: aquel inmenso edificio completamente acostado en el suelo. Y, cuando los expertos vinieron a investigar la causa de la caída, se descubrió un gran problema: el edificio se había construido literalmente sobre la arena. Esto es una comprobación de la parábola del Señor Jesús.

Ahora, otros edificios también fueron levantados allí, pero con ellos se cavó lo suficiente, hasta encontrar la roca. Sin embargo la gente que construyó aquel edificio, no lo afirmó sobre la roca. «...*Y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina*» (Mat. 7:27), porque estaba edificada sobre la arena.

En estas palabras, detectamos algo muy importante. El Señor dijo: «...*vinieron ríos, y soplaron vientos...*». Siempre e inevitablemente, soplarán los vientos y vendrán los ríos contra nuestra vida. El Señor lo dijo; no se puede evitar. Usted quisiera que no hubiera vientos, inundaciones, peligros; pero el Señor lo dijo. Nuestra vida va a ser probada.

Tu vida, mi vida con el Señor, va a ser probada. Porque la única forma de saber si los fundamentos están bien colocados es poniéndolos a prueba.

Hermanos amados, lo que el Señor busca en nosotros es realidad. Lo que Dios quiere en tu vida son cosas reales; aunque sea poco, pero que sea real. No quiere apariencias, no quiere cuestiones falsas, erróneas. Y, como él quiere que la verdad esté en tu vida, él va a conmover una y otra vez los fundamentos de tu vida.

En Hebreos dice que, el Dios que un día conmovió la tierra con su voz, nuevamente conmooverá la tierra y los cielos; y todas las cosas que

sean movibles serán conmovidas, para que queden las inconmovibles. Si pudiéramos describir la vida cristiana, yo diría que es eso. Dios conmueve todo en nuestra vida, para que quede lo que no puede ser conmovido.

Por eso, los fundamentos son esenciales. Si tu vida no tiene buenos fundamentos, inevitablemente, vas a sufrir y vas a tener problemas. Por eso, el apóstol Pablo ha dedicado 11 largos capítulos de su carta a los Romanos, para hablar de los fundamentos o de las misericordias de Dios.

Y cuando Pablo comienza a decir: «...os ruego por las misericordias de Dios», está haciendo alusión a todos esos fundamentos, que son esenciales para la vida cristiana; y para la edificación no solo de la vida personal de cada uno de los creyentes. Si usted sigue leyendo verá que, a partir del versículo 3 del capítulo 12, Pablo nos va a hablar de la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Porque el lugar donde se vive y se realiza la vida cristiana es, según el diseño de Dios, la iglesia.

Muchos de los problemas que tenemos en nuestra vida práctica se deben a que nuestros fundamentos no han sido colocados de manera adecuada.

Colaborando con Dios

En el versículo 2, dice algo más: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que **comprobéis** cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta». La palabra comprobar significa conocer por experiencia. Y, cuando Pablo habla de la buena voluntad de Dios, se está refiriendo al propósito eterno de Dios (Rom. 8:28-29), ahora conocido y experimentado por nosotros.

Una cosa es la revelación del propósito de Dios, pero ahora Pablo habla de experimentar, o vivir en ese propósito. Porque Dios no solo quiere que lo conozcamos intelectualmente; él quiere que vivamos por medio de su propósito. Si usted solo sabe su voluntad, pero no vive en esa voluntad, no sirve de nada. Entonces, Pablo dice: «...para que comprobéis...», lo cual quiere decir: «para que conozcáis y viváis la buena voluntad de Dios».

«...a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8:29). Esa es la voluntad de Dios. Pero ahora está hablando de que esa voluntad de Dios se convierte en nuestra experiencia. A esto fuimos llamados. ¡Gloria al Señor!

Por eso, Pablo dice: «No os conforméis a este siglo, sino **transformaos**...». La expresión «transformaos», en el griego, está en lo que se llama 'voz media'. En español, tenemos dos voces. Cuando decimos que ejecutamos algo, usamos la llamada *voz activa*: «Yo hago, yo actúo». Cuando digo que yo recibo sobre mí la acción de otro, entonces usamos la *voz pasiva*. Pero el griego tiene una tercera voz, la *voz media*. ¿Cuál es ésta? Cuando yo quiero decir que hago algo y, simultáneamente, que otro hace también en mí, es decir, la acción la ejecuto yo y a la vez la ejecuta otro sobre mí, uso en griego la voz media.

Esto es muy importante, porque la transformación, el proceso por el cual nos convertimos de la nada a la gloria de los hijos de Dios, es un proceso que hace Dios, pero en el cual nosotros también tenemos una parte. Por eso, se usa la voz media. «Transformaos...». No dice: «Sed transformados...», porque esto significaría que tenemos que quedarnos sentados y esperar que Dios lo haga todo. El énfasis no está en que Dios lo hace todo; ni tampoco dice que yo tengo que hacerlo todo solo, porque sería imposible. Dios hace, y yo respondo también a lo que él hace.

En estos días, se nos habló de la gracia y la responsabilidad, y se nos mostró que estas dos cosas no se pueden separar. La vida cristiana no es solo gracia ni solo responsabilidad. Si fuera solo gracia, se convertiría en libertinaje, y si fuera solo responsabilidad, se convertiría en legalismo. Pero la vida cristiana es gracia y responsabilidad – en ese orden. Es gracia que busca una respuesta de parte nuestra; nuestra colaboración. Eso significa responsabilidad.

Transformados

La palabra griega que ha sido traducida aquí como «transformaos», se utiliza habitualmente en el estudio de los insectos, y es *metamorfosis*. Ésta aparece dos veces más en el Nuevo Testamento. Una en 2^a Corintios 3:18: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos **transformados** –metamorfosados– de gloria en gloria en la misma imagen...».

Y el otro texto está en Mateo 17:1-2: «Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se **transfiguró** –se metamorfoseó– delante de ellos...». El Señor se transfiguró delante de sus discípulos, es decir, adoptó una figura distinta; reveló su gloria. Ellos ya no le vieron con el velo de la carne, sino transfigurado.

Cuando vemos a Jesús transfigurado, en aquella gloria con la que se apareció a sus discípulos, nosotros vemos el propósito de Dios para nuestra vida. Jesús glorificado; esa es la imagen a la cual Dios nos quiere transformar. ¿Se da cuenta de todo lo que Dios tiene en mente? Ese Señor transfigurado es la imagen a la cual Dios nos predestinó, para que seamos semejantes a él. Nosotros, que somos menos que nada, pobres, miserables, pecadores, ciegos, desnudos... predestinados, para un día ser hechos semejantes a Jesucristo.

Pero uno se pregunta: '¿Cómo? ¿Llegaré yo allá algún día? ¿Será posible que yo sea transformado?'. Si observamos nuestra vida cristiana, ¿no nos parece que todo el asunto es demasiado lento? ¿No nos parece que no cambiamos nunca? ¿Y que pasan los años, y los mismos errores, debilidades y fracasos siguen allí? Pues, la mayoría de nosotros avanzamos lentamente.

Pero yo creo que Dios quiere, y que es su voluntad que seamos transformados a la imagen de su Hijo Jesucristo. Lo creo, porque está escrito, y Dios no puede mentir. Porque para eso nos creó, para eso nos predestinó, y es por eso que lo queremos. Usted quiere cambiar y quiere ser diferente, no porque usted es bueno. Esto no nació de usted. ¡Dios lo plantó en su corazón! Es el deseo de Dios que arde en nosotros, porque somos sus hijos.

Entonces, hermanos amados, yo creo que el Señor, en su misericordia, nos da una clave esencial para la vida transformada aquí en Romanos 12:1-2.

Pablo nos está diciendo algo importante: la transformación es una obra de Dios, pero también es una obra nuestra. Hay una parte que Dios hace, pero hay una parte que hacemos nosotros. La más importante, la esencial, es la que Dios hace. La parte de Dios está contenida en esa pequeña frase: «*las misericordias de Dios*». Ellas contienen la parte que Dios hace en nuestra transformación.

La parte nuestra es la que viene a continuación: «*No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro*

entendimiento...» (12:2). El apóstol Pablo coloca aquí una frase clave para la vida cristiana práctica, y que pienso es algo que nosotros pasamos por alto constantemente. De alguna manera, no nos damos cuenta con facilidad de esto. Dice: «*Transformaos...»*, y nos dice cómo: «*...por medio de la renovación de vuestro entendimiento»*.

La importancia de la mente

La Escritura nos dice que la transformación, la metamorfosis, en la vida cristiana, ocurre por medio de la renovación de nuestro entendimiento. Nuestra mente, nuestro entendimiento, juega un papel vital en la vida cristiana práctica. Y, si nosotros lo descuidamos, descuidamos toda nuestra vida.

Puesto que estamos hablando de los fundamentos, vamos a tratar de ponerlos en orden. Según Tesalonicenses, el ser humano está constituido de tres partes: espíritu, alma y cuerpo. La parte más interior de la naturaleza humana es el espíritu, que fue creado para tener comunión con Dios, y también es el órgano consciente de la ley moral de Dios.

El espíritu está consciente de las cosas de Dios, y entiende el lenguaje del Espíritu Santo. Y no solo eso, el espíritu es la morada, la habitación del Espíritu Santo en el hombre.

Cuando nosotros nacemos en este mundo, debido a que todos somos hijos de Adán, llegamos con un espíritu muerto. Cuando lo digo así,

**El gran teólogo puritano John Owen afirmó
que el Espíritu Santo obra *en* nosotros y *con*
nosotros, pero nunca *sin* nosotros.**

no me refiero a que esté literalmente muerto, sino que está carente de función para Dios. Es decir que, en cuanto a Dios, el espíritu está muerto por causa del pecado. Por esta razón, el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (1ª Cor. 3).

Así como un ciego no percibe la luz ni los colores, así también un hombre cuyo espíritu está muerto no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios puede ser un viento que sopla con fuerza alrededor de él, pero él no lo percibe.

El día en que usted creyó en Jesucristo ocurrió un milagro maravilloso en su vida: Usted fue regenerado. Eso significa que el Espíritu de

Dios entró en su espíritu y lo restauró a su función original. Y, desde ese momento en adelante, su espíritu está vivo y funcionando para Dios. Ahora usted percibe las cosas que son del Espíritu de Dios; usted está vivo, siente esa agitación de la vida en su interior, siente la voz del Espíritu adentro. Esto se debe a que su espíritu ha sido regenerado por el Espíritu de Dios.

Pero, observe, todavía no ha pasado nada con su alma. Lo que fue renovado es su espíritu, y usted ahora está interiormente despierto para las cosas de Dios. Pero la obra de transformación de la que habla el apóstol Pablo no se refiere a nuestro espíritu – se refiere a nuestra alma.

Es allí donde debe efectuarse el cambio, la transformación; es allí donde debemos ser conformados a la imagen de Jesucristo. En nuestra alma, que es el asiento de la personalidad; ahí donde está el yo, donde están los pensamientos, los recuerdos, la voluntad, las emociones y la mente. Y ahora viene otra clave: la entrada a la vida del alma no es la voluntad ni son las emociones; es la mente. Todo pasa a través de la mente.

Si su espíritu ha sido regenerado, pero su mente no se renueva, la vida nueva que está en su espíritu no puede alcanzar su alma. Es una clave absoluta en la Escritura. Por eso el énfasis – la mente tiene que ser renovada.

La mente como una ventana

Cuando venía hacia acá, en el camino, me di cuenta que la ventana trasera de mi auto estaba horriblemente sucia y no podía ver casi nada. Así también, si su mente no se renueva, es como una ventana sucia. Usted trata de mirar a través de ella, y no ve nada. Usted trata de apropiarse de las cosas espirituales, y no puede. Si su mente no se renueva, usted nunca se podrá apropiarse de las cosas que Dios ha hecho en Cristo. Por eso Pablo enfatiza tanto este punto.

Todas las misericordias de Dios son cosas reales, son verdaderas; todas están allí, pero usted no tiene cómo alcanzarlas. Podrá oír predicación tras predicación, pero su mente es vieja y todavía no se ha renovado; aún es terrena y humana. Usted todavía tiene la mente del Adán caído, del Adán terrenal.

Es imposible que usted o yo podamos vivir la vida cristiana con una mente que no se ha renovado; no hay transformación posible. La Escritura pone un énfasis central en esto.

Veamos Efesios 4. Cuando Pablo habla de la vida cristiana práctica, parte otra vez con el mismo asunto. *«Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente...»* (Ef. 4:17). La vida que viven los gentiles es vana, porque viven en la vanidad de su mente. Su mente es vana, llena de pensamientos vanos, sin propósito, sin destino, sin asunto; sin conocimiento de Dios, ni de los caminos, ni de los pensamientos de Dios.

«...teniendo el entendimiento entenebrecido –en tinieblas–, ajenos de la vida de Dios» (v. 18). Es una mente que no tiene la más mínima capacidad de percibir las cosas de Dios. Dios no existe para ellos. *«Dice el necio en su corazón: No hay Dios»* (Sal. 14:1). La expresión no se refiere a una negación teórica. El necio no lo dice en sentido filosófico teórico, al estilo de Nietzsche y otros. El necio es aquel para quien Dios no existe en la vida práctica. Hasta puede ser que crea que existe un dios por ahí, pero eso no hace ninguna diferencia para su vida práctica. En la vida real, Dios está ausente. Ese es el necio, según la Escritura.

«...ajenos de la vida de Dios», porque su mente está en tinieblas. *«...por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia...»* (Ef. 4:18-19). Observe, este es el camino de los pecadores. Cuando la mente está entenebrecida y se vuelve vana, los hombres se vuelven esclavos de deseos desordenados.

Hermanos amados, los que son pastores, recuerden esto: Cuando una persona está dominada por un deseo desordenado, compulsivo, que no puede manejar, el problema no está en el deseo mismo – está en su mente. Es su mente la que necesita ser renovada para que sea liberada. Porque la Escritura lo dice claramente: la lascivia es un deseo desordenado y compulsivo, que usted no gobierna, sobre el cual no tiene poder; pero esa es la consecuencia de una mente entenebrecida y vana.

La mente produce ese efecto sobre la voluntad y sobre las emociones, porque, en el orden de creación de Dios, la mente debe gobernar la voluntad y las emociones. Si la mente está en tinieblas, la voluntad también está en oscuridad, y los deseos se apoderan de ella.

La importancia de la Verdad

Pero el versículo 20 dice: *«Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo...»*. Observe el énfasis y la manera en que Pablo habla de Cristo

aquí. Usted recuerda las palabras del Señor cuando él dijo: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*» (Juan 14:6). Y Pablo, aquí, nos habla de uno de esos tres aspectos – Cristo como «*la verdad*». Observe, porque él está hablando de la mente. Y la manera en que la mente aprehende a Cristo, se apropia de Cristo, es conociéndolo como *la verdad*. No olvide esto: El espíritu se apropia de Cristo como *vida*; pero la mente se apropia de él como *verdad*.

Cristo es tan completo. Él no es solo la vida; también es la verdad. Y, siendo él la verdad, puede renovar nuestra mente. Por eso dice: «*...si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a **la verdad** que está en Jesús*». ¿Usted conoce la verdad que está en Jesús? ¿Conoce a Jesucristo como la verdad, y no solo como la vida o como poder? Porque lo único que puede renovar su mente es Cristo, la verdad.

Y entonces dice: «*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra **mente**, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la **verdad***» (Ef. 4:22-24). Porque ese es el asunto – la verdad está en Jesús.

Si usted lee Romanos 6, que es una de las misericordias de Dios, uno de los fundamentos de la vida cristiana, descubrirá que allí dice que «*nuestro viejo hombre **fue crucificado** juntamente con él (Cristo)*» (Rom. 6:6). Ese viejo hombre está en tiempo pasado. Algo que ya ocurrió; un hecho definitivo, completo, acabado en el pasado.

Lo menciono, porque, cuando usted lee en Efesios 4:22, parece que dijese una cosa distinta. Dice: «*Despojaos del viejo hombre...*». Entonces, la pregunta es: ¿qué diferencia hay entre que mi viejo hombre fue crucificado, y el que Pablo diga ahora que nos despojemos del viejo hombre? Vea la diferencia: Allá es algo que ya ocurrió; acá es algo que tiene que ocurrir. En Romanos 6 es un hecho completo, acabado; pero aquí se dice que es algo que todavía tiene que ser realizado.

Pero, recuerde, al principio dijimos que la revelación y la enseñanza son las dos alas necesarias para volar. La primera ala es que nuestro viejo hombre «*fue crucificado*»; y la segunda: «*despojaos*». ¿Qué significa eso? Pablo quiere decir que, el viejo hombre, en términos absolutos, desde el punto de vista de la verdad, ya fue crucificado con Cristo y terminó su carrera. Ese es el hecho, esa es la verdad.

Pero, todavía el viejo hombre habita en mi mente. Aquí, mi mente, es

todavía la mente del viejo hombre. Entonces –aunque está crucificado y fue crucificado con Cristo–, en mi experiencia, está aquí, en la medida que vive en mi mente. Si mi mente es todavía la mente de Adán, la mente caída del viejo hombre, todavía el viejo hombre está aquí.

Entonces, ¿qué tiene que ocurrir? Tengo que despojarme del viejo hombre. ¿Y esto se refiere a qué cosa? A sacar al viejo hombre de mi mente, esto es, los pensamientos, conceptos y creencias asociados con él. Cuando nacemos, nuestra mente es como una hoja en blanco. A medida que crecemos, el mundo que nos rodea va escribiendo en ella, y la va estructurando a su imagen. Sus ideas, conceptos y creencias se graban profundamente en nuestras mentes, y luego gobiernan nuestras emociones y voluntad. Este mundo yace bajo el pecado, y así, a través de nuestra mente, el pecado se apodera de nuestra vida.

Sin embargo, ahora en Cristo estamos libres del poder del pecado, y, por medio del Espíritu, tenemos el poder de renovar nuestra mente, y con ello toda nuestra vida interior, vale decir nuestra voluntad y emociones. Al hacerlo, al renovarnos en la estructura fundamental de nuestra mente, o como lo dice Pablo, «*el espíritu de nuestra mente*», toda nuestra vida práctica será afectada y transformada por la vida divina. La voluntad por sí misma es incapaz de tomar decisiones, a menos que sea alumbrada por el entendimiento y energizada por las emociones. Por ello, si nuestro entendimiento está entenebrecido, la voluntad yace esclava de los deseos desordenados de nuestro cuerpo.

La Escuela de Cristo

Necesitamos, por tanto, saber de qué manera práctica colaboramos con la renovación de nuestro entendimiento. El gran teólogo puritano John Owen afirmó que el Espíritu Santo obra *en* nosotros y *con* nosotros, pero nunca *sin* nosotros. Comprender esto es fundamental. Como dijimos al principio, Dios desea que colaboremos con él en nuestra transformación. Y aquí cobra una importancia esencial el uso de nuestros cuerpos. Por ello, lo primero que debemos hacer, a fin de renovar nuestras mentes, es presentar nuestros cuerpos a Dios en holocausto vivo, según Romanos 12:1.

De hecho, nuestros cuerpos han sido desde el principio el lugar donde el pecado reside y realiza sus actos. Nos hemos convertido, a lo largo del tiempo, en pecadores habituales, pues nuestros cuerpos se encuentran casi automáticamente orientados a hacer lo malo. En otras

palabras, estamos condicionados por un sinnúmero de hábitos pecaminosos que residen en nuestros cuerpos.

Por esto, la transformación requiere de la adquisición de un conjunto enteramente nuevo de hábitos espirituales. Y esto es algo que debemos hacer nosotros, aunque fundamentados en las misericordias de Dios en Cristo. Dios nos ha dado todos los recursos espirituales para que seamos hechos conformes a la imagen de su Hijo. Pero el hacer un uso adecuado de estos depende de nosotros.

¿Cómo podemos, luego, renovar nuestras mentes? La respuesta del apóstol, en la línea de lo que se ha dicho hasta aquí, podría ser llamada la «escuela de Cristo». En ella Cristo es tanto el maestro como el contenido a ser aprendido. En Efesios, como hemos visto, Pablo nos dice que en ella somos enseñados por Cristo según la verdad que está en Jesús (4:21).

Es interesante observar que el apóstol usa aquí el nombre «*Jesús*» para referirse al Señor. ¿Por qué razón? Porque éste tiene en mente a Jesús como hombre perfecto (el nuevo hombre), a quien somos llamados a seguir e imitar como sus discípulos o aprendices. En el mundo antiguo, los alumnos no solo debían aprender la enseñanza de su maestro, sino también su forma de vida. Esto era básicamente un discípulo. Y de ello se trata la «escuela de Cristo».

Por cierto, para entrar en esta escuela necesitamos, como punto de partida, un conjunto de habilidades y capacidades espirituales totalmente nuevas, que el hombre natural (y pecador) simplemente no posee. Pero estas nuevas habilidades nos han sido concedidas y garantizadas por las misericordias de Dios. Estamos, por tanto, en condiciones de enfrentar la tarea de ser discípulos de Cristo y ser conformados a él en todo. Se trata de conformarnos en todo a Jesús, tal como él fue y anduvo mientras vivió en este mundo. Ser semejantes a él en su vida y en su muerte.

Aprendiendo de Jesús

Sobre esto habría mucho que decir, pero al menos podemos fijarnos en dos o tres puntos básicos:

En primer lugar, *en hacer de la práctica de la comunión con Dios nuestra ocupación principal*, puesto que esto es lo que hacía Jesús. Los evangelios nos dicen que el Señor se apartaba habitualmente para estar a solas con Dios, a veces muy temprano en la mañana. Nada era

más importante para él. De hecho, antes de tomar algunas decisiones muy importantes, pasaba la noche entera en oración. De modo que, cuando afirmaba no hacer nada por sí mismo sino lo que veía hacer al Padre, se refería también a su práctica habitual de pasar tiempo a solas con Dios. Estos son hechos que pasamos normalmente por alto, pensando equivocadamente que el Señor estaba exento de estas prácticas. Pero no era así.

La encarnación del Hijo significó que éste decidió recorrer el camino del hombre, y relacionarse con Dios como hombre. De esta manera él se convierte en nuestro Maestro y ejemplo de vida espiritual. Si queremos ser como él, nos dice Juan, debemos andar como él anduvo. O, en palabras de Pedro, debemos seguir su ejemplo y andar en sus pisadas.

En consecuencia, el tiempo a solas con Dios implica el disciplinar nuestros cuerpos para dedicar tiempo a la comunión a solas con Dios, y hacer de esto la meta principal de nuestra vida cristiana.

En segundo lugar, *necesitamos meditar en la palabra de Dios habitualmente*. Esto debe ser una práctica disciplinada y constante. Pues solo la palabra de Dios tiene el poder de desnudar y remover de nuestra mente los hábitos de pensamiento del viejo hombre. El salmo 1 nos habla de que meditar en la ley de Dios de día y de noche es la condición esencial para una vida de abundancia espiritual. Pues al hacerlo, obligamos a nuestras mentes a sintonizarse con las cosas y realidades del Espíritu.

Renovando la mente

Nuestras mentes están habituadas a recorrer de manera automática los caminos, conceptos y creencias falsas de este mundo. Por lo tanto, necesitamos ejercitarlas de manera consciente para pensar según la verdad que está en Jesús. Cada día y a cada momento debemos traer nuestras mentes a la verdad que está en Jesús y rechazar los pensamientos antiguos que solían gobernar nuestra vida y conducta, hasta que hábitos completamente nuevos de pensamiento se formen en ellas.

En otras palabras, necesitamos traer, junto con nuestros cuerpos, nuestras mentes al Señor. Para muchos de nosotros, acostumbrados a lo rápido e instantáneo, todo esto puede parecer demasiado extraño y esforzado. Pero, no existen atajos en el camino de la transformación espiritual. En la medida en que la verdad renueve nuestra mente, la realidad de la cual ella nos habla se convertirá en nuestra experiencia.

Las misericordias de Dios solo se harán parte de nuestra vida y experiencia cuando aprendamos a pensar y ver todas las cosas a través de ellas. Nuestra mente debe ser renovada por ellas. Y para ello, necesitamos aprender a fijar nuestras mentes en la palabra de Dios, memorizarla y repetirla constantemente a nuestro corazón. De esta manera, los viejos hábitos de pensamiento serán cambiados por el poder de esa palabra, que es la espada del Espíritu, capaz de examinar y desnudar nuestros pensamientos y creencias más profundas. Entonces, la vida que está en nuestro espíritu fluirá hacia nuestra alma y nuestro cuerpo mortal.

El Cuerpo

En este camino, finalmente, *necesitamos vivir en comunión y sujeción al cuerpo de Cristo*. Aprender a confiar nuestras luchas, dudas y dificultades a otros y a esperar dirección, sabiduría y consejo divinos de parte de ellos. Esto es parte fundamental de la escuela de Cristo.

La disposición para ser enseñados, corregidos y ayudados por Cristo a través de nuestros hermanos, forma parte esencial de nuestro seguir a Cristo como discípulos, para aprender de él y ser enseñados por él. De hecho, éste será el asunto a tratar por Pablo en el texto que sigue a las misericordias de Dios (Rom. 12:3 ss.).

Finalmente, es necesario decir que la gracia no es contraria al esfuerzo, sino al mérito. Nada de lo dicho hasta aquí nos hará más justos o aceptables delante de Dios. Esto es un don gratuito de Dios en Cristo, de acuerdo con la primera parte de Romanos. No obstante, existe, de acuerdo con el mismo apóstol Pablo, la necesidad de esforzarnos en la gracia que es en Cristo Jesús (1ª Tim. 2:1). Sin este esfuerzo «*en la gracia*», las maravillosas misericordias de Dios y todo lo que ellas implican, permanecerán como un ideal, un anhelo o una hermosa enseñanza, pero nunca se convertirán en algo que hemos probado y comprobado por experiencia.

Rodrigo Abarca

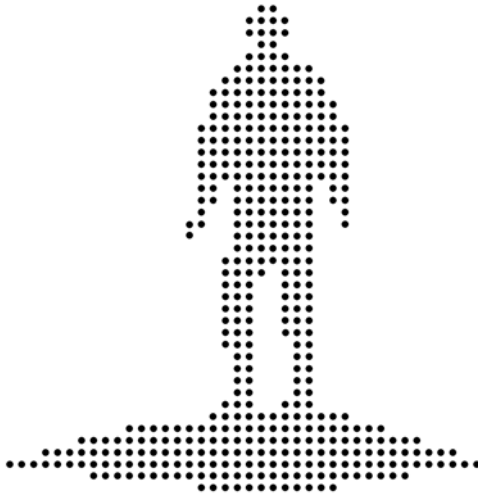
Gozo en la tribulación

Recientemente oí el testimonio de un hombre y su esposa que habían sido prisioneros en la China comunista. Ellos afirmaban con triunfo que fue sólo después que dejaron de *soportar* su prisión y comenzaron a *gozarse* en ella que las cosas realmente empezaron a cambiar. La gratitud a Dios produjo la diferencia en la situación.

Frank Barker, en *Filipenses*

La gloria del Evangelio

Apeles, aprobado en Cristo



La historia de un cristiano
en el contexto de la epístola a los Romanos.

Sin duda, la epístola de Pablo a los Romanos constituye un valiosísimo documento que define magistralmente el evangelio que profesamos. Podemos también considerarlo como una guía para nuestro crecimiento en Cristo.

Más aun, a medida que vamos avanzando en el estudio de cada capítulo, podemos discernir cuántas de las verdades en ella contenidas se han cumplido o no en nuestra experiencia cristiana. Somos creyentes, hijos de Dios, salvados por la gracia del Señor desde el momento en que hemos creído en el evangelio, y de esa manera, ya estamos ubicados en el capítulo tres de Romanos. Si estamos andando en la fe y nos

alegramos con la experiencia de Abraham, ya estamos en el capítulo 4, y así sucesivamente, esta epístola nos permite conocer nuestro estado espiritual y el de muchos hijos de Dios.

También, si seguimos esta línea de pensamiento, los creyentes de Romanos 3 estarían en la etapa más temprana de su experiencia en Cristo, y quienes estén viviendo y sirviendo coordinadamente en el cuerpo de Cristo que es la iglesia, podrían ser llamados «creyentes» o «hermanos de Romanos 16», maduros, quebrantados en su fuerza natural, capaces de recibir a los más débiles y soportarlos; además, serían hermanos capaces de sostener batallas espirituales y seguir avanzando en los propósitos de Dios.

Apeles

Entre los muchos hermanos y hermanas mencionados en el último capítulo, nos llama la atención la forma como Pablo se refiere a Apeles. Seguramente el apóstol conocía bien la vida y testimonio de este hermano, por tanto puede decir de él, que es un hombre «*aprobado en Cristo*». Normalmente llamamos «*aprobado*» a una persona que ha pasado por muchas pruebas y las ha superado; si se tratase de un estudiante regular, diremos que aquel no fracasó a mitad de camino, sino que logró calificar en sus estudios y ahora puede llegar a ser considerado un profesional en el área en que fue formado... es decir, fue aprobado.

¿Qué será, entonces, para nosotros un hombre aprobado en Cristo?

A la luz de las verdades expuestas en los 16 capítulos de Romanos, podemos asumir que un hombre como Apeles (su nombre puede representarnos a cada uno de nosotros), fue «superando etapas» en su vida cristiana.

En primer lugar, nos hará bien como ejercicio, imaginarnos a Apeles como un hombre más de este mundo en tinieblas: negando a Dios, corrupto, atestado de toda injusticia como lo define 1:29. Tal es la condición del hombre caído, del cual todos fuimos parte antes de que la luz de Dios irrumpiese en nuestros corazones. Precisamente aquí parte la eficacia, el poder del evangelio, pues está dirigido, no a personas buenas, correctas o de buen nombre – les incluye por cierto, pues bondadosos y todo, sin Cristo todos estamos perdidos. El evangelio, pues, llega al corazón del hombre, mediante la proclamación o mediante la lectura... y el milagro se produce, la Palabra convence, el corazón se quebranta, el hombre se ve pecador, miserable, necesitado

de Dios, y, a la vez, culpable de haberle negado y ofendido. Esta palabra del evangelio contiene así tanto el juicio como la atractiva misericordia que triunfa sobre el corazón más endurecido.

Como un fuego

Las palabras de Juan el Bautista, el precursor, ya fueron pronunciadas con fuego, pues él mismo era una antorcha que ardía y alumbraba (Juan 5:35).

Luego el propio Salvador en persona, viene llamando al arrepentimiento. Reunió multitudes con una palabra que convencía y a la vez les llenaba de esperanza...el reino de los cielos se había acercado, y aquellos hombres no vieron sino una realidad potente en cada sílaba pronunciada por el Señor. Sus almas eran alcanzadas y se convencían de que Sus palabras eran verdad. ¡Como pronunciaría el Señor cada palabra que lograba capturar el corazón de los hombres! El reconocido expositor bíblico G. Campbell Morgan escribió: «La autoridad de Jesús residía y reside en el hecho de que Él decía la verdad pura, eterna, de la cual nadie puede huir. Sus palabras nos sondan, son como una llama de fuego. Deseamos escapar de ellas, pero sabemos que Él está correcto».

Así, podemos imaginarnos a Apeles, un pecador como todos, que oye la verdad pura, eterna, no puede huir de ella –esa palabra es el evangelio–, se siente escrutado, como por una llama de fuego de la cual no consigue escapar.

Bienaventurado el hombre que llega a experimentar esta hermosa crisis que antecede a la genuina conversión, pues bajo tal contrición, al hombre no le queda sino recibir el evangelio, es decir, el perdón de los pecados, mediante el sacrificio de Jesucristo en la cruz, y la inyección de vida del Espíritu Santo. El resultado viene a ser nada menos que un hombre regenerado, de las tinieblas a luz, de muerte a vida. ¡Tal es el poder del bendito evangelio de Jesucristo nuestro Señor!

Nueva vida

Ahora Apeles comienza una nueva vida, es maravillosa, pero es solo el principio de una gran carrera. Extrañamente, Apeles siente que nada ha hecho, solo ha creído lo que ha oído y/o leído acerca de la persona y obra de Cristo. Desde ahora, su vida será como un río que fluye y que solo le conviene dejarse llevar por esa bendita corriente.

Comienza a descubrir que Las Sagradas Escrituras hebreas cobran hermosa vigencia, que lo anticipado en los Salmos se cumple en Cristo, que la doctrina de la gracia era una realidad en los personajes bíblicos de mayor relevancia como Abraham o David, a quienes su fe les fue contada por justicia, o sea, creyeron a Dios y aquello bastó para agradarle. Los capítulos 3 y 4 de Romanos exponen abundantemente este tema.

Apeles entonces descubre el valor de la sangre de Cristo, sabe que Dios el Padre no podrá rechazarle si se acerca ante él limpio y redimido por ella, su conciencia también descansa, pues ya no hay acusaciones por los hechos pasados... ¡Se siente un vencedor!

Sin embargo, hay más todavía: quien le ayudó a convencerse de pecado, justicia y juicio, no fue sino el bendito Espíritu Santo, que ahora le habita, y que ha venido a llenar su corazón con el amor (*ágape*) de Dios. Ahora Apeles es un hombre que no se avergüenza de ser creyente y se gloria en la esperanza que le conduce a la gloria de su Dios. ¿Es ésta su condición? Entonces, usted es un cristiano de Romanos 5.

Viviendo Romanos

Si consideramos las enseñanzas del libro de Romanos como la historia de la vida espiritual de un hijo de Dios, veremos que quien haya alcanzado en experiencia lo descrito en el capítulo 5, sin duda ha experi-

Si no logramos superar Romanos 5 en la experiencia, nos quedamos en el ABC del evangelio, salvos, pero inmaduros. Hijos de Dios, pero en un estado de permanente infancia.

mentado un cambio radical en su vida. ¿Cómo es o cómo se siente alguien que tenga la experiencia de Romanos 1? El estado espiritual no es sino de muerte, angustia y dolor. Es una persona incapaz de ser verdaderamente feliz, sus alegrías serán pasajeras y sus frustraciones muchas. Pero, si esa misma persona, ahora puede decir que es un bienaventurado (4:7), que tiene paz para con Dios, que está firme en la gracia y se gloria en la esperanza (5:2), que el amor de Dios ha sido derramado en su corazón por el Espíritu Santo que le fue dado (5:5), que reinará en vida, que ha recibido en abundancia la gracia y el don

de la justicia (5:17), que por la obediencia de Cristo ha sido constituido justo, escapando así de su herencia adánica (5:19), etc. La experiencia es maravillosa; se necesitarán varios años para asimilar estas riquezas. Muchos cristianos, cuando han llegado a este punto, se sienten tan plenos, tan gozosos, tan seguros, como si nada más necesitasen. Es más, muchos cristianos permanecen aquí en su historia con Dios por el resto de sus vidas.

Avanzando

Sin embargo, la carta continúa, según el parámetro divino; aún hay muchas cumbres que escalar; si la meta es Romanos 16, recién nos acercamos a la mitad del camino.

Los capítulos 6, 7 y 8 contienen elementos no sencillos de comprender, son como una escarpada montaña. Incluso entender estas verdades mentalmente puede ser algo medianamente sencillo, pero vivir en experiencia que hemos muerto al pecado, que nuestro viejo hombre fue crucificado, que hemos muerto con Cristo, que también hemos resucitado con él, etc.

¿Cómo puede una persona asimilar que por una parte está muerto (al pecado) y que por otra está vivo (para Dios)? Ciertamente no es algo que se experimenta con solo oír una vez un mensaje al respecto. Aquí el cristiano, Apeles en nuestro caso (o nosotros), se enfrenta con algunos problemas. Comienza a descubrir que no son solo sus hechos pecaminosos los que lo separaban de la comunión con Dios —aquellos ya fueron limpiados gracias a la sangre de Cristo—, ahora el problema parece ser su propia naturaleza. Los argumentos son abundantes, previendo el Espíritu Santo que no sería fácil para nosotros internalizar una enseñanza tan vital.

Muriendo para vivir

Ahora bien, si el capítulo 6 nos cambia totalmente el esquema de los capítulos anteriores, peor aún es lo que viene en el capítulo 7. «Muertos a la ley». Si se hiciese una encuesta a un número de cristianos de distintos contextos doctrinales, con al menos diez años de convertidos, lo más probable es que la mayoría de ellos nunca ha comprendido cabalmente estos dos importantes capítulos. Muchos llegan a dudar que Romanos 7 sea la experiencia de un renacido; más parece el lenguaje un perdido pecador, un inconverso ignorante de la vida de Dios. ¿Qué es esto de *«habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo»* (7:4), *«ahora estamos libres de la ley, por haber muerto»?* (7:6).

Seguramente Apeles vivió este conflicto, cuántas veces habrá debido caminar sin comprenderse a sí mismo, sin comprender a sus hermanos en Cristo. ¿Cómo puede un cristiano llegar a exclamar: «*iMiserable de mí!*» (7:24)?

El problema es que si no logramos superar Romanos 5 en la experiencia, nos quedamos en el ABC del evangelio, salvos, pero inmaduros. Hijos de Dios, pero en un estado de permanente infancia. Como si no se lograra el objetivo divino de obtener un pueblo que agrada su corazón. Convengamos que Romanos 6 y 7 no pueden permanecer como tierra desconocida para la mayoría de los cristianos. Romanos 16 está allá adelante, hay que avanzar.

Si Apeles llegó a exclamar: «*iMiserable de mí!*», es un buen augurio; el hombre comenzó a llegar «al fin de sí mismo». Ahora comenzamos a comprender que la obra de Dios en Cristo para nosotros incluye no solo el perdón de los pecados, sino también llevarnos con él en su muerte, para terminar con nuestra antigua naturaleza. Entonces la muerte de Cristo vino a ser mi propia muerte, «morimos en él». Dios no nos quiere conformados a Adán, el hombre caído, rebelde, enajenado de Dios, independiente y soberbio. Adán debe morir, solo Cristo debe vivir. Ahora bien, el conflicto por el que inevitablemente pasaremos, es que en la realidad de la experiencia cotidiana, muchas veces aparecemos «muy vivos aún».

Hasta Romanos 5 no había problema: la fe, la gracia, el perdón, el don del Espíritu Santo, todo nos fue dado sin que fuésemos «tocados» – por así decirlo. Ahora aparezco con un cuerpo mortal sujeto a concupiscencias, con un pecado que pretende recuperar a su antiguo esclavo y enseñorearse de él. Me encuentro con que en mí, esto es en mi carne (no se habla de esto en Romanos 5), no mora el bien (7:18), tan solo hay en mí «un querer», pero no «un hacer» el bien que deseo.

Proceso

Nadie piense que este es un proceso fácil, la experiencia ha demostrado reiteradamente que a partir de Romanos 6, el cristiano es tocado en sus fibras más íntimas. Toda apariencia tarde o temprano dará paso a una cruda realidad: a menos que muramos, somos inútiles en la vida y servicio cristiano. Multitudes de cristianos han quedado tristemente a mitad de camino. Apeles debe haber sido testigo, como tú y yo, de una gran cantidad de hermanos que partieron bien, se gozaron con la gracia de Dios, recibieron la palabra de la justificación por la fe,

recibieron vida nueva, se alegraron con la esperanza de ver la gloria de Dios... pero su caminar demostró que no estaban dispuestos a tomar su cruz, sucumbieron a la hora de tener que ser quebrantados; ellos nunca llegaron a gemir con angustia un «¡Miserable de mí!». Permanecieron «enteros», firmes en sus buenas intenciones, con un alto concepto de su propia naturaleza, con la efímera gloria de una humana reputación. No siguieron al Maestro, no aborrecieron su carne, se amaron a sí mismos más que a Cristo el Señor.

Sin alternativa

Más allá de Romanos 6 y 7 está la vida conforme al Espíritu, la victoria sobre la carne y sus pasiones. Hay un andar, un pensar, un ocuparse en las cosas del Espíritu del Señor. Hay una comunión viva con el Espíritu de Dios. Notemos que en Romanos 8 no se enfatiza nada externo, no se está enseñando ciertas normas de conducta, más bien se va profundo a la vida de Dios dentro del creyente, allí donde *«el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios»*. No hay alternativa posible a la crisis de Romanos 7; quienes no han sido entrenados en estas verdades, no avanzan en Cristo; no porque no hagan un estudio bíblico al respecto, pues el mero conocimiento no nos concede la realidad de las cosas espirituales.

Notemos que estos conceptos del «espíritu y de la carne», no se utilizan hasta después de Romanos 5, son algo así como «conceptos nuevos». Esto es porque hasta entonces, solo estábamos conscientes de nuestros pecados cometidos, de los hechos conductuales, sea de palabra o de obra, de los cuales nos estábamos desprendiendo. Ahora, a partir de Romanos 6, «el hombre» comienza a ser tocado, y no podemos negar que se trata de un proceso doloroso. Quizás ahora podemos comenzar a comprender mejor la forma como Pablo define la vida cristiana en Gálatas 2:20: *«Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí»*.

Aliento

Es muy posible que algún lector esté pasando por una incomprensible crisis. De pronto, ya no siente el mismo gozo del principio, ha intentado hacer las cosas lo mejor posible, ha procurado alejarse de todo cuanto sabe que es dañino o pecaminoso, pero la tentación arrecia, y los fracasos parecen ser inevitables. En vez de avanzar, siente que retrocede; su carne, su yo, sus sentimientos, se hieren con bastante facilidad; en fin, el desaliento viene en aumento, la comunión se dificulta, los amigos escasean. El caminar cristiano se ha puesto pesado, hermano Apeles, ¡la cumbre es escarpada, parece que estamos a punto de resbalar!

Comprendamos, con el socorro del Señor, que es nada menos que SU mano la que está detrás de todo esto. Todo cristiano sincero, que desea avanzar en el Señor, vivirá el fracaso de la energía natural, deberá comprender por experiencia (aquí la doctrina solo cobra un valor informativo) que sin el Señor nada podrá hacer, que deberá abandonarse al Señor y a su Espíritu, sufrir el dolor, más bien la agonía, de las cualidades de la carne, es decir, las que son propias de su naturaleza, sea esto bueno o sea malo. Cuando el Señor trata con nosotros, no solo tiene en cuenta lo ‘malo’ de mí, sino también lo que considero ‘bueno’ de mí mismo.

Con propósito

Cuando aquella «noche oscura del alma» haya pasado, Romanos 8 ya no será una mera predicación linda, ni un buen tema para el sermón más inspirado: será una sólida realidad de victoria. ¿«*Más que vencedores*»? (8:37), sí, porque la victoria ha sido del Señor – es «*por medio de Aquel que nos amó*». Los pecados fueron perdonados, Romanos 3 y 4; la carne fue vencida, Romanos 6 y 7; la vida del Espíritu ha venido a tomar su lugar, Romanos 8. Ahora el propósito de Dios se comienza a cumplir.

Toda apariencia tarde o temprano dará paso a una cruda realidad: a menos que muramos, somos inútiles en la vida y servicio cristiano.

«Propósito», palabra nueva, que no aparece antes de Romanos 8:28. Ahora comprendemos la razón de ser de tanto conflicto con la carne, el hombre viejo, Adán, o como se le llame. Ahora vemos que Dios todo lo hizo o lo permitió porque tenía este propósito en mente: **«...que seamos conformados a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos».**

Entonces valió la pena el trato, la meta era mucho más alta de lo que pudimos imaginar. Debíamos ser limpiados, no solo de los pecados cometidos (en plural), sino más aun, del pecado (singular) que moraba en nosotros. Ahora el camino ha quedado expedito, nuestro entendimiento puede ser renovado, ahora podemos pensar con cordura. Ya podemos comenzar a coordinarnos con el resto del cuerpo.

Romanos 12 y 13

¿«Cuerpo»? Otro concepto nuevo. ¡Nada se dijo del cuerpo entre los capítulos 1 y 8 de Romanos! Aún estábamos muy inmaduros, muy «enteros», muy niños; nosotros aun estábamos vivos, dominándolo todo, no podíamos «ver» el cuerpo de Cristo, menos aún podríamos respetar o coordinarnos con el resto del cuerpo... Ya estamos en el capítulo 12, parece que hemos dado un gran salto; Apeles se alegra, su corazón se ensancha, la estrechez ha quedado atrás, la crisis del capítulo 7 fue necesaria, ahora la visión se amplía, en el amor a los hermanos, en el servicio diligente, en el fervor del espíritu (12:10-11). Nos sometemos a las autoridades, desechemos las tinieblas, nos vestimos de Cristo... Ya estamos en Romanos 13... Nuestra vestidura habla de nosotros, si estamos elegantes o harapientos; la ropa es muy vistosa, si nos vestimos de Cristo, si nos escondemos en Cristo. El mundo va a comenzar a verlo a Él formado en nosotros. ¡Qué maravilla!

Recibiéndonos

«*Recibid al débil en la fe*». Solo uno que es fuerte, maduro, crecido en Cristo, puede obedecer este mandato. Un débil no recibe ni contiene a otro débil. Volvemos a pensar en Apeles... Ahora nuestro hermano ha crecido, se puede esperar mucho de él. Antes, cuando aún conocía solo las verdades hasta Romanos 5, otros debían soportarlo a él. Pero ahora ha crecido, ha superado los apremios de Romanos 6 y 7; aprendió a vivir por el Espíritu Santo; ha cambiado de mentalidad, es un miembro del cuerpo cumpliendo su función; es maduro, es fuerte; puede recibir a quienes Dios ha recibido; no contiene sobre opiniones, sobre días, o sobre comidas; vive para el Señor; no juzga, deja los juicios al Señor (Rom. 14); más aun, soporta las flaquezas de los más débiles, no se agrada a sí mismo (o sea, el «sí mismo» ya no importa).

Apeles ya es un cristiano al nivel de Romanos 15. ¿Qué pasó con el «sí mismo»? Murió, fue sepultado y no resucitó. Otro se levantó, y ese Otro es Cristo morando en Apeles, o podemos decirlo también: ahora ya no vive por sí mismo, dejó de ser él la fuente de su vivir. Ahora la vida de Cristo, la vida del Espíritu se manifiesta en él. Noten la frase contenida dentro del versículo 18 del capítulo 15: **«lo que Cristo ha hecho por medio de mí»**. ¡Que todos lleguemos vivir esa bendita realidad!

Aprobado

Finalmente, llegamos al anhelado capítulo 16. No miremos este capítulo como un conjunto de meros «saludos personales», veamos al

cuerpo de Cristo en acción; todos los miembros bendiciéndose unos a otros, cada cual cumpliendo su función. Entre ellos aparece nuestro amigo Apeles. Solo se dice de él: «*Aprobado en Cristo*». No en sí mismo, no. Apeles ya no está en Adán, está quebrantado en su fuerza natural; se puede ver claramente la obra del Señor en su vida. Ha pasado las estrecheces más grandes, ha permanecido cuando muchos claudicaban en su fe; quemó etapas, maduró, comprendió que el propósito de Dios para con él era muy alto; ahora Cristo es visible en él, y, por tanto, puede vivir corporativamente aportando vida al resto de los santos – y con toda seguridad también al resto de los hombres, llevándoles el simple, pero poderoso evangelio que lo transformó a él. No está entre quienes causan divisiones; está entre quienes libran la buena batalla, confiado en la plena victoria de su Señor por medio de su iglesia.

Apeles ha venido a ser un hombre aprobado en Cristo.

La vida de la iglesia

Romanos nos enseña la gloria del evangelio. El capítulo 16 nos muestra el resultado que el evangelio ha logrado: muchos miembros sirviendo al Señor y sirviéndose unos a otros.

Resulta clave observar las expresiones: «*en el Señor ... en Cristo*». Hasta aquí, casi en toda la epístola no se había mencionado la palabra «*iglesia*»; podemos concluir entonces, que el evangelio ha tenido como resultado el expresarse en la iglesia, que estaba en el corazón del Señor.

En la iglesia cada miembro tiene su función: unos ayudan, otros colaboran, otros han trabajado mucho, otros han abierto sus casas, otros han hospedado a los apóstoles, otros han expuesto sus vidas por el evangelio, ¡nadie está ocioso!

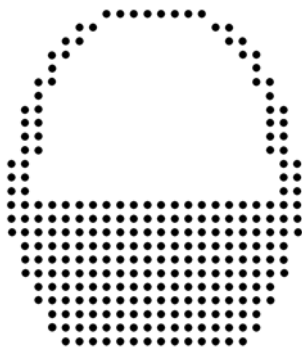
La riqueza de Romanos 16 es inmensa, son los miembros redimidos por Cristo, vivificados por el Espíritu, que siguiendo a su Señor, alumbran en medio de las tinieblas de este mundo. En fin, ¡es la iglesia!

La victoria del evangelio

Finalmente, esta iglesia recibe la promesa de que «*Dios aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies*» (16:20). Tal es la iglesia, tal es la obra del Señor. ¡Tal es la GLORIA del EVANGELIO!

La gloria del Evangelio

La provisión del Evangelio



La provisión del Evangelio es triple:
justificación, santificación y redención.

Hay tres cosas mencionadas en los capítulos 1 a 8 de Romanos, que el Evangelio provee para nosotros. En los capítulos 3 y 4, y hasta el versículo 5:12, tenemos la justificación. De 5:13 a 8:17, la santificación, y de 8:18 a 8:30, encontramos la glorificación. Tal es la provisión de Dios para nosotros en el Evangelio.

La justificación

A menudo oímos a las personas decir que la justificación significa «como si nunca hubiésemos pecado». Nosotros pecamos, mas ahora, siendo justificados, estamos delante de Dios como si nunca hubiésemos

mos pecado. Sin embargo, en la realidad, la justificación es mucho más que eso. La justificación significa que ahora nosotros somos 'aceptos' en el Amado.

Pero ¿cómo somos justificados? Esa es una pregunta muy antigua, y se encuentra ya en el libro de Job. En este libro, en el capítulo 9, Job hace la siguiente pregunta: «¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?». Dios es un Dios justo; entonces, ¿cómo puede él justificar a personas injustas? Por otro lado, si Dios simplemente justificase a las personas injustas sin tomar ninguna otra providencia, eso lo volvería injusto a él, distorsionaría su justicia, y eso él no podría permitirlo.

Dios ama a los pecadores; sin embargo, él aborrece el pecado. Pero, gracias a Dios, ese es el problema que el Evangelio viene a resolver. El Evangelio dice que de tal manera amó Dios al mundo, que dio su Hijo unigénito al mundo. Su Hijo vino a este mundo como un hombre, Jesús, quien tomó sobre sí nuestros pecados y murió en la cruz como nuestro sustituto. Él derramó su sangre por nuestros pecados, y su sangre satisfizo la justicia y la rectitud de Dios. Vale decir, somos justificados, pero no por nosotros mismos.

Muchas veces tratamos de justificarnos a nosotros mismos; sin embargo, nuestros esfuerzos son inútiles, y no somos justificados de esta manera. Es Dios quien tiene que justificarnos, y lo realiza a través de la sangre de su propio Hijo amado. Los pecados son perdonados porque la sangre ha sido derramada. De esa forma, puede Dios justificarnos de manera recta, y la justicia de Dios viene a nosotros.

¿Cómo nos volvemos justos delante de Dios? Hoy, Dios mira hacia nosotros y dice: «No veo iniquidad en ustedes». Dios no ve pecado alguno en nosotros; al contrario, él nos ve como justos. ¿Cómo es posible esto?

La expresión «la justicia de Jesucristo» se encuentra en un solo lugar en el Nuevo Testamento, y significa que cuando el Señor Jesús estaba sobre la tierra, él era justo en todo. Ahora él es 'el Justo', sentado a la diestra del Padre. Él es el único justo, porque él satisface al Padre en todas las cosas. No hay ni siquiera uno justo, solo Jesucristo es justo. Esa es su justicia.

Sin embargo, ¿sabías que la justicia de él no te justifica a ti? Al contrario, su justicia va a condenarte, porque él es tan justo y tú tan injusto. Cuanto más justo es él, nuestra injusticia se hace más notoria. Por tanto, mayor es nuestra condenación.

La justicia de Jesucristo no nos justifica a nosotros, sino que lo califica a él para ser nuestro sustituto, porque él es sin pecado. Por tanto, él pudo ser hecho pecado por nosotros. Si él no fuese justo, no podría ser nuestro sustituto; tendría que morir por causa de su propio pecado. Sin embargo, gracias a Dios, él es totalmente justo, y pudo ser hecho pecado por nosotros, de modo que la justicia de Dios pudiese venir sobre nosotros. Su justicia lo califica para ser nuestro Salvador, nuestro sustituto. Mas, su justicia no es algo que nos es dado para ser nuestra justicia.

El Evangelio no significa que Cristo, lleno de justicia, tome su justicia y la ponga sobre ti, y a partir de allí te vuelves justo. Nosotros nos volvemos justos porque Dios nos dio a su Hijo amado. Cristo Jesús, él, fue hecho nuestra justicia (1ª Cor.1:30).

Esto no significa que su justicia nos es dada a nosotros, sino que Dios nos da a su Hijo, Cristo, y nosotros somos revestidos con Cristo. Es en la unidad con Cristo que nos tornamos justos. Hoy, cuando estamos delante de Dios, él no nos ve a nosotros, sino a Cristo, pues nosotros estamos revestidos con Cristo.

Amados hermanos, esta es la forma en la cual somos justificados; de esta manera nos tornamos justos. Nosotros no cambiamos. Él no nos dio simplemente algunos de sus méritos; antes bien, nos revistió de sí mismo. Hoy estamos unidos con Cristo; de tal manera que cuando estamos delante de Dios, él no te ve a ti o a mí. Dios ve a su Hijo amado y dice: «Eres justificado como si nunca hubieses cometido pecado; eres acepto, ten paz».

La justificación, o la justicia, no es una enseñanza, una doctrina, un método, una fórmula o una técnica. Es una Persona, y esta Persona es Jesucristo. Cuando tienes a Jesucristo, eres justificado. Si no tienes al Señor Jesucristo, aunque conozcas la doctrina de la justificación por la fe, no eres justificado. Eres justo delante de Dios porque Jesucristo fue hecho justicia para ti. Él es tu justicia. Eso es el Evangelio.

La santificación

El segundo aspecto del Evangelio es la santificación. Esta es una palabra tremenda, pero significa simplemente «apartado para Dios». En la práctica, la santificación significa vivir una vida piadosa y santa, venciendo las tentaciones y el poder del pecado – vivir una vida victoriosa. Tal es la santificación.

Es verdad, después que fuimos justificados, debemos vivir en la presencia de Dios y andar delante de él en santidad (lo que significa ser igual a Dios) y en justicia. No se espera que un cristiano continúe pecando, o caiga en tentación. Se espera que un cristiano viva como Cristo vivió en esta tierra, venciendo al poder del pecado y viviendo una vida santa.

El Evangelio no es solo para los pecadores; es también para los creyentes. La parte del Evangelio concerniente a los creyentes es: «¿No sabéis que fuisteis crucificados con Cristo?»

«Sed santos, porque yo soy santo». Esta no es solo una exhortación, es una orden. Dios nos manda que seamos santos. Santo significa 'poco común'. Debes vivir de forma poco común, diferente al modo en que el mundo vive. Debes ser diferente, porque has sido apartado para Dios.

Ahora, ¿cómo podemos ser santos? ¿Cómo podemos vivir esa vida victoriosa? En Romanos 7, Pablo dice: «En mi corazón, yo sé; en mi mente renovada, yo sé, sé que debo obedecer a los mandamientos de Dios, y deseo hacerlo. Trato de hacerlo, pero cuanto más lo intento, más fallo. El quererlo está en mí, mas no el hacerlo. ¡Qué hombre miserable soy! ¿Quién me podrá liberar de este cuerpo de muerte?».

¿No es esa la experiencia de muchos cristianos de hoy? Estás justificado delante de Dios, eres salvo, reconciliado con Dios, y tienes la vida de Dios en ti mismo. Sin embargo, de alguna forma descubres que no puedes vencer el poder del pecado. De alguna manera descubres que el desearlo está presente, pero no la fuerza. Ciertamente, eso no es el Evangelio.

Hermanos, el Evangelio no es sólo para los pecadores; es también para los creyentes. La parte del Evangelio concerniente a los creyentes es: «¿No sabéis que fuisteis crucificados con Cristo?». En otras palabras, para nuestra justificación tenemos la sangre del Señor Jesús, y para nuestra santificación, la cruz de nuestro Señor Jesús.

Cuando nuestro Señor Jesús fue a la cruz, él cargó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, y allí murió por nuestros pecados. De

la misma manera, cuando Cristo Jesús fue a la cruz, el te llevó a ti y a mí. Gracias a Dios, él no solo llevó nuestros pecados, sino que nos llevó a nosotros mismos con él a la cruz, y allí él murió como nosotros; no solo por nosotros, sino como nosotros.

Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, no solo es nuestro sustituto, para pagar las deudas por nosotros, sino que es también nuestro representante. Cuando él murió, tú moriste en él y con él. Él fue levantado de entre los muertos, y tú también fuiste levantado juntamente con él de entre los muertos. Por esa razón, Pablo dice en Gálatas 2:20: *«Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»*.

Hermanos, ¿saben ustedes lo que significa la santificación? Sí, la santificación requiere que vivamos una vida santa; sin embargo, ¿quién puede vivir tal vida? Hay solo un hombre que puede vivir esa vida santa, y ese hombre es Jesucristo, y tú sabes que él vive en ti, él vive en ti. Sin embargo, ¿tú permites que él viva a través de ti? Si estás viviendo a través de tu propio esfuerzo, esa es la razón por la cual no puedes vivir una vida santa. ¡Si solo pudieras quedarte a un lado, y dejarlo vivir a él! Entonces, no sería problema el vivir una vida piadosa y justa delante de Dios todos los días de tu vida, porque él vivió esa vida hace dos mil años atrás. Él simplemente libera esa vida en y a través de ti y de mí.

**¿Qué es la glorificación? La glorificación
significa simplemente que Dios va a
transformarte de gloria en gloria, y
conformarte a la imagen de su amado Hijo.**

Recuerda esto: la santificación no consiste en una vida transformada, la santificación es una vida sustituida. Tú no cambiaste, pero tuviste un trueque. No más tú mismo, es Cristo quien vive en ti.

La santificación no es una doctrina, ni una segunda bendición. Hay personas hoy que creen en una segunda bendición. Ellos sostienen que la primera bendición es ser salvos, y la segunda bendición, ser santificado, tornarse santificado. ¿Cómo? Bien, la raíz del pecado es desarraigada, es arrancada. Entonces tú ya no puedes pecar más.

Pero el pecado no es erradicado. El pecado permanecerá en ti mientras vivas; sin embargo, gracias a Dios, tú eres erradicado. No el pecado, sino tú. La cruz te eliminó. Tal es la santificación por la fe.

La santificación es Cristo. Él es la santificación. En consecuencia, cuando tú crees en él, eres santificado. Es sencillo. Simplemente, créelo, y tómallo como tu santificación. La santificación no es una doctrina, no es alguna cosa que Dios te da. La santificación es Cristo. Cristo te es dado. Él es nuestra santificación. Ese es el Evangelio de Dios.

La glorificación

Muchos creyentes piensan que si somos justificados no iremos al infierno, sino al cielo, y que eso es todo. Hay otros creyentes que piensan que eso no lo es todo. No es suficientemente bueno solo el que en el futuro no vayan al infierno sino al cielo. Ellos desean vivir una vida justa y santa en la tierra, y damos gracias a Dios por esos creyentes. No obstante, si tú piensas que eso es bueno y suficiente, Dios dice que eso no es suficiente para él.

El Evangelio no precisa satisfacerte a ti, mas el Evangelio precisa satisfacer a Dios, y él no se satisface solo por justificarte y santificarte. Dios declara: «No, yo voy a hacer algo más: voy a glorificarte».

Hermanos amados, ¿qué es la glorificación? La glorificación significa simplemente que Dios va a transformarte de gloria en gloria, y conformarte a la imagen de su amado Hijo (Rom. 8:29-30).

La glorificación no significa que tu hombre natural es glorificado, transformado. No, nosotros dijimos que tú no cambias. «Lo que es nacido de la carne, carne es. Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es». Ser transformado significa simplemente que el Espíritu Santo va a obrar de tal forma en tu vida, que te retirará a ti y va a agregar a Cristo, hasta que Cristo sea formado completamente en ti, o hasta que tú seas conformado a su imagen. ¡Eso es la gloria!

Nosotros damos vergüenza; solo Cristo es glorioso. Entonces, cuando Cristo es formado en ti, hay gloria. En otras palabras, gloria significa que Dios está siendo visto, Dios está siendo expresado, Dios está siendo conocido. Siempre que vemos a Dios, vemos gloria. Ese es el propósito de Dios. Él no irá solo a justificarte, ni solo a santificarte; él desea glorificarte. Él anhela que Cristo sea completamente formado en ti, para que tú seas conformado a su imagen.

Sin embargo, ¿cómo él va a obrar eso? El Espíritu Santo es responsable por ese hermoso trabajo. El Espíritu Santo es como un bordador. Él está dando puntadas, punto tras punto en tu vida, para tejer a Cristo en ti. Y a medida que él está haciendo eso, tú estás siendo vestido con un atuendo bordado. Serás adornado para ser la novia de Cristo. Lo que es entretejido en ti, construido en ti, no es nada más que Cristo.

Cristo es nuestra redención, y la redención apunta hacia la filiación; o sea, la posición de hijo maduro. Ustedes ahora crecerán y se transformarán en hijos de Dios. Eso es la glorificación, y nuevamente, eso no es una enseñanza, ni una doctrina. La glorificación es Cristo. Cuando vemos a Cristo, hay gloria; esa es la obra del Espíritu Santo.

Stephen Kaung

(Adaptado de «Romanos», en

Vendo Cristo no Novo Testamento, Vol. II).

Una analogía sobre la justificación

Imagine que digo a Bernabé, mi hijo adolescente: "Ordena tu cuarto antes de irte a la escuela. Si no tienes tu cuarto ordenado, no irás a ver el partido esta noche". Bueno, imagine que no se planifica bien y se va para la escuela sin ordenar su cuarto, e imagine que lo encuentro desordenado y lo ordeno. La tarde se le complica y llega a casa justo antes de la hora de irse a ver el juego; se da cuenta de lo que ha hecho y se siente muy apenado. Se disculpa y humildemente acepta las consecuencias. Cero juego.

Ante esto, le digo: "Bernabé, voy a tomar tu disculpa y sumisión como el cuarto ordenado. Yo dije: 'Debes ordenar tu cuarto o no podrás ir a ver el juego esta noche'. Como tu cuarto está ordenado, puedes ir a ver el partido".

Lo que quiero decir cuando le digo que "voy a tomar tu disculpa como el cuarto ordenado" no es que la disculpa sea el cuarto ordenado ni que en realidad lo haya ordenado. Fui yo quien lo ordenó. Fue pura gracia. A lo que me refiero es que, en mi manera de contar (en mi gracia), su disculpa lo liga a la promesa dada del cuarto ordenado. El cuarto ordenado es ahora su cuarto ordenado. Se lo atribuí o tomé su disculpa como el cuarto ordenado. Puede decirse de cualquiera de las dos maneras. Y Pablo lo dijo de ambas maneras: "*La fe es contada por justicia*" y "*Dios nos atribuye justicia*".

Así, cuando Dios le dice a los que creen en Cristo: "Cuento tu fe por justicia", no quiere decir que su fe sea la justicia que los justifique, sino que su fe lo une con Cristo, quien se convierte en su justicia ante los ojos de Dios, ante la justicia de Dios (1ª Cor. 1:30).

Tomado de *Hermanos, No Somos Profesionales*, de John Piper

Un milagro de guerra

Durante la guerra en Corea, un hombre fue gravemente herido en un campo de batalla en Heartbreak Ridge. Sus amigos estaban parapetados en una cueva de zorros como a 10 metros del lugar cuando éste fue herido en una emboscada. Mientras el fuego continuaba, los otros hombres discutían entre ellos qué hacer. El fuego intenso hacía difícil arrastrarse y traer a su compañero herido, pues eso significaría la misma muerte.

Por un rato nadie se movía. Los hombres que estaban en la cueva podían escuchar a su compañero herido clamar por ayuda. Entonces uno de los hombres que estaba en la cueva empezó a mirar insistentemente el reloj. Todos los demás lo notaron y empezaron a preguntarle cosas, pero el soldado

miraba el reloj y permanecía en silencio.

De repente, el hombre del reloj saltó de la cueva y se arrastró hasta donde estaba su compañero herido. Lo tomó por la solapa del uniforme, y de una manera lenta empezó a regresar a la cueva, bajo un intenso ataque alrededor.

Sorprendentemente, ambos lograron llegar a la cueva sin ser heridos por bala alguna. Luego que el fuego cesara, le preguntaron al héroe por qué había esperado tanto tiempo para rescatar a su amigo. A lo cual

respondió: «Mi madre me dijo que exactamente a esta hora, todos los días, ella estaría orando por mí. Así que yo dejé la cueva cuando ella empezó a orar».

(Tomado de la Web).



La vida cristiana normal

Una panorámica del libro «La Vida Cristiana Normal» –que es un estudio de Romanos–, la obra más conocida de Watchman Nee. Un clásico que ha cambiado la manera de ver la vida cristiana.

El perdón y la liberación

Los primeros ocho capítulos de Romanos forman una unidad. Esta sección de Romanos se divide naturalmente en dos partes, muy diferentes la una de la otra. La primera termina en el verso 11 del capítulo 5 y la segunda en el fin del capítulo 8. La primera se dirige a los pecadores, y la segunda a los creyentes; y hay considerable diferencia entre las dos. Por ejemplo, en la primera sección se usa la palabra «*pecados*» repetidamente; en la segunda casi nunca. En la primera sección tenemos «*pecados*» en el plural; en la segunda tenemos «*pecado*» en singular.

En la primera sección, es cuestión de los pecados que he cometido ante Dios, que se pueden enumerar, mientras en la segunda es asunto del pecado como principio de vida en mí. Lo primero necesita perdón, lo último liberación. Aunque alcance perdón por todos mis *pecados*, todavía por causa de mi condición de *pecador* no gozo de constante paz del alma.

Cuando al comienzo la luz divina penetra en mi corazón, mi único clamor es por perdón; pero, una vez recibido el perdón de pecados, descubro

algo nuevo, a saber, *el pecado*, y me doy cuenta que no solo he cometido pecados delante de Dios sino que hay algo mal en mí, un poder que me lleva al pecado. Puedo buscar y recibir perdón, pero luego peco de nuevo. Y así sigue la vida en un círculo vicioso, pecando y siendo perdonado, y volviendo a pecar. Aprecio el perdón divino, pero ansío algo más que eso: ¡Liberación! Necesitamos perdón por lo que hemos hecho, pero también necesitamos liberación de lo que somos.

Así en estos primeros ocho capítulos de Romanos se nos presentan dos aspectos de la Salvación – perdón de pecados y liberación de pecado. Ahora debemos notar otra diferencia.

La sangre y la cruz

En la primera parte (3:25 y 5:9) se menciona la Sangre del Señor Jesús pero nunca la Cruz. En la segunda parte, en el versículo 6 del capítulo 6, se introduce un nuevo tema: el ser «crucificado» con Cristo. La enseñanza de la primera parte se centraliza en aquel aspecto de la obra del Señor Jesús representado por «la Sangre» derramada para nuestra justificación por la «*remisión de pecados*». Estos términos no se usan en la se-

gunda sección, donde la enseñanza se centraliza ya en el aspecto de su obra representada por «la Cruz», es decir, por nuestra unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

¿Por qué esa distinción? Es que la Sangre trata con todo aquello que nosotros hemos hecho, mientras que la Cruz procede con lo que nosotros mismos somos. La Sangre es para expiación, y tiene que ver con nuestra posición ante Dios y nuestro sentido de pecado. La Sangre puede quitar, remitir mis pecados, pero queda el «*viejo hombre*». Se necesita la Cruz para crucificarme a mí, el pecador.

Dos aspectos de la resurrección

Además, se mencionan dos diferentes aspectos de la resurrección en estas dos secciones, en los capítulos 4 y 6. En Romanos 4:25 se menciona la resurrección como prueba de nuestra justificación: «*Jesús, Señor nuestro... fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación*». Aquí se trata de nuestra posición ante Dios. Pero en el capítulo 6, versículo 4, la resurrección se menciona como una comunicación de vida a fin de que andemos en santidad: «*A fin de que como Cristo resucitó de los muertos... así también nosotros andemos en vida nueva*». Aquí se trata de nuestra conducta.

Dos clases de paz

La paz es tratada en ambas secciones, en los capítulos 5 y 8 respectivamente. ¿A qué clase de paz se refiere Romanos 5:1? Paz con Dios: «*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor*

Jesucristo». Ahora que tengo el perdón de pecados, Dios no me será más causa de preocupación y terror – yo que era un enemigo de Dios he sido reconciliado por la muerte de su Hijo (Rom. 5:10), pero muy pronto encuentro que yo mismo voy a ser gran causa de preocupación. Aún hay desasosiego dentro de mí porque hay algo que me lleva al pecado. Hay paz con Dios, pero no conmigo mismo.

Hay guerra en mi propio corazón. Esta condición está bien descrita en Romanos 7 donde se ve que la carne y el Espíritu están en conflicto mortal dentro de mí. Pero de aquí el argumento nos lleva al capítulo 8, donde se nos destaca la paz interior producida, por un andar en el Espíritu. La mente carnal es muerte, porque es «*enemistad contra Dios*», pero la mente del Espíritu «*es vida y paz*» (Rom. 8:6-7).

Justificación y santificación

Investigando más, hallamos que la primera mitad de la sección, trata de la justificación (ver ejemplo, Rom. 3:24-26; 4:5, 25), en tanto que la segunda mitad, tiene como tema principal la santificación (ver Rom. 6:19, 22). Cuando conocemos la preciosa verdad de la justificación por la fe, conocemos apenas la mitad de la verdad. Solo hemos solucionado el problema de nuestra posición delante de Dios. A medida que avanzamos, Dios tiene algo más que ofrecernos, esto es, la solución del problema de nuestra conducta; y el pensamiento que se desarrolla en estos capítulos sirve para enfatizar este punto. En cada caso, el segundo paso sigue al primero, y si solo conocemos

el primero, estamos viviendo una vida cristiana subnormal. Pero entonces ¿cómo podremos vivir una vida cristiana normal? ¿Cómo entraremos en esta vida? Por supuesto debemos, en primer lugar, tener el perdón de nuestros pecados, necesitamos la justificación, debemos tener paz con Dios: éstas constituyen nuestro fundamento esencial.

Pero una vez establecida esta base por medio de nuestro primer acto de fe en Cristo, se desprende claramente

**La Sangre trata con todo
aquello que nosotros hemos
hecho, mientras que la Cruz
procede con lo que nosotros
mismos somos.**

de lo que ya se ha dicho que debemos seguir adelante, que hay algo más.

Condiciones para la vida cristiana normal

A medida que estudiamos los capítulos 6, 7 y 8 de Romanos encontraremos que las condiciones para vivir la vida cristiana normal son cuatro: (a) Saber, (b) Contar, (c) Presentarse a Dios, y (d) Andar en el Espíritu; y se dan en ese orden. Si queremos vivir la vida cristiana normal tendremos que dar estos cuatro pasos; no uno ni dos, ni tres de ellos, sino los cuatro.

El significado de Romanos 7

Pero, ¿cuál es el significado de Romanos 7? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Hay la tendencia de sentir que este capítulo está mal situado en el lugar donde se halla. Nos gustaría ponerlo entre los capítulos 5 y 6. Al fin del capítulo 6 todo es tan perfecto: entonces viene un quebrantamiento completo en el capítulo 7 y el grito «*Miserable de mí!*». Entonces, ¿cuál es su enseñanza?

El capítulo 6 trata de la liberación del pecado: y el capítulo 7 de la liberación de la ley. En el capítulo 6 Pablo nos ha relatado cómo podemos ser liberados del pecado y suponíamos que eso fue todo lo que hacía falta. El capítulo 7 ahora nos enseña que la liberación del pecado no basta, sino que también necesitamos liberación de la ley.

Si no somos del todo emancipados de la ley, nunca podremos experimentar la plena emancipación del pecado, pero ¿cuál es la diferencia entre la liberación del pecado y la liberación de la ley? Todos conocemos el significado de la liberación del pecado, pero necesitamos conocer también el significado de la ley, si hemos de apreciar nuestra necesidad de liberación de ella.

Muchos cristianos son lanzados de repente a la experiencia de Romanos 7 y no saben por qué. Se imaginan que Romanos 6 es suficiente. Habiéndolo entendido claramente, piensan que no puede haber más cuestión de fracaso, y entonces con gran sorpresa se encuentran repentinamente en Romanos 7. ¿Cuál es la explicación? Romanos 7 nos es dado para explicar y llevarnos a la experiencia de la verdad de Romanos 6:14: «El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia».

El cuerpo de pecado y el cuerpo de muerte

Romanos 6 trata del «cuerpo de pecado» (6:6); Romanos 7 trata del «cuerpo de muerte» (7:21). En el capítulo 6, todo el tema que nos presenta es el «pecado»: en el capítulo 7 nos presenta la «muerte». ¿Cuál es la diferencia entre cuerpo de pecado y cuerpo de muerte? Mi actividad respecto al pecado hace de mi cuerpo un cuerpo de pecado: mi inactividad con respecto a la voluntad de Dios lo hace un cuerpo de muerte.

En el tiempo cuando fue escrita la epístola a los Romanos, era castigado un asesino en una manera rarísima y terrible. El cadáver del muerto era atado al cuerpo viviente del asesino; cara a cara, mano a mano, pie a pie; y el viviente quedaba ligado al muerto hasta la muerte. Estaba libre el asesino de ir donde quisiera, pero por doquier tenía que arrastrar el cadáver del muerto. Pablo se sintió ligado a un cuerpo muerto e incapaz de librarse. Donde quiera que fuera, fue impedido por esta carga terrible. A la larga no pudo aguantar más y clamó: «¡Miserable de mí! ¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte?». Pero su grito desesperado es seguido inmediatamente por un canto de alabanza. Esta es la contestación a su pregunta. «Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro» (Rom. 7:25).

Posición y experiencia

Tenemos cuatro diferentes aspectos en relación con la obra de Dios en la redención: el capítulo 5, «en Adán»; el capítulo 5, «en Cristo»; el capítulo

7, «en la carne»; el capítulo 8, «en el Espíritu». En esto vemos cuatro diferentes principios y debemos discernir claramente la relación entre ellos. Tenemos «en Adán» contra «en Cristo», mostrando nuestra posición; lo que éramos por naturaleza y luego lo que ahora somos por la fe en la obra redentora de Cristo. También tenemos en «la carne» contra en «el Espíritu» y esto se relaciona con nuestro andar, como asunto de experiencia práctica. Creemos que hasta estar «en Cristo», pero debemos también andar «en el Espíritu» (Rom. 8:9). He aquí uno de los más importantes puntos de la vida cristiana. Aunque de hecho estoy en Cristo, con todo si viviera en la carne, es decir en mi propio poder, entonces experimentaré lo que está «en Adán». Si quiero experi-

El capítulo 7 ahora nos enseña que la liberación del pecado no basta, sino que también necesitamos liberación de la ley. Si no somos del todo emancipados de la ley, nunca podremos experimentar la plena emancipación del pecado.

mentar todo lo que está en Cristo, entonces debo aprender a andar «en el Espíritu». El uso frecuente de las palabras «el Espíritu» en la primera parte de Romanos 8 sirve para enfatizar esta nueva e importante lección de la vida cristiana.

La vida en el Espíritu

La carne se relaciona con Adán; el Espíritu con Cristo. Vivir en la carne significa sencillamente que tratamos de hacer algo en nuestra propia energía natural. Esto es vivir por la fuerza que emana de la vieja fuente natural de vida que heredé de Adán. Vivir en la carne significa que creemos que nosotros mismos podemos hacerlo: en consecuencia ensayamos probarlo.

Vivir en el Espíritu, en cambio, significa que yo confío que el Espíritu Santo hará en mí lo que yo no puedo hacer. Esta vida es totalmente diferente de la que yo naturalmente viviría por mí mismo. Cada vez que me encuentro frente a una nueva demanda del Señor, le miro para que él haga en mí lo que requiere de mí. No es un caso de probar sino simplemente de confiar: no de luchar sino de descansar en él.

Si vivimos en el Espíritu, podemos quedarnos a un lado y contemplar cómo el Espíritu Santo gana nuevas victorias sobre la carne cada día. «*Andad según el Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne*» (Gál. 5: 16, V.M.). El Espíritu Santo nos ha sido dado para encargarse de este asunto. Nuestra victoria reside en escondernos en Cristo, y en confiar en sencillez que su Santo Espíritu vencerá en nosotros las concupiscencias carnales con sus propios nuevos deseos.

¿Quién me librerá?, es el clamor de Romanos 7, pero Romanos 8 nos da la respuesta. El grito de alabanza de Pa-

blo es: «*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro*» (Romanos 7:25). Así que, aprendemos que la vida que gozamos es la del Señor Jesucristo solo. La vida cristiana no es vivir una vida parecida a la de Cristo, o tratar de ser parecido a Cristo, ni tampoco es Cristo dándonos el poder de vivir una vida parecida a la de él. Es *Cristo mismo viviendo* su propia vida en nosotros: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gálatas 2:20); «*Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*» (Col. 1:27).

El paréntesis de Romanos 11

Después de los primeros ocho capítulos de Romanos, sigue un paréntesis en el cual se trata del proceder soberano de Dios con Israel, antes de volver al tema de los primeros capítulos.

Así, el razonamiento del capítulo 12 sigue al del capítulo 8 y no al del capítulo 11. Podríamos resumir estos capítulos sencillamente de esta manera: Nuestros pecados son perdonados (cap. 5), somos muertos con Cristo (cap. 6), por naturaleza somos completamente impotentes (cap. 7), por lo tanto confiamos en el Espíritu que mora en nosotros (cap. 8). Después de esto, y como consecuencia, «*somos un cuerpo en Cristo*» (cap. 12). Es el resultado lógico de todo lo que antecede y la meta de todo ello.

Un llamado a la consagración

Romanos 12 y los capítulos siguientes contienen instrucciones muy prácticas para nuestra vida y nuestro andar. Estas se introducen con

un nuevo énfasis sobre la consagración.

En el capítulo 6, verso 1:3, Pablo ha dicho: «*Presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia*». Sin embargo, en el versículo 12:1, el énfasis es un poco distinto. «*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional*».

La visión del cuerpo

Esta nueva exhortación a la consagración se nos hace como a «hermanos», recordándonos los «muchos hermanos» del capítulo 8, verso 29. Es una llamada a dar un paso de fe juntos, el presentar nuestros cuerpos en un «sacrificio vivo» a Dios.

Esto es algo que sobrepasa lo solamente individual e implica una contribución en conjunto. El «presentar» es personal, pero el sacrificio es colectivo; es *un* sacrificio. El culto racional, servicio inteligente, es *un* servicio. Nunca deberíamos pensar que nuestra contribución no se necesita, porque, si en verdad contribuye a aquel servicio, satisface a Dios. Y es por tal servicio que experimentamos «*cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (12:2) o, en otras palabras, alcanzamos el eterno propósito de Dios en Cristo Jesús. Así

que, la llamada de Pablo «*a cada cual que está entre vosotros*» (12:3), se hace considerando esta nueva verdad divina de que nosotros, siendo muchos, «*somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros*» (12:5) y es sobre esta base que tenemos las instrucciones prácticas que siguen.

El instrumento por el cual el Señor Jesús puede revelarse a esta generación no es el individuo, sino el cuerpo. Dios repartió a cada uno una medida de fe (12:3), pero por separado cada miembro nunca puede cumplir el propósito de Dios. Se necesita un cuerpo entero para llegar a ser «*un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*» y manifestar su gloria.

De esta manera Romanos 12:3-6 saca de la figura del cuerpo humano la enseñanza de nuestra dependencia mutua.

El Cuerpo no es una mera ilustración, sino una realidad. La Biblia no dice que la iglesia es parecida al cuerpo, sino que es el Cuerpo de Cristo. «*Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros*». Todos los miembros juntos son un cuerpo, porque todos gozan de su vida como si El mismo se distribuyera entre sus miembros.

Watchman Nee
Obrero cristiano chino (1903-1972).

Las aguas se están levantando, pero aquí estoy. No estoy pasando por debajo, sino por encima de ellas.

Catherine Booth, co-fundadora del Ejército de Salvación

Romanos: el Evangelio de la Esperanza

La epístola a los Romanos es una expresión viva del evangelio, que traslada al hombre de la desesperación a la esperanza.

Hay en el Nuevo Testamento cuatro grandes designaciones para el asunto básico que en él se desarrolla, la verdad vital a la que se refiere: el Evangelio, el Camino, la Fe y el Testimonio. Aquello que ahora ha venido a ser conocido como «cristianismo» fue entonces expresado por alguno de estos cuatro nombres. De los cuatro, el más empleado es el Evangelio. Ese título para el mensaje inclusivo del Nuevo Testamento aparece allí, en su forma sustantiva, por lo menos cien veces.

La forma verbal de la misma palabra griega aparece, en tanto, traducida como «declarar», «predicar», «predicar el evangelio». Tomando el significado de la palabra, predicar el evangelio sería «dar buenas nuevas», «dar buenas noticias».

Es impresionante ver cómo esta palabra, este título, para la fe cristiana –«el evangelio»– abunda en veinte de los veintisiete libros del Nuevo Testamento. Las excepciones son: el evangelio de Juan, y las tres epístolas de Juan. Tampoco aparece en la segunda carta de Pedro, ni en Santiago o Judas. Pero estos escritores tenían sus propios nombres para la misma cosa.

Mencionamos antes, entre los cuatro nombres «el testimonio»: ese es título peculiar de Juan para la fe cristiana – a menudo, con él, «el testimonio de Jesús». Con Santiago y Judas es «la fe». Sin embargo, usted ve la preponderancia de este título: «las buenas nuevas», «el Evangelio».

La amplitud del término «Evangelio»

Entonces, hemos de tener en cuenta desde el comienzo un hecho muy importante: que este término, las buenas nuevas, cubre toda la extensión y el contenido del Nuevo Testamento. No son solo aquellas ciertas verdades que se relacionen con el principio de la vida cristiana – la conversión, la salvación. El evangelio va mucho más allá de eso, abarca todo lo que el Nuevo Testamento contiene.

El término «buenas nuevas» cubre todo el terreno de la vida cristiana de principio a fin. Tiene un contenido extenso y diversificado, tocando cada aspecto y cada fase de la vida cristiana, del relacionamiento del hombre con Dios y del relacionamiento de Dios con el hombre. Está todo incluido en las buenas nuevas. El no salvo nece-

sita las buenas nuevas, pero igualmente los que han sido salvados necesitan las buenas nuevas, y constantemente. Todo el Nuevo Testamento está lleno de buenas noticias para los cristianos. ¡Cuánto necesitan los siervos del Señor buenas noticias que los animen en la obra, y los socorran en todas las exigencias y dificultades de sus trabajos! La iglesia necesita las buenas noticias para su vida, para su crecimiento, para su fortaleza, para su testimonio. Y el evangelio entra en cada punto, y toca todas las áreas.

Ahora, todos sabemos que la epístola a los Romanos es el gran tratado sobre la justificación por la fe. Pero la justificación por la fe es mostrada como algo infinitamente mayor de lo que la mayoría de nosotros todavía ha captado o ha entendido; la justificación por la fe tiene una connotación y una relación muy amplias. Todo lo que está contenido en esta carta resuelve en sí mismo una gloriosa cuestión, y esto es porque comienza con la declaración de que lo que ella contiene es «el evangelio». *«Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios ... acerca de su Hijo».*

Ahora, todo lo que sigue es «el evangelio». ¡Pero qué tremendo evangelio está allí! Y tenemos que, de alguna manera, resumirlo todo en una conclusión. Tenemos que preguntarnos: «Después de todo, ¿cuál es la consecuencia de nuestra lectura y de nuestra consideración de esta carta maravillosa?».

El Dios de esperanza

El resultado puede resumirse en una sola palabra. Es una gran cosa cuando usted puede captar un documento de la envergadura de éste, y reunirlo en una sola palabra. ¿Cuál es esa palabra? Bien, usted la encontrará al final de la carta. Es significativo que aparece en el punto donde el apóstol está resumiendo. *«Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo»* (Rom. 15:13).

**El Nuevo Testamento está
lleno de buenas noticias para
los cristianos. ¡Cuánto
necesitan los siervos del
Señor buenas noticias que los
animen en la obra, y los
socorran en todas las
exigencias y dificultades de
sus trabajos!**

Si la nota al margen de su Biblia es buena, le dará referencias a otras ocurrencias de esta palabra en esta misma carta. Usted la encontrará en los versículos 5:4; 8:24-25; 12:12; 15:4, y finalmente aquí en nuestro pasaje, versículo 13. *«El Dios de esperanza»*. Ésa es la palabra en la cual el apóstol recapitula el conjunto de esta carta maravillosa. Este es, entonces, el evangelio del Dios de esperanza; más literalmente: las «buenas nuevas», o las «buenas noticias» del

Dios de esperanza. De modo que lo que esta carta nos revela, de principio a fin, es la *esperanza*.

Una situación sin esperanza

Ahora, es absolutamente obvio: la esperanza no tiene ningún significado ni sentido, a menos que exista el contrario. Por lo tanto, el método divino en esta carta, en primer lugar, es poner las buenas nuevas en contraste con una situación desesperanzada, para dar un claro relieve a esta gran palabra – este último asunto, esta conclusión, este resultado. Primero se nos describe la más desesperada de las situaciones. La situación se presenta bajo dos aspectos:

(a) En el asunto de la herencia

En primer lugar, es expuesta en relación a la raza humana – todo el asunto de la herencia. Si miramos el capítulo 5, con el cual estamos tan familiarizados, vemos que allí la raza entera está ligada retrospectivamente a Adán – «...*por un hombre*» (v. 12). Toda la raza humana está ligada a su origen y cabeza en el primer Adán. Lo que es claro en este capítulo es esto: hubo un acto de desobediencia, cuyo resultado fue la ruptura de la relación del hombre con Dios. «*Por la desobediencia de un hombre*» (v. 19). Y, por tanto, todos los hombres descendientes de ese hombre, Adán, fueron involucrados en aquel acto de desobediencia y en sus consecuencias.

Pero eso no es todo. Lo que siguió a continuación, como efecto de aquel acto, fue que el hombre se tornó desobediente e incrédulo en su natura-

leza. No fue solo un acto aislado que él cometió, no solo una cosa en la cual él cayó por un momento. Algo salió de él, y algo también entró en él, y el hombre se volvió por naturaleza una criatura desobediente e incrédula. No solo él actuó de esa forma, sino que él *se convirtió* en aquello; y a partir de ese momento, la naturaleza real del hombre es la incredulidad y la desobediencia. Está en su constitución, y todos los hombres han heredado eso.

Esto es algo irremediable, como usted ve. Cuando usted se ha vuelto una cierta clase de ser, careciendo de cierto factor, usted no puede remediarlo. Es un estado desesperado. Ningún hombre puede creer, a menos que reciba de Dios la capacidad de creer. La fe no es de nosotros, pues es don de Dios (Ef. 2:8). Ningún hombre puede ser obediente a Dios a no ser por un poderoso acto de Dios en él que lo haga asumir una naturaleza o una disposición obediente. Usted no puede remediar algo que no está allí. Así, pues, la situación es bastante desesperanzadora, ¿no es cierto? Algo se ha ido, y algo más, que es contrario a aquello, ha entrado y ha tomado su lugar. Esa es la condición de la raza aquí. ¡Qué cuadro de inútil desesperanza para la raza entera! Esa es nuestra herencia. Estamos en ese aprieto.

Es absolutamente desesperanzador para nosotros intentar hallar en nosotros mismos aquello que Dios requiere. Nos agotaremos, y al final, llegaremos a esta misma posición declarada y establecida por Dios. ¡La situación es irremediable! Si usted está luchando para ser una clase de

persona diferente de la cual usted es por naturaleza, tratando de librarse de lo que ha heredado – bueno, usted está condenado a la desesperación: ¡pero cuántos cristianos nunca han aprendido esa lección fundamental! Para la raza entera, la herencia significa desesperanza.

Si a este respecto nos surgiese alguna duda, basta considerar el conflicto y la batalla que se libra en torno al creer en Dios, de la fe en Dios. Solo una obra profunda del Espíritu de Dios en usted puede llevarlo, inicial o progresivamente, a creer. Es «*el pecado que nos asedia*» –la incredulidad–, seguido, naturalmente, por la incapacidad de obedecer. Somos lisiados de nacimiento; nacimos condenados al fracaso en esta materia, debido a nuestra herencia.

(b) En el asunto de la tradición religiosa

En seguida el Señor lleva esta cosa a otro ámbito. Espero que usted reconozca el significado del contexto, el fondo oscuro contra el cual se pone la palabra «esperanza». El Espíritu de Dios, a través del apóstol, la lleva al campo de la tradición religiosa, ejemplificada por los judíos. Para ellos, todo está ligado a Abraham y a Moisés. Todo lo que el apóstol tiene que decir sobre Abraham y su fe es: «Abraham creyó». Y luego habla sobre Moisés y el advenimiento de la ley.

Y aquí hay algo de tremendo significado e importancia que debemos notar, porque aquí vemos la función particular que tenía en vista la sobe-

rana elección de la nación judía por parte de Dios. Hay muchas cosas que se podrían decir sobre la nación judía, su pasado, presente y futuro, pero lo que destaca tan definitivamente aquí es su función en la soberanía del Dios. Era, y sigue siendo todavía, el testigo de su historia. ¿Qué aprendemos nosotros con este testimonio? Que usted puede tener antepasados ilustres, y puede tener la mejor tradición religiosa, pero nada de eso lo hereda, nada de eso afecta a su naturaleza.

¡Qué padre fue Abraham! ¡Qué suerte tener a «*Abraham nuestro padre*»! ¡Qué magnífico ejemplo de fe y de obediencia fue Abraham! Como nación, ellos provenían de Abraham. ¡Y qué sistema era el sistema religioso judío, en cuanto se refiere al modelo moral, ético y religioso! No hay nada que pueda superarlo en las religiones del mundo.

¡Qué magnífico sistema de preceptos religiosos era la religión judía, que vino a través de Moisés! No solo los Diez Mandamientos, sino toda la enseñanza que propuso la ley, cubriendo cada aspecto de la vida del hombre. Y ellos eran los hijos de aquello. Sin embargo, usted no encuentra la fe de Abraham, y no encuentra en su naturaleza el reflejo de ese gran sistema. Ellos, viniendo de una persona como Abraham, y siendo herederos de todos los oráculos del sistema mosaico, en sus naturalezas estaban desprovistos de todo lo que representaban Abraham y Moisés. ¡Aquellas personas se caracterizaban por su incredulidad, a pesar de Abraham, y

por su desobediencia, a pesar de Moisés! ¿Qué podría haber más desesperanzador?

Algunas personas tienen la idea de que, si tienen un buen padre y una buena madre, eso los pone en una posición muy segura, pero la naturaleza humana no confirma esto. Puede haber ventajas en haber tenido antepasados piadosos – algunas ventajas; pero no es ninguna garantía final de que usted va a escapar de todas las dificultades, todos los conflictos y todos los sufrimientos, si no tiene una fe propia. El hecho es que los padres pueden ser muy consagrados a Dios, pueden ser los más santos, los más piadosos, pero sus hijos pueden ser los más renegados. Es una cosa extraña, ¿verdad?

Esperanza en una situación desesperada

¡Cuán terriblemente desesperanzadora es esta situación! Pero esa es la forma en que el Señor establece un escenario para esto llamado esperanza. Y así llegamos a la solución trascendental, y utilizo esa palabra cuidadosamente en este punto, porque aquí hay algo muy grande. Esto es una montaña inmensa, esta montaña de la herencia: pero hay algo que trasciende todo, que sobrepasa todo; una solución que se levanta sobre toda falta de esperanza y desesperación de la situación natural; y eso es lo que se llama «el evangelio». ¡Oh, estas deben ser buenas noticias! ¡Sin duda, por eso son llamadas «buenas nuevas»! ¿Cuáles son? Que hay esperanza aun en esta situación más desesperada.

El evangelio en la eternidad pasada

Ahora, si miramos esta carta otra vez en su totalidad, veremos que las buenas noticias del evangelio, están no solo en la cruz del Señor Jesús – aunque ésta es el punto focal, como veremos luego. ¡Las buenas noticias son algo mucho más grande incluso que la cruz del Señor Jesús! ¿Qué es eso? Es «*el evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo*». La cruz es solo un fragmento del significado de Jesucristo mismo.

Entonces, esta carta nos lleva directamente a la eternidad pasada del Hijo de Dios. Esto es maravilloso, si usted lo ve. Si este evangelio no le

Cuando el Señor proyectó el plan entero de redención, no fue porque había ocurrido algo que requiriese una medida de emergencia para intentar salvar la situación del momento. Él ya había anticipado todo, y tenía todo a la mano para resolver la contingencia.

salva, no sé qué podría hacerlo. «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo*» (Rom. 8:29). Él debió tener en vista a su Hijo, el Modelo magistral, el Arquetipo, aun antes de que el hombre

fuese creado; el modelo eterno, que era el Hijo: antes de que hubiera necesidad alguna de redención, de expiación, la Cruz, el Hijo era el modelo eterno de Dios para el hombre. Y, observe, cuán positivo y cuán claro es. Se trata de un énfasis en un determinado tiempo verbal que indica un hecho definitivo, realizado una vez para siempre. «...a los que antes conoció, también los predestinó». Antes de que el tiempo fuese tiempo se realizó la elección de aquellos que habían de ser conformados a la imagen de Su Hijo. En la infinitud del pasado, en el propio seno de la eternidad pasada, allí comienza el evangelio.

Sí, vemos al Hijo en su eternidad como el modelo eterno de Dios; y entonces tenemos la eternidad o la atemporalidad de la soberana redención. La soberana redención está incluida en eso. «Él predestinó, él llamó, él justificó, él glorificó». Ahora, estas tres últimas cosas no son subsecuentes. Todas ellas pertenecen al mismo tiempo, que no es el tiempo propiamente dicho: es la eternidad. No se dice que él conoció y predestinó antes, y luego, en el curso del tiempo, él llamó y justificó y glorificó. Vea en lo que usted está involucrado, si acepta esa visión. Muchos de nosotros hemos sido llamados y justificados, pero no estamos glorificados aún. Pero se dice que «él glorificó», en el tiempo eterno – de una vez y para siempre.

Esto debe significar, entonces, que cuando él tomó, como Alfarero, esta materia en su mano, en relación a su modelo eterno, el Señor Jesús, él lo acabó todo en su soberano propósito e

intención. Todo fue consumado entonces; de modo que el hecho de haberse estropeado el vaso no pasa de ser un incidente en el tiempo, terrible y trágico, es cierto; pero, a pesar de todo, no más que un incidente temporal. Y los consejos de Dios trascienden los meros incidentes temporales.

Querido amigo, cuando el Señor proyectó el plan entero de redención, no fue porque había ocurrido algo que requiriese una medida de emergencia para intentar salvar la situación del momento. Él ya había anticipado todo, y tenía todo a la mano para resolver la contingencia. El Cordero «fue inmolado desde el principio del mundo» (Apoc. 13:8). La Cruz retrocede en el tiempo, antes del pecado, antes de la caída, antes del primer Adán –directo hacia el Hijo eterno, antes de los tiempos eternos. La cruz regresa allí–, al Cordero «inmolado desde la fundación del mundo».

¡Qué gran esperanza reside en este hecho! Si eso es verdad, si podemos captarlo, estas son buenas noticias, ¿no es así? Al aceptarlo, la desesperanza que hay en nosotros se transforma en una extraordinaria plenitud. Es el propio Dios que, a través de Su Hijo, viene a nuestro encuentro.

Nosotros mismos causamos toda aquella situación tan desesperanzadora; pero Dios provee todo en su Hijo para resolver nuestra desesperanza. Y Dios no está experimentando porque algo ha salido mal – ‘Debemos encontrar algún tipo de remedio para esto, debemos hallar algo con lo cual experimentar para ver si podemos resolver esta

emergencia; el hombre ha caído enfermo, y debemos buscar un remedio'. No; Dios ya lo ha cubierto desde la eternidad, lo ha resuelto desde la eternidad, en su *Hijo*. Es el evangelio, las buenas noticias, de Dios «*acerca de su Hijo*». Esto puede suscitar un sinnúmero de problemas mentales, pero aquí está la declaración de este libro. Ustedes pueden ver que la esperanza no se destruye porque Adán cayó: la esperanza retrocede más allá del pecado del hombre.

Usted dirá: 'Entonces, ¿qué pasa con la cruz?'. Bueno, la encarnación y la cruz solo están efectuando aquello que fue dispuesto en la eternidad – trayendo la eternidad al tiempo de una manera práctica, haciendo eficaz para el hombre en su condición de desesperada necesidad, aquel gran propósito, intención, designio de Dios referente a su Hijo. La cruz es el medio que levanta de la depresión, del valle, del pecado y de la falta humanos, hacia el nivel de los consejos eternos de Dios, y restaura el curso normal de aquello que en última instancia no es afectado por lo que ha sucedido en el tiempo. Son buenas nuevas tremendas, ¿no es así?

La Cruz llega a ser la ocasión de la fe por la cual todo esto trasciende. Por supuesto, ella provee el terreno para nuestra fe. Y, cuando la fe actúa en relación con la cruz, somos llevados a Cristo: no al Jesús de tres y medio años, o aún de treinta años, sino llevados a Cristo como la representación del pensamiento eterno de Dios para el hombre. La fe nos introduce en él. Esas son las buenas nuevas, «*las buenas noticias acerca de su Hijo*»; el

evangelio, las buenas noticias del «*Dios de esperanza*».

Como ven, la esperanza está fundada sobre la provisión eterna de Dios fuera del tiempo: ¡y ésa es una roca muy segura sobre la cual permanecemos! Sí, fundados sobre la roca eterna de la filiación en Cristo, no sobre un cambio posterior y una medida de emergencia para enfrentar un hecho inesperado. La esperanza está posicionada y anclada fuera del tiempo. El apóstol, escribiendo a los Hebreos, utiliza un cuadro, una metáfora. «*La esperanza... la cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo*» (Heb. 6:18-19); tomándonos fuera del tiempo, fuera de esta vida, anclándonos allí en la eternidad.

¡Cuán grande es la cruz! ¡Cuán grande es el mensaje de Romanos 6! Nos lleva mucho antes de Moisés, de Abraham y de Adán. Nos lleva antes de la caída y del pecado de Adán, y de toda la condición desesperada de la raza entera. La cruz nos lleva antes de todo ello, y allí, en la eternidad pasada, nos enlaza con aquello que Dios pensó. La cruz asegura eso. Y, por otro lado, la cruz alcanza a la eternidad futura, y dice: «*Porque a los que antes conoció... a éstos también glorificó*» (Rom. 8:29-30). La cruz asegura la gloria eterna que viene. ¡Cuán grande es la cruz!

La esperanza, entonces, descansa sobre la inmensidad de la cruz. La esperanza reposa sobre el hecho de que Cristo –que abrió este camino, tornándose el postrer Adán, siendo hecho pecado por nosotros, soportando-

lo todo, ahora levantado por Dios— se ha sentado a la diestra de Dios, y por tanto nosotros, «*en Cristo*», fuimos puestos más allá de todo riesgo de otra caída. Siempre pienso que este es uno de los factores más benditos del evangelio: que Jesús, ahora en el cielo, habiendo abierto este camino, y el camino de su cruz, que este Adán nunca fallará. Nunca habrá otra caída. Esta herencia es segura, es firme, porque está ligada a él. ¡Sin duda, es una esperanza maravillosa, este evangelio del Dios de esperanza!

¿Ves cuán vívido se dibuja el cuadro oscuro de la desesperación? Yo he dado solo el contorno, pero mira los detalles — el cuadro terrible de los gentiles y de los judíos presentados en los primeros capítulos de esta carta, y la desesperación de la situación para ambos. Sí, la desesperanza, de hecho — y luego sobre todo lo que fue escrito, ¡la esperanza! Las buenas nuevas de la esperanza están de pie sobre todo aquello, a pesar de todo, porque la esperanza reposa en Dios, que tiene, antes de todas las cosas, predeterminado algo que

él realizará, y que ha demostrado por la cruz de su Hijo Jesucristo.

Tú y yo sabemos que cuando la fe ha actuado en relación a la cruz del Señor Jesús, algo comienza en nosotros que revierte por completo el curso natural de las cosas. Ahora la fe está creciendo, la fe se está desarrollando; estamos aprendiendo el camino de la fe, estamos siendo capacitados para confiar en Dios cada vez más. Todo ha cambiado: la obediencia es posible ahora.

Y hay otra vida, otra naturaleza, otro poder en nosotros, que fue puesto para esperanza. Una contradicción de la fe cristiana es un cristiano desesperado, un cristiano sin esperanza; uno que no está marcado por este gran rasgo preeminente de Dios — la esperanza. Él es «*el Dios de esperanza*». El Señor hizo esto verdadero, para que nosotros seamos llenos de esperanza, «*gozosos en la esperanza*». «*Sufridos en la tribulación*» pero «*gozosos en la esperanza*» (Rom. 12:12).

T. Austin-Sparks

Falsa espiritualidad

En una ocasión se me habló de una hermana en Cristo que era tan quieta y suave en sus modales que la calificaban de ser «muy espiritual». Yo le pregunté a mi informante: «¿Con quién es espiritual?». La respuesta fue: «Los que pueden llegar a notas tan altas en el canto encuentran a muy pocos que puedan acompañarles».

¡Era tan espiritual que nadie podía ser su compañera espiritual! Tales personas pueden servir para fines de «promoción», pero no son útiles para edificar una iglesia. La clase de creyentes que se requiere para edificar una iglesia son aquellos que pueden aceptar a un hermano detrás, otro delante; uno debajo, y otro encima, y aun, con todo, permanecer espirituales. Dios no sólo planificó un despliegue de piedras preciosas; Él quiere un edificio».

Watchman Nee, en *Aguas Refrescantes*

Tengamos paz

Romanos 5:1 no es una afirmación del hecho de que tenemos paz. Es un llamado a tomarla.

«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Rom. 5:1).

La palabra «pues», nos remite hacia atrás, a los versículos anteriores de la carta del apóstol. No podemos llevar una parte de la carta a algún otro lugar que nos agrade, y descuidar toda la otra parte de su desarrollo. Debemos acompañar al apóstol por toda la extensión del camino. Es de vital importancia que no solo lleguemos a los lugares correctos, sino que lleguemos allá con un enfoque correcto. El enfoque es un factor esencial en el misterio de la revelación.

¿Cuál es, entonces, el enfoque sugerido por esta palabra «pues»? Vamos a dar una mirada al camino ya recorrido. Éste comenzó en la devastación, triste y deprimente, de la ruina del pecado del cual no hay ninguna salida. Todos perdieron su justicia y todos perdieron su poder de recuperarla. Muchos dispositivos son experimentados y muchos intentos son hechos para escapar, pero todas las luchas son ineficaces, y no hay ninguna forma de escapar. En esa horrible esclavitud todos están presos por toda la vida.

No hay salida. No, no hasta que Dios mismo abriese un camino, un camino nuevo y vivo. El infinito Amor encontró nuestra profunda necesidad y

a través de la devastación aparece un camino, que clarea cada vez más hasta que el día es perfecto. En el amor y la gracia expiatorios de Jesucristo los prisioneros de la desesperanza se convierten en hijos de la eterna esperanza. A través del misterio de una Cruz, todos pueden recuperar su corona. En una muerte cuyo misterio nadie puede explorar, encontramos las fuentes de una nueva vida. Y tan completamente la gracia divina encuentra nuestra necesidad que no solo podemos abandonar la prisión del desierto, sino que también podemos dejar nuestras obligaciones y nuestras cadenas. La libertad ofrecida no es solo una posición, es también una fuerza y una provisión. Es más que una amnistía, más que un decreto de emancipación. Es una dádiva y una herencia. Es la liberación de la salud. Es la liberación de la armonía.

Es por eso que esta carta comienza nublada y en tinieblas, pero el cielo oscuro se abre al final del cuarto capítulo, y el cielo azul aparece y el Reino de los Cielos es abierto para todos los creyentes.

Y es justamente aquí que llegamos a la palabra «pues». «Justificados, pues,

por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo». No es una afirmación del hecho de que tenemos paz. Es una apelación para tomarla. Una amnistía se ofrece, tómelala. El perdón gratuito se proclama, tómelo.

¿Alguien puede ser tan necio que al ver una liberación tan maravillosa como ésta no la acepte? ¿Podemos ver la gran posibilidad y no traducirla en una feliz experiencia? Sí, esa es la extraña sugerión. Se ofrece la paz, una paz que excede el entendimiento, pero no la tomamos. Incluso nos arrastramos hasta la misma Cruz con nuestras sofocantes cargas sobre la espalda y regresamos como si nada hubiese

**En el amor y la gracia
expiatorios de Jesucristo
los prisioneros de la
desesperanza se
convierten en hijos de la
eterna esperanza. A
través del misterio de una
Cruz, todos pueden
recuperar su corona.**

sucedido allí. Continuamos llevando nuestras cargas con nosotros. Es uno de los misterios asombrosos de la locura humana. Aquí está el lugar indicado donde el peregrino cansado puede dejar su carga y encontrar descanso y paz. Pero no, nos volvemos nuevamente hacia el lúgubre desierto, hacia las obligaciones y hacia la prisión.

¿Qué diremos, entonces, a estas cosas? Bien, vamos a examinar nuevamente el camino que nos conduce hasta esta gran palabra suplicante. Vamos a examinarlo bien lentamente. Vamos a quedarnos con las cosas lo bastante como para sentir las. Vamos a demorarnos en el versículo treinta y dos del primer capítulo, y en el cuarto verso del segundo capítulo, y en los versículos vigésimo y vigésimo tercero del tercer capítulo. Vamos a hacer una parada en cada uno de estos lugares modificando todos los plurales para el singular, hasta que nos hayamos visto a nosotros mismos en una comprensión plena de la palabra sagrada.

Y entonces, más que en ningún otro lugar, quedémonos mucho tiempo en el versículo veinticinco del tercer capítulo: *«A quien (Jesucristo) puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados»*. Vamos a encontrarnos a nosotros mismos en esta palabra tan abarcadora: «nosotros». Vamos a arrodillarnos delante de la Cruz, y a dejarnos estar allí hasta que los sentimientos vitales comiencen a moverse en el corazón entorpecido, como si el invierno se hubiese acabado y se hubiese ido.

Y como un segundo consejo, vamos a mirar lejos de nosotros mismos, hacia Cristo. Aquí hay un pasaje de una carta de Klebe, que pienso que es rica en consejo espiritual sólido: «Pienso que es cosa egoísta y peligrosa el que las personas estén siempre volviendo

su mirada hacia el interior. Por favor, no deje que sus propias faltas o algo poco comfortable sean muchas veces más importantes. No es natural que sea así en aquellos por quienes Cristo murió». No, no es natural. La única cosa natural es que debemos ser tan atraídos y arrebatados por la gracia de Cristo, que las faltas, desazones, temores, así como nuestros

pecados, sean todos consumidos en su gloria. Es por eso que vamos con fe y confianza a aceptar Su paz. Vamos a acordarnos alegremente de las cosas que están en Cristo, y en una alegre e inflamada esperanza vamos a proseguir a lo largo de nuestro camino en bienaventuranza y paz.

John H. Jowett (1864-1923),
predicador y pastor de la Westminster Chapel.

Un violín de tres cuerdas

Cierta vez el violinista Itzhak Perlman sufrió un grave contratiempo al comenzar una presentación en el «Lincoln Center» de Nueva York: se cortó una de las cuerdas de su violín, la cual salió disparada como una bala por el salón. El público enmudeció. Perlman se quedó quieto, como cavilando. En ese momento cabían dos posibilidades: cambiar el violín o reemplazar la cuerda rota.

Perlman no hizo ni una ni otra cosa. Hizo un gesto al director para que la orquesta siguiera. Luego, tocó con tanta pasión, con tanto poder y con tanta claridad, como nunca antes nadie había escuchado.

Cualquiera sabe que es imposible tocar una obra sinfónica con solo tres cuerdas. Pero esa noche Perlman se rehusó a saberlo. Se podía observar cómo modulaba, cambiaba y recomponía esa pieza en su cabeza. Por momentos, parecía como si él estuviera desentonando las cuerdas para obtener sonidos que ellas nunca antes habían hecho.

Cuando terminó, hubo un silencio impresionante en el salón. Después, vino la aclamación. La gente quiso demostrarle cuánto apreciaban el esfuerzo que él había realizado.

Perlman sonrió, se secó el sudor de las cejas, alzó su arco pidiendo silencio, y dijo, con tono tranquilo y reverente:

— Ustedes saben, algunas veces la tarea del artista es averiguar cuánta música podemos producir con lo que nos queda.

Este violinista nos recuerda a Dios, quien también a menudo se queda con un violín de tres cuerdas en su mano. Puede ser un hombre con un corazón destrozado, una mujer con su honra perdida, o un joven con una temprana devastación y un futuro incierto.

Tal vez convenía más a Dios arrojar el violín malogrado y coger otro nuevo. Sin embargo, como Él es persistente con lo suyo, y diestro, no hace lo que nosotros hubiéramos hecho.

Él sabe cómo pulsar cada una de las cuerdas que le quedan al violín herido, y en qué momento, para sacar de él las mejores melodías. Para que no quede ninguna duda de que no es por la excelencia del instrumento... Cuando esto ocurre, todos nosotros aclamamos al gran Artista.

La entrega del «yo» a Cristo

Muchos de los problemas que enfrentamos en la vida cristiana proceden de un yo no sometido a Cristo.

El «yo» es la única cosa que realmente poseemos; la única cosa que realmente llevaremos con nosotros cuando dejemos este mundo. No llevaremos propiedades o cuentas bancarias; solamente nuestro «yo».

¿Qué sucede con nuestro «yo» en la fe cristiana? En uno de nuestros Retiros, alguien testificó en «La Hora de los Corazones Abiertos»: «Pensaba que mi «yo» era una cosa que debería conservar, pero terminé convencido de que es un cáncer y que debe ser extirpado». Así, antes del Retiro, él estaba en un dilema: ¿su «yo» era algo para ser cultivado o un cáncer para ser eliminado? Su duda, que fue disipada, ha sido también la de muchos hombres y mujeres.

Antes de ver la respuesta cristiana al respecto, veamos lo que piensan otras religiones.

Las religiones que nacieron en la India están cansadas del mundo y de la personalidad. Dicen que el mundo alrededor nuestro es una ilusión del que debemos librarnos, y sienten que la personalidad es un peso. Están esforzándose por alcanzar el límite de la personalidad y lograr la impersonalidad. Por eso, para ellos, la más alta

concepción de Dios es Brahma, que es un ser impersonal. Entonces los hindúes se sientan y se entregan a la meditación, intentando alcanzar el Brahma, y se pierden en esa inmensa impersonalidad.

Así como la gota de agua se pierde en el océano, la persona se pierde en esa inmensidad que es lo impersonal, y eso la libra del peso de la personalidad.

Buda se sentó por largo tiempo para meditar respecto del sufrimiento y el dolor, y llegó a la conclusión de que la existencia y el sufrimiento son la misma cosa. Mientras estamos existiendo estamos sufriendo, por eso la única manera de salir del sufrimiento es desertar de la vida, y la manera de librarse de la existencia es dejar de obrar, porque la acción es lo que hace continuar girando la rueda de la vida. La única manera de dejar de obrar es no tener sentimientos. Cortemos las raíces de los deseos, incluso de vivir, y la vida se tornará estática. Así, los seguidores de las religiones hindúes se preparan para la completa inactividad: el Nirvana.

Le pregunté a un budista, en Ceylán, si en el Nirvana había alguna vida.

Él me respondió: «¿Cómo puede haber vida si no hay sufrimiento?».

Buda quiso resolver los problemas de la vida abandonando la vida. Es lo mismo que librarnos del dolor de cabeza cortándonos la cabeza. Es un precio muy alto como para pagarse.

Existe también otro grupo de hindúes que son devotos de un dios personal. Uno de ellos vino a uno de nuestros Retiros. Él se había dedicado a Rama, uno de sus dioses. Le pregunté: ¿De dónde viene usted? Me respondió: «De Ram-Ram». ¿Para dónde va? «Para Ram-Ram». ¿Cuál es su deseo? «Ram-Ram». Él se ha había consagrado para no decir nada excepto el nombre de su dios. Su personalidad desapareció y él desapareció sumergido en la vida de ese dios.

Cuando dejamos de considerar las filosofías de la India y nos volvemos hacia la psicología moderna, encontramos el reverso de las actitudes antes descritas. La psicología moderna tiene tres afirmaciones respecto de la verdad: Conócete a ti mismo, Acéptate a ti mismo y Exprésate a ti mismo.

Por las mismas razones por las cuales respeto las filosofías hindú y budista sobre la personalidad, también tengo que respetar la teoría de la moderna psicología. Sin embargo, deseo considerar los errores de las tres afirmaciones de la psicología.

Conócete a ti mismo

No podemos conocernos estudiando nuestra personalidad separada de Dios. Tenemos que saber cuál es nuestra relación con Dios. En este caso,

podríamos conocernos sabiendo de nuestras relaciones para con Dios, que somos hijos de Dios, que tenemos un destino, el cual es ser transformados a la medida de la estatura del Hijo de Dios. No podemos conocernos separados de este destino. Por lo tanto, analizarlos separados de esta relación es infructuoso. El psicoanálisis ha sido, comparativamente, muy infructuoso. Ha sido muy bueno en el análisis y muy pobre en la síntesis. Él puede separarnos en pedacitos, pero no sabe cómo juntarnos de nuevo.

Cuando somos más de Cristo, somos más de nosotros mismos. Entrégate a Cristo y entonces no te entregarás a ninguna otra cosa. Obedece a Cristo y entonces tendrás un mundo libre. Nunca somos nosotros mismos tanto como cuando somos de Cristo.

Acéptate a ti mismo

¿Pero cómo podemos aceptar a un ser inaceptable, lleno de problemas, miserias y preocupaciones? Pedir a alguien que se acepte a sí mismo es pedir lo inaceptable.

Exprésate a ti mismo

Pero si tomamos una docena de personas queriendo expresarse a sí mismas, ¿qué tendremos? En una ciudad de los Estados Unidos hice esta pregunta durante una reunión pensando que responderían: estaremos

preparando ambiente para conflictos y pánico... Tomemos cualquier grupo de personas con la finalidad de expresarse y tendremos un ambiente de conflictos y problemas.

Entonces, ¿qué está errado en estas tres afirmaciones? Esto es exactamente lo que la fe cristiana tendría que colocar en el lugar de estas afirmaciones: «Sométete a ti mismo». La fe cristiana demanda de nosotros la única cosa que poseemos. Jesús dice: «*El que quiera venir en pos de mí, nieguese a sí mismo*», y también: «*El que quiera ganar su vida, la perderá*». Él pide la única cosa que poseemos. ¿Quiere decir esto que nuestro «yo» desaparece? Algunas personas dicen que sí, e incluso hay un himno en Inglaterra que dice: «Todo de mí y nada de ti», en la primera estrofa; «algo de mí y algo de ti», en la segunda estrofa; y «nada de mí y todo de ti», en la tercera estrofa.

Es una poesía hermosa, pero nunca podemos llegar a la posición en que no exista el yo. El yo es parte integrante de nuestra personalidad y no puede de ninguna manera ser eliminado. Si lo lanzamos puertas afuera, volverá por la ventana, tal vez con vestiduras religiosas, pero será el mismo yo. No podemos librarnos de él. ¿Qué podemos hacer? La respuesta es: entregarlo a Jesús, que nos limpia de ese egoísmo natural y nos devuelve nuestro yo; y cuando somos más de Cristo, somos más de nosotros mismos.

Entrégate a Cristo y entonces no te entregarás a ninguna otra cosa. Obedece a Cristo y entonces tendrás un

mundo libre. Nunca somos nosotros mismos tanto como cuando somos de Cristo.

Nos conocemos a nosotros mismos bajo un destino maravilloso. Es lo que se encuentra en el pasaje bíblico: «*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*» (2ª Cor. 3:18). Esto significa que somos transformados a la imagen de lo que hay de más precioso y maravilloso en este mundo. Este es el destino que nos hace levantar los hombros, que hace que nuestra sangre corra con más intensidad por nuestras venas.

No puedo detenerme ante mi «yo». Todo lo que hay en mí de odio y egoísmo desaparece. Y no odiamos nuestro yo, porque nuestro yo nos ama; y lo que él acepta, nosotros podemos aceptar también. Ahora podemos aceptarnos, porque somos transformados en algo aceptable.

Estamos bajo la redención, salimos del hombre viejo hacia el hombre nuevo. Por lo tanto, podemos aceptar ese yo que está bajo la redención, e incluso amarlo.

El cristianismo enseña el amor al «yo». «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Es tan malo odiarnos a nosotros mismos como odiar a los demás. Podemos amarnos, porque nos amamos en Dios.

Deseo contarles sobre un amigo mío que considero un santo y posee aquello que podemos llamar 'humor divino'. Él dice: «Me gusta hablar conmi-

go mismo, porque me gusta oír a una persona inteligente». Si todos nosotros tuviésemos un «yo» como el suyo, diríamos lo mismo. No condeno a las personas que no gustan hablar consigo mismas, porque tal vez su «yo» no esté en condiciones de conversar, pero si pertenecemos a Cristo, podemos gustar de nosotros mismos.

Pablo dice: «*Para mí el vivir es Cristo*». Él sabía que cuando se estaba expresando estaba expresando a Cristo. Nosotros también podemos expresarnos a nosotros mismos cuando expresamos a Cristo. El gran pasaje de las Escrituras que dice todo lo que estoy intentando decir es éste: «*Sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios*» (1ª Cor. 3:22-23). Es una afirmación maravillosa. Él dice que si pertenecemos a Cristo, todo nos pertenece. Todos los grandes maestros nos pertenecen, pero nosotros no les pertenecemos a ellos, sino a Cristo. Todo el mundo, la vida y la muerte (todos los grandes acontecimientos), nos pertenecen, porque pertenecemos a Cristo. Y Pablo agrega que aun todo el tiempo —el presente y el futuro—, todo nos pertenece por cuanto pertenecemos a Cristo.

Cuando comencé a envejecer, percibí que me levantaba más temprano cada mañana. Al principio no me gustó y me pregunté a mí mismo qué haría con aquellas horas libres. Entonces resolví oír la voz de Dios. «No pediré nada», me dije, «pero lo que

Él quiera que yo haga, eso quiero oír». A veces Él me decía cosas diferentes, pero cierta mañana Él me dijo algo que yo nunca había oído: «Tú eres mío y la vida es tuya». Yo le pedí que lo repitiese. Y Él lo repitió: «Tú eres mío y la vida es tuya». Entonces yo dije: «Señor, Tú diste todo, yo te pertenezco a Ti y la vida me pertenece; si la vida me pertenece, yo puedo dominarla». Yo no pertenezco a la vida; ella es la que me pertenece. Si no pertenecemos a Cristo, la vida no nos pertenece, y ninguno de nuestros pensamientos nos conducirá a la sensatez; al contrario, todos nos llevarán a la insensatez.

La vida cristiana puede resumirse en una frase: «Pertenezca a Cristo y la vida le pertenecerá a usted». Acostumbro tener, todos los días primero de cada año, un retiro con los funcionarios del gobierno en Washington. Nos reunimos de las 10 de la mañana a las 5 de la tarde. Hace unos años atrás, estuvo con nosotros el Secretario de Defensa, Mr. Wilson. Después de la reunión le pidieron que dijese algo, así que habló: «Me gustó mucho lo que el señor Jones ha dicho, excepto una cosa: él habló sobre la entrega. Yo lamento no poder hacerlo por la posición que ocupo. Sería una palabra muy impopular allí». Entonces le dije: «Si usted se entrega a Dios, no se entrega a ninguna otra cosa». Entonces él respondió: «Correcto, eso está bien».

Cuando nos sometemos a Dios, no estamos sometidos a nada más. Todo es nuestro, porque pertenecemos a Cristo.

El centro de todos los pecados es el «yo» no sometido, pues él se coloca en el lugar de Dios, y procura organizar la vida como si fuera Dios. Este es el pecado central y todos los demás son frutos de esa raíz. Así como mis dedos están unidos a la palma de la mano, los pecados exteriores están unidos al centro, que es el «yo».

¿Por qué tenemos mal humor y rivalidades? Porque alguien hirió nuestro «yo». ¿Por qué mentimos? Porque con eso podemos defender nuestro «yo». ¿Por qué somos deshonestos? Porque pensamos que eso traerá ventajas a nuestro «yo». ¿Por qué somos impuros? Porque pensamos que así daremos placer a nuestro «yo». ¿Por qué sentimos envidia? Porque pensamos que alguien se está sobreponiendo a nuestro «yo».

Todos estos pecados son frutos del «yo» insumiso.

Llegamos ahora al clímax del asunto: ¿Tenemos que entregar nuestro «yo» a Jesucristo o no?

Un hombre se acercó a mí y me dijo: «¿Usted no me recuerda?». Siempre tuve dificultades para reconocer a alguien, porque veo a muchas personas en muchos lugares diferentes. Sin embargo, había algo que me hacía recordar a aquel hombre. Pero él se me adelantó, diciendo: «Soy el hombre que le buscó en un hotel de Oklahoma». Entonces me acordé de cuando él entró en mi cuarto y me dijo: «Estoy buscando la vida cristiana, pero es un infierno. Veinte veces al día mi «yo» dice que desista de todo». Le repliqué entonces: «Es por

eso que usted enfrenta el infierno. Necesita quitar ese «yo» de sus propias manos y ponerlo en las manos de Cristo. Oramos juntos y entonces él se entregó a Cristo, diciendo: «Recíbeme y transfórmame», y se levantó radiante.

El centro de todos los pecados es el «yo» no sometido, pues él se coloca en el lugar de Dios, y procura organizar la vida como si fuera Dios. Este es el pecado central y todos los demás son frutos de esa raíz.

Cuando lo vi por segunda vez, su esposa vino hasta mí, diciendo: «Gracias por haberme devuelto el esposo». Pero yo no le devolví el esposo, él se entregó a Cristo, que lo devolvió a sí mismo, a la esposa y a todos.

Un pastor en Estados Unidos cuenta que estaba muy enojado porque su obispo no lo ponía en iglesias suficientemente grandes para él. «El obispo y el gabinete me están sacrificando. Estoy colgando de la cruz». Uno de sus feligreses al oírlo, le dijo: «Usted está colgando de la cruz, pero aún no ha muerto, pues está luchando con los resentimientos». En aquel momento, aquel pastor se arrodilló y oró. Él dijo después que al levantarse era otro hombre, sin recelo alguno. Aquel mismo año, 285 personas se convirtieron en su congregación, la misma

de la cual decía que no era suficientemente grande para él. No había ningún domingo sin que alguien se entregase.

En verdad, cuando aquel pastor decía que se le trataba injustamente al asignarlo a una iglesia pequeña, era él el pequeño para esa iglesia. Nuestro propio «yo» a nuestro servicio es motivo de sufrimiento y dolor; pero nuestro «yo» en las manos de Dios es una posibilidad y un poder.

El hijo de Asa Candler, heredero de los millones de su padre, se volvió un alcohólico. Él luchaba contra el alcohol y perdía siempre. Un día cuando entraba en su casa, oyó una voz que decía: «Entrégate», y esto lo golpeó. «¡Qué cosa rara! Yo he intentado entregar el alcohol y esta voz me dice: «Entrégate». Al encontrarse con su esposa le contó lo que le había pasado.

Se arrodillaron y entonces entregó, no el alcohol, sino a sí mismo. Al contar esto, dice: «Mi esposa oró como nunca antes lo había hecho, y cuando nos levantamos, yo sabía que el alcohol ya no sería un problema para mí».

Mientras aquel hombre estaba intentando dejar el alcohol nada conseguía, pero en el momento en que entregó su «yo» a Cristo, lo consiguió todo. El «yo» insumiso era su problema.

Nosotros encontramos la libertad a través de la sumisión. Todo el problema no está alrededor de lo que somos, sino en lo que somos. Si Cristo nos conquista, nosotros conquistamos al mundo.

E. Stanley Jones (1884-1973)
Teólogo y misionero metodista.
Traducido de «Jesus é Senhor», Imprensa
Metodista, Sao Paulo, Brasil, 1969).

Atravesado por la Palabra

El Dr. H.A. Malan, un ministro de Génova, Suiza, contó cierta vez la experiencia que tuvo en un viaje a París, cuando un pasajero comenzó a discutir con él sobre el Evangelio. Malan respondió a todos los comentarios del hombre con citas de las Escrituras, sin ninguna interpretación personal. Pero cada cita era ignorada o evadida por su compañero, quien seguía argumentando, sin obtener respuesta alguna excepto otro versículo de las Escrituras. Finalmente, él se volvió con impaciencia, gritando: «¿No se da cuenta que no creo en su Biblia? ¿Qué va a conseguir con esas citas?». La única respuesta de Malan fue otro mensaje de la Palabra de Dios: «*Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis*» (Juan 8:24).

Años después, el Dr. Malan recibió una carta con una letra desconocida. En ella estaba escrito: «Usted tomó la espada del Espíritu y me atravesó varias veces por todas partes. Intenté rápidamente huir de aquella hoja y hacer que usase sus manos y no el acero celestial, pero usted simplemente me atravesó de nuevo, haciéndome sentir que yo no estaba luchando contra usted, sino contra Dios». Al final de la carta se encontraba el nombre de su compañero de viaje de años atrás.

«Á Maduridade»

La víctima de la cruz

«Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado» (Rom. 6:6).

Ésta es la víctima de la cruz, sea llamada «*el cuerpo del pecado*», o «*la carne*», o «*la mente carnal*», o «*el pecado que mora en mí*», o «*el viejo hombre*»; ella posee muchos nombres, ella no tiene otro carácter sino uno, ni otra cura sino una, que es la muerte. Ella es una implacable enemiga de Dios, pues «los designios de la carne son enemistad contra Dios» (Rom. 8:7). Ella es odiosa a Dios, quien no puede hallar placer alguno en ninguna parte de esta naturaleza bajo maldición, por más agradable y atractiva que sea para el hombre: «*los que viven según la carne no pueden agradar a Dios*» (v. 8). Ella es improductiva, incorregible, incurable. Con cultura, educada y estimada, o desfavorecida y amenazada, su naturaleza permanece inmutable. «*Ella no se sujeta a la ley de Dios y tampoco puede*» (v. 7). No queda, entonces, ningún remedio sino aquel que Dios proveyó –condenación, crucifixión, muerte con Cristo.

Las Escrituras hablan de la *simiente* de la carne, de la *voluntad* de la carne, de la *mente* de la carne, de la *sabiduría* de la carne, de los *designios* de la carne, de la *confianza* de la carne, de la *inmundicia* de la carne, de las *obras*

de la carne, de la *militancia* de la carne, de la *glorificación de la carne*.

Todos los poderes del hombre, todos sus razonamientos, sus emociones y su voluntad, están, naturalmente, bajo el poder de la carne. Lo que sea que la mente carnal pueda proyectar o planear –por más hermosa que sea su exhibición, y por más que los hombres puedan gloriarse en ella– no tiene valor alguno a los ojos de Dios. La carne, con sus pensamientos, voluntades y esfuerzos es, por lo tanto, una víctima de la cruz. Nosotros vemos la necesidad de la liberación de las cosas que comúnmente son llamadas «pecados de la carne», pero cuán escasamente nosotros incluimos entre esas cosas nuestros poderes de raciocinio, de pensar y planear. ¡Ah! ¡Cuán frecuentemente confiamos en ellos y nos desalentamos angustiosamente porque el Espíritu no hace prosperar lo que la carne planeó!

Existe una tentación sutil, como en el caso de Saúl, de destruir lo que no posee valor alguno y mantener vivo lo mejor; en otras palabras, destruir lo grosero y perdonar las refinadas manifestaciones del mal. Pero cuando nosotros proclamamos haber cumplido el mandamiento del Señor,

viene a nosotros la penetrante pregunta, con el mismo tremendo poder como debe de haber venido sobre al rey desobediente: «¿Pues qué balido de ovejas y bramido de vacas es este

Lo que sea que la mente carnal pueda proyectar o planear –por más hermosa que sea su exhibición, y por más que los hombres puedan gloriarse en ella– no tiene valor alguno a los ojos de Dios.

que yo oigo con mis oídos?» (1 Sam. 15:14).

Aquello que es totalmente destruido no puede balar ni bramar. Esto significa, entonces, nada menos que la muerte de cada cosa condenada. Muerte a la vanidad, orgullo, codi-

cia, frialdad inmisericorde, ambición, ira, impaciencia, temor y duda; todo lo que pertenece al viejo hombre debe ser despojado antes de que podamos revestirnos del nuevo.

¿Hemos consentido con la crucifixión de esta víctima de la cruz?

Es a través de la crucifixión con Cristo que el alma entra en la comunión con su Salvador resucitado, y aprende a vivir en Su vida. Su santificación no es completa, hasta que llegue a ser «*semejante a él en su muerte*» (Fil. 3:10). El «*viejo hombre*», con todo su encadenamiento de «pasiones y malos deseos», fue crucificado en la cruz del Calvario. La carne no tiene ningún derecho de estar en el poder, ni siquiera por una hora. Por derecho, ella está muerta – considerada muerta por la fe, y muerta debe seguir en todos los que son de Cristo Jesús.

J. Gregory Mantle (1853-1925)
Predicador inglés asociado a Keswick.

Sepultado con Cristo

Macario, un ilustre maestro egipcio del siglo IV, fue consultado por un joven sobre cuál era el significado de estar muerto y enterrado con Cristo. «Hijo», le dijo, «vaya al cementerio y cuente a su hermano carnal ya muerto todas las calumnias que usted ha oído sobre él, y escuche su respuesta». Dubitativo ante la extrañeza de la orden, el joven partió.

«Bien», dijo Macario a su regreso, «¿qué dijo su hermano?». «Él no dijo nada: él está muerto». «Ahora, hijo», dijo el viejo hombre, «vaya y cuénteles todas las alabanzas que usted ha oído de él en toda su vida, y después, venga, y dígame su respuesta». Comenzando a percibir lo que Macario estaba buscando, el joven partió nuevamente. A su regreso, Macario le dijo: «Usted ahora sabe lo que es estar muerto y sepultado con Cristo. La alabanza y la calumnia del mundo no significan absolutamente nada para el discípulo sepultado».

Tomado de *Á Maturidade*

El «yo» y la Cruz

Diversos autores de la historia de la Iglesia han escrito sobre las características y el lugar que le corresponde al «yo» en la vida cristiana. He aquí algunos textos escogidos.

El ídolo maligno

¡Oh qué dolor y qué muerte es para mí naturaleza, transformarme, a mí mismo –mi concupiscencia, mi bienestar, mi reputación– hasta el «mi Señor, mi Salvador, mi Rey y mi Dios», hasta la voluntad de mi Señor, la gracia de mi Señor!

Pero, ¡ay de mí! Ese ídolo, esa indómita criatura, YO MISMO es el ídolo-maestro, ante el cual todos nos inclinamos. ¿Qué empujó a Eva a apresurarse impetuosamente para comer el fruto prohibido, sino aquella horrible cosa que es su YO? ¿Qué llevó a aquel hermano asesino a matar a Abel sino su indomable YO? ¿Quién indujo a aquel viejo mundo a corromper sus caminos? ¿Quién, sino ELLOS MISMOS y sus propios placeres? ¿Cuál fue la causa de que Salomón haya caído en la idolatría y en la multiplicación de esposas extrañas? ¿Cuál fue la causa sino su YO, a quien él prefería agrandar en vez que a Dios? ¿Cuál fue el anzuelo que cogió a David y lo redujo a adulterio, sino su DESEO PROPIO? ¿Y después en el asesinato, sino su REPUTACIÓN-PROPIA y su HONRA-PROPIA? ¿Qué llevó a Pedro a negar a su Señor? ¿No fue una parte de su YO y de su AMOR PROPIO por

auto-preservación? ¿Qué hizo a Judas vender a su Maestro por treinta piezas de plata, sino la idolatría del avariento YO? ¿Qué hizo a Demas salir del camino del Evangelio para abrazar este mundo? Otra vez el AMOR PROPIO y un amor por el LUCRO PROPIO.

Todos los hombres acusan al maligno por sus pecados, ¡mas el gran maligno, el mal interno de todo hombre, el mal interno que reside en el seno de todo hombre es aquel ídolo que todo mata, el YO! ¡Bienaventurados son aquellos que pueden negarse a sí mismos, y poner a Cristo en lugar del YO! ¡Oh dulce frase: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*»!

Samuel Rutherford, teólogo presbiteriano escocés (1600-1661)

¿Qué es estar crucificado interiormente?

¿Qué es estar crucificado interiormente? Es no tener ningún deseo, ningún propósito, ninguna meta, sino aquella que viene por inspiración divina, o recibe aprobación divina. Ser crucificado interiormente es cesar de amar a Mamón, para poder amar a Dios; es no tener ningún

ojo en los aplausos del mundo, ninguna lengua para las conversaciones ambiciosas e inútiles, ningún miedo de la oposición del mundo. Ser crucificado interiormente es ser, entre las cosas de este mundo «un peregrino y extranjero»; separado de lo que es malo, en comunión con lo que es bueno, mas nunca de manera idólatra; viendo a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios. Ser crucificado interiormente es, en el lenguaje de Tauler, «cesar completamente la vida del yo, abandonar igualmente lo que vemos y lo que poseemos –nuestro poder, nuestro conocimiento y nuestros afectos– para que así, el alma, con respecto a cualquier acción originada en sí misma, sea sin vida, sin acción, sin poder, y reciba su vida, su acción y su poder, de Dios solamente».

Thomas C. Upham, teólogo del movimiento de santidad estadounidense (1799-1872)

El reconocimiento de un hecho

Dios nada espera del yo, sino que él sea crucificado, lo que judicialmente ya sucedió. Como cristianos, nosotros no somos llamados a morir al pecado; sino a reconocer el hecho de que ya morimos al pecado en la muerte de Aquel que, en la cruz del Calvario, puso fin a la antigua creación, para que en el poder de su resurrección él pudiese traer la nueva. Nuestro viejo hombre fue crucificado con Cristo, y en vista de ese hecho, nosotros nos reconocemos a nosotros mismos como muertos al pecado y vivos para Dios. El reconocimiento no produce el hecho; él simplemente brota del hecho.

Este es un hecho en el eterno consejo de Dios. Es un hecho en la economía divina de la redención. Es un hecho en la consumación labrada por el Hijo de Dios en la cruz del Calvario. Es un hecho porque, cuando el bendito Redentor murió la vergonzosa muerte de un esclavo y un criminal en el maldito madero de la cruz, Dios nos dice en su Palabra santa (y toda la Biblia se centraliza en ese hecho y es como el coro de un millón de voces resonantes con sus alabanzas), que fue para quitar el pecado del mundo. Cuando el pecador cree y es salvo, él no crea el hecho, él simplemente descansa en el hecho establecido desde la fundación del mundo cuando, como leemos en Apocalipsis, el Cordero de Dios fue inmolado. El Calvario fue la expresión visible de un hecho ya establecido por el determinado consejo y presciencia de Dios.

«Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom. 6:11)

F.J. Huegel (1889-1971)
Predicador norteamericano y autor de la vida más profunda.

La carne, especialista en el «Yo»

«Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Rom. 8:13).

Aunque el creyente haya emergido del desorden y la confusión de Romanos 7, a través de la orden de Pablo: «consideraos muertos al pecado», aún así permanece el hecho de que él descubrirá muchas maneras por las

cuales el ego busca satisfacción, a través de las esferas de su ser aún no rendidas. La carne, el cuerpo, todo nuestro complejo mortal, evidentemente todavía está presente en Romanos 8. Este capítulo representa muchas maneras por las cuales la mortificación debe ser establecida. El creyente victorioso tomará conciencia de las muchas formas del ego que aún necesitan ser tratadas.

Nosotros descubriremos:

**En nuestro servicio para Cristo:* auto-confianza y auto-estima;

**En el más leve sufrimiento:* auto-salvación y auto-piedad;

**En la menor incomprensión:* auto-defensa y auto-reivindicación;

**En nuestra posición en la vida:* egoísmo y egocentrismo;

**En la menor tribulación:* auto-inspección y auto-acusación;

**En nuestras relaciones:* auto-afirmación y respeto propio;

**En nuestra educación:* orgullo propio y expresión de ideas y sentimientos propios;

**En nuestros deseos:* vida regalada y auto-satisfacción;

**En nuestros éxitos:* auto-admiración y auto-congratulación;

**En nuestras fallas:* auto-disculpa y auto-justificación;

**En nuestras realizaciones espirituales:* justicia propia y auto-complacencia;

**En nuestro ministerio público:* auto-reflexión y gloria propia;

**En la vida como un todo:* amor propio y egoísmo.

LA CARNE ES UNA ESPECIALISTA EN EL «YO».

Leslie E. Maxwell, ministro y autor estadounidense (1895-1984).

La sabiduría de Blas Pascal

Blas Pascal fue uno de los cerebros más brillantes de la historia. Era un maestro de la física y las matemáticas, y era también un hombre de Dios. Fue capaz de deducir algunos teoremas de Euclides por sí mismo cuando tenía trece años de edad, sin conocer aún lo que Euclides había hecho. Las personas lo buscaban para hablar con él sobre física y matemáticas.

Cierta vez él cortó una ramita de un rosal, con espinas, y la puso en la parte de atrás de su camisa. Cada vez que le buscaban para preguntarle cómo había hecho esto o aquello, o cuando empezaban a elogiarlo, él apretaba la ramita contra su espalda.

Pascal quería recordar quién era él - solo carne, solo polvo. Su gloria no estaba en ser un genio de las matemáticas, sino en haber conocido y haberse entregado a Cristo.

La más conocida de sus obras es: «Pensamientos». Uno de esos pensamientos dice: «Conocer a Dios y no conocernos a nosotros mismos, es orgullo. Conocernos a nosotros mismos y no conocer a Dios, es desesperación. Pero conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos es verdadera humildad».

Adaptado de *Visión y Vocación*, de Romeu Bornelli

Lo único necesario

La gran cantidad de maestros es la causa de que existan tantas sectas, para las cuales pronto no habrá más nombres que ponerles. Cada iglesia se considera a sí misma como la verdadera, o a lo menos, como la parte más pura y verdadera de la iglesia, mientras que al mismo tiempo se persiguen entre sí con el odio más implacable. No se puede esperar ningún tipo de reconciliación entre ellas: tratan la enemistad con una enemistad irreconciliable. De la Biblia extraen forzosamente sus credos; estos son sus fortalezas y baluartes detrás de los cuales se atrincheran y resisten todos los ataques. Yo no diría que estas confesiones de fe –pues admitimos que lo son en la mayoría de las veces– son nocivas en sí mismas. Sin embargo, se convierten en algo muy nocivo cuando alimentan el fuego de la enemistad; solo después de hacerlas totalmente a un lado sería posible darnos a la tarea de sanar las heridas de la iglesia [...]

A este laberinto de sectas y confesiones diversas se une otro mal, el amor por la disputa. ¿Qué se logra con esto? ¿Acaso alguna vez se ha resuelto un conflicto erudito? Nunca. Más bien se han incrementado. Satanás es el mayor sofista; él nunca ha sido derrotado en una disputa de palabras [...] En el servicio divino por lo general las palabras de los hombres se escuchan más que la Palabra de Dios. Cada uno parlotea a su antojo, o mata el tiempo mediante discusiones aprendidas y al desaprobar las opiniones de los demás [...]

En pocas palabras, la cristiandad se ha convertido en un laberinto. La fe ha sido partida en miles de pedacitos pequeños, y te conviertes en hereje si hay uno de ellos que no aceptas [...] ¿Qué se puede hacer? Solo lo único necesario: volverse a Cristo, recurrir a Cristo como el único Líder, y andar en sus pisadas, dejando a un lado todos los otros caminos hasta alcanzar la meta y llegar a la unidad de la fe (Ef. 4:13). Como el Maestro celestial lo edificó todo sobre el fundamento de las Escrituras, asimismo debemos dejar todas las particularidades de nuestras confesiones especiales y estar satisfechos con la Palabra de Dios revelada, la cual pertenece a todos nosotros. Con la Biblia en nuestras manos debemos clamar: «Creo lo que Dios ha revelado en este Libro. Guardaré obedientemente sus mandamientos. Espero lo que él ha prometido». ¡Cristianos, presten atención! Hay una sola Vida, mas la muerte llega a nosotros en miles de formas. Hay una sola Verdad, mas el error tiene miles de formas. Hay un solo Cristo, mas hay miles de anticristos [...] De modo que ya sabes, oh cristiandad, lo único que es necesario. O te vuelves a Cristo o vas a la destrucción como el anticristo. Si eres sabia y deseas vivir, sigue al Líder de la vida.

En cambio ustedes cristianos, regójense al ser arrebatados, [...] escuchen las palabras de su Líder celestial: «Venid a mí» [...] Respondan al unísono, 'Amén; sí, vamos'».

Juan Amos Comenius, teólogo, filósofo y pedagogo checo (1592-1670).

Un profeta en la selva de cemento

Semblanza de David Wilkerson, uno de los cristianos más prominentes de los últimos cincuenta años, polémico, vehemente –hasta rudo a veces–, pero incuestionablemente honesto y fructífero.



¿Cómo pudo un oscuro predicador rural norteamericano convertirse casi en una leyenda viviente, protagonista indudable de la escena evangélica mundial, admirado y criticado al mismo tiempo, pero difícilmente ignorado, a causa de sus gigantescas y osadas predicciones? ¿Cómo pudo un predicador callejero, con escasa preparación académica y ninguna preparación profesional, levantar y sostener un ministerio que ha recuperado miles de hombres y mujeres de las drogas en todo el mundo, con la mayor eficacia conocida en instituciones del ramo? A pocos meses de su muerte –aun sin tener todavía la perspectiva suficiente para evaluar cabalmente su persona y su obra– David Wilkerson puede ser considerado una figura emblemática de finales del siglo XX, uno de los grandes testigos de la fe de la historia reciente de la iglesia.

David Ray Wilkerson nació en Hammond, Indiana, en Estados Unidos en 1931. Fue el segundo hijo de una familia de creyentes pentecostales. Se crió en Barnesboro, Pennsylvania, bajo la influencia de su padre Kenneth Ann Wilkerson y de su abuelo Jay Wilkerson, ambos predicadores, en

una casa «llena de Biblias». Comenzó a predicar a los 14 años.

Después de la escuela secundaria, estudió en el Central Bible Institute (1951-52) de las Asambleas de Dios, a fin de prepararse para el ministerio. En 1953 contrajo matrimonio con Gwen Wilkerson, y empezó a servir como pastor junto con su esposa, en pequeñas iglesias de Scottdale y Philipsburg, Pennsylvania.

Comienzo de sus andanzas de fe

En 1958, mientras oraba tarde en la noche, llamó poderosamente su atención una ilustración que aparecía en la revista *Life*, de siete adolescentes de la ciudad de Nueva York acusados del asesinato de un niño enfermo. Más tarde escribiría que se sintió movido a compasión, y se sintió atraído hacia esa ciudad poco tiempo después, para ayudar y predicar el evangelio a jóvenes pandilleros y adictos a las drogas, trabajo que comenzó de inmediato a hacer y que continuó en la década de los '60. Así comenzó su ministerio de la calle, entre los que un escritor ha llamado «desesperados, confundidos, y a menudo violentos jóvenes adictos».

Desde entonces, su ministerio se caracterizó por el contacto personal con la gente, y por su estilo de predicación franco y directo.

Ese mismo año, fundó el ministerio *Teen Challenge* (Desafío Juvenil) en Brooklyn, Nueva York, un programa cristiano de recuperación de drogadictos, con una red social cristiana y centros de trabajo y evangelización, que ha llegado a jóvenes y adultos en todo el mundo. Su efecto se ha investigado y se ha documentado reiteradamente, y sus resultados han mostrado ser absolutamente asombrosos. *Teen Challenge* ha crecido hasta convertirse en el mayor, el más antiguo y más exitoso programa de recuperación de la droga de su clase, con más de 170 centros en los Estados Unidos y 250 en el mundo.

En una encuesta del Instituto Nacional de Abuso de la Droga de Estados Unidos, en 1975, *Teen Challenge* demostró tener un 86 por ciento o más de éxito en la recuperación de adictos, además de que el índice de reincidencia es notablemente bajo. La investigación reconoció también cuál era el aspecto más distintivo del programa, el que vino ser conocido como «el factor Jesús».

«La Cruz y el Puñal»

Wilkerson se ganó el reconocimiento nacional después de que publicara en 1963, con la participación de John y Elizabeth Serrill como coautores, el libro *La Cruz y el Puñal*, sobre los inicios de su ministerio en la calle. El libro se convirtió en un *best-seller*, con más de 15 millones

de copias publicadas en más de treinta idiomas, y ha sido considerado entre los cien libros cristianos más importantes del siglo XX. La revista «*Christianity Today*» lo incluyó entre los 50 mejores libros que han formado a los evangélicos.

En «La Cruz y el Puñal», Wilkerson relata, entre otras cosas, la conversión del pandillero Nicky Cruz, quien más tarde se convirtió en un evangelista y escribió el libro *Run Baby Run* («Corre, Nicky, Corre») de corte autobiográfico, que está siendo llevado al cine en 2011.

En 1970, *La Cruz y el Puñal* se convirtió en una película de Hollywood protagonizada por Pat Boone como David Wilkerson y Erik Estrada como Nicky Cruz, que ha registrado unos 50 millones de espectadores. La filmación de esta película estuvo supervisada personalmente por Wilkerson, quien además escogió a Pat Boone para su papel solo después de un largo tiempo de oración y entrevistas personales. Él exigió y esperó a que Boone viviera ciertas experiencias espirituales que consideraba esenciales para poder representar bien su rol.

Para muchos, el libro *La Cruz y el Puñal* cambió la faz de la evangelización en el mundo occidental, e inspiró y alentó a los cristianos de todo el mundo a dar un paso de fe. También marcó el comienzo del movimiento carismático actual, tanto entre católicos como entre protestantes, quienes comenzaron a interesarse por el tema de «las lenguas».

En 1967, Wilkerson comenzó su trabajo con *Youth Crusades* (Cruzadas Juveniles), un ministerio de evangelización dirigido a los adolescentes, a los que llamó «goodniks» –niños de clase media inquietos y aburridos–, para evitar que sean seducidos por una vida de esclavitud a las drogas, el alcohol, la violencia o la anarquía.

El libro se convirtió en un best-seller, con más de 15 millones de copias publicadas en más de treinta idiomas, y ha sido considerado entre los cien libros cristianos más importantes del siglo XX.

A través de este ministerio, fue fundado el CURE Corps (Esfuerzo Colegiado de Renovación Urbana) –una especie de versión cristiana del Cuerpo de Paz y Voluntarios al servicio de América (VISTA, por su nombre en inglés)–, en un esfuerzo por aprovechar el entusiasmo y consagración de muchos jóvenes cristianos que querían dar a sus vidas un sentido cristocéntrico.

Expansión del ministerio

En 1971, el ministerio de Wilkerson, en constante expansión, trasladó su sede central a la ciudad de Lindale, Texas, donde fundó *World Challenge* (Desafío Mundial). Al alero de este ministerio se organizan cruzadas y conferencias; se publican y distribuyen libros y tratados; se producen

videos, se promueve la evangelización en las calles, se establecen programas de alimentación y rehabilitación para drogadictos y alcohólicos, y otras iniciativas de caridad, en un esfuerzo gigantesco de ayuda espiritual y material a los necesitados en todo el mundo. Su excelente trabajo humanitario fue citado públicamente como ejemplo por el Presidente George Bush.

Hasta el momento de su muerte, Wilkerson estuvo al frente de *World Challenge*, que contaba con una lista de correo de cientos de miles de personas que recibían periódicamente copias de sus sermones y actualizaciones del ministerio.

Su ministerio profético

En abril de 1973, Wilkerson publicó *La Visión*, un libro de profecías que puso a su autor en el ojo del huracán. En él anuncia numerosos hechos proféticos relativos a Estados Unidos, Latinoamérica y el mundo.

Algunas de las predicciones que plantea en el libro son: una recesión mundial provocada por una confusión económica; la implantación de un sistema monetario unificado mundial; un alarmante comportamiento de la naturaleza con cambios de tiempo y terremotos violentos (que alcanzarán fuertemente a Estados Unidos y Japón); una inundación de inmundicia, ocultismo, homosexualidad, aun en los ambientes eclesiásticos; una rebelión generalizada de los jóvenes; una locura de persecución contra los cristianos; el surgimiento de una súper iglesia

ecuménica mundial; un despertar espiritual detrás de las cortinas de hierro y de bambú, etc.

Desde la publicación de «La Visión», Wilkerson siguió produciendo libros proféticos, con predicciones más específicas de desastres económicos, escasez de alimentos, aumento de la delincuencia, y en última instancia, de la caída de la grandeza de los Estados Unidos. A fines de los '90, con la publicación del libro *God's Plan to Protect His People in the Coming Depression* (El plan de Dios para proteger a su pueblo ante la llegada de la depresión), instó al pueblo cristiano a almacenar alimentos, agua y medicinas por inminentes desastres.

Sus últimas expresiones apuntaron al estado lamentable de la Iglesia, en particular, de los países occidentales. Fue especialmente crítico con el movimiento de la prosperidad («la mayor aberración del Evangelio en toda su historia»), en el que identifica muchos errores doctrinales, algunos de gravedad suficiente para colocar sus seguidores en una posición muy seria con Dios. También atacó fuertemente a aquellos que «no hablan de la cruz ni de la santidad; del pecado ni del juicio». Pero, en contraparte, predijo que la Iglesia en Asia y África experimentaría una gran prosperidad, aunque bajo condiciones severas, si no terribles.

«Times Square Church»

David Wilkerson enfrentó permanentemente críticas desde muchos sectores. Pero no solo por sus expresiones proféticas, sino que, en general, por

su carácter algo excéntrico –sin dejar de ser respetado por la comunidad cristiana en general–, probablemente debido a su serio y firme enfoque ministerial, y por atreverse a entrar en el *ghetto* y los barrios marginales de Nueva York para ayudar a las pandillas y drogadictos.

No solo se sumergió en las calles más peligrosas de la ciudad para ayudar a los marginados, sino que más tarde habría de establecer una iglesia allí. Después de haber estado radicado por varios años en Texas, en 1986 volvió a la «encrucijada del mundo». Mientras caminaba por la calle 42 en Nueva York una medianoche, durante su período de oración, el corazón de Wilkerson se rompió una vez más, y sintió que el Espíritu Santo lo llamaba a volver a esa ciudad y levantar un ministerio en *Times Square*. «Tú vas a hacer algo. Comienza una iglesia. Ya conoces la ciudad y te encanta». En ese momento, la Iglesia de *Times Square*, una iglesia no denominacional, nació en su corazón. Este fue su segundo movimiento hacia Nueva York, veintiocho años después del primero.

En esa época, *Times Square* era mal vista por ser una zona frecuentada por prostitutas, fugitivos, adictos a las drogas, indigentes y estafadores, junto con shows en vivo y salas de cine para adultos.

Con la colaboración de su hermano Don y Robert Philips, la iglesia abrió sus puertas en octubre de 1987, en un principio en salas alquiladas (Town Hall y el Teatro Nederlander)

y, finalmente, en el histórico Teatro de Mark Hellinger, desde 1989. Hoy en día, la iglesia de *Times Square* – una congregación-centro de misiones– es una de las más numerosas de Nueva York, un verdadero micro-cosmos de la ciudad con cerca de 8.000 personas que representan a más de 100 nacionalidades adorando juntos bajo un mismo techo.

El último énfasis de su ministerio

El postrer énfasis en el ministerio de David Wilkerson fue el trabajo con los pastores. En efecto, desde la década de 1990, se sintió guiado por el Espíritu Santo para animar a los pastores y sus cónyuges en todo el mundo a renovar su pasión por Cristo. «He sido un evangelista por 50 años –declaró–, pero yo no quería predicar a los pastores hasta que tuviera el pelo gris, hasta que hubiese pastoreado verdaderamente. Ahora, después de 15 años de pastorado, compartiendo los dolores y las dificultades del ministerio, sentí que el Señor finalmente me liberaba, ya que podría tener algo que decir». Desde entonces, cada año dedicó tiempo para viajar por todo el mundo para celebrar conferencias. En septiembre de 2005, él y su hijo Gary estuvieron dos días ministrando en Santiago de Chile, para pastores y sus esposas.¹

¹ Los cuatro mensajes de esa Conferencia fueron publicados por Aguas Vivas, en los números 36 al 39 (correspondientes al período octubre de 2005 a junio del 2006), y están disponibles en nuestro website.

El sitio web del ministerio fue creado en 1998 (www.tsculpitseries.org), tiene versiones en 43 idiomas. El ministerio publica un boletín de noticias sin fines de lucro que cuenta con más de 850.000 suscriptores mensuales. Su blog, *davidwilkersontoday.blogspot.com*, con versiones en 16 idiomas –entre ellos el español–, publica meditaciones periódicas desde 2008.

Wilkerson y su esposa Gwen se trasladaron a Nueva York en los inicios de la Iglesia *Times Square* en 1987, y en 2006 comenzaron a dividir su tiempo entre Nueva York y Texas. Tuvieron cuatro hijos y once nietos.

La partida

El 27 de abril de 2011, mientras conducía hacia el este por la ruta 175 en Texas, en compañía de su esposa, Wilkerson cruzó hacia el carril contrario, y colisionó frontalmente con un camión con remolque, en las afueras de Cuney, cerca de 95 kilómetros al suroeste de Dallas. Según los informes, no llevaba puesto el cinturón de seguridad, y fue declarado muerto en el lugar. Su esposa Gwen, que sí llevaba puesto su cinturón, solo resultó con heridas leves. Wilkerson tenía 79 años de edad.

«El Señor ha tomado a nuestro amado hermano, David Wilkerson, en aquel terrible accidente de auto en Texas» – ha dicho Lance Lambert en su último *Middle East Update*. «El Señor lo llevó instantáneamente a su presencia. La última voz amonestadora de los Estados Unidos ha enmudecido. Aunque las cosas que él dijo ocurran o estén por ocurrir, él

era un siervo de Dios que se levantó en medio de mucha crítica y algo de antagonismo, para advertir a los Estados Unidos de que el juicio estaba viniendo sobre la tierra».

El 14 de mayo se realizó un servicio en memoria de David Wilkerson dirigido por su hijo Gary, el pastor Carter Conlon y su hermano Don, en *Times Square*, que se transmitió en vivo a distintas partes de Nueva York y Estados Unidos, así como por internet *online*, recibiendo la visita de más de un millón de personas.

En el último posteo de su blog, Wilkerson escribió lo siguiente: *«Aquellos que atraviesan el valle de sombra de muerte, escuchen esta palabra: El llanto durará por algunas noches oscuras y horribles, y en esa oscuridad usted de pronto escuchará el susurro del Padre decir: «Yo estoy con vosotros». No te puedo decir por qué en este momento, pero un día todo tendrá sentido. Verás que todo era parte de mi plan. No fue un accidente»*.

Tributo al padre espiritual

El converso más notable de David Wilkerson fue Nicky Cruz quien, a su vez, es un predicador internacional entre los marginados.

Nicky Cruz recuerda al «predicador flaco», con el cual él se encontró en las calles de Nueva York en los años 50 – donde aun la policía temía entrar. Incluso la mayoría de las pandillas no se atrevían a ir allí y encontrarse con gente como Nicky, que en ese entonces lideraba a los temi-

dos *Mau Mau* de Brooklyn. Él recuerda al pastor vigoroso, un «francotirador» que «nunca bailó alrededor de cualquier cosa. Él era muy recto, de quien siempre tú dirías: ‘Oh, él es duro’».

Para Nicky, Wilkerson era un amigo cercano y un padre espiritual. «Siempre cuando lo veía y lo abrazaba, le decía: ‘Te amo’. Igual en el teléfono: ‘Te amo, David’ –declara Cruz en una entrevista– él no era muy expresivo, pero siempre que estábamos solos, él me decía: ‘Te amo, hijo’».

La última vez que Nicky lo vio, hace algunas semanas, hablaron por tres horas. Cruz le habló acerca de *Mil Pedazos*, una película sobre su vida que se estaba rodando, incluyendo el encuentro con Wilkerson que lo condujo a su conversión. El nombre de la película fue tomado de las palabras que le dijo a Nicky después de que éste amenazara con matarlo: «Tú podrías cortarme en mil pedazos y tirarlos a la calle, y cada pedazo te amaría».

«Nueva York en ese tiempo fue bombardeada por las pandillas, y nosotros éramos los líderes supremos de las bandas», recuerda Nicky. «Incluso Frankenstein y Drácula tendrían miedo de caminar en esos barrios. ¡Y él era un escuálido predicador venido de ninguna parte! No hay manera de que un tipo de individuo como ese pudiera ser tan fuerte como para permanecer en pie allí solo».

«Él podía recibir una bala, podía ser asesinado, pero él estaba allí porque era obediente a Jesús. Jesús lo envió

allí para llevar el mensaje a las pandillas. Casi lo maté entonces, porque realmente yo estaba totalmente lleno de odio. Entonces fue cuando él me dijo que Jesús me amaba».

Más tarde, cuando ya podían ellos hablar como dos colegas de ministerio, Wilkerson le dijo: «¿Sabes, Nicky?, estar en el ministerio no es fácil, siendo

Mucho antes que la «acción social» o el «servicio compasivo» fuesen palabras en boga en la iglesia, Wilkerson lo asumía, no por el interés de hacer algo «relevante» sino a partir de un sentido puro del llamado divino.

un pastor, a veces me desaliento. Y a veces, cuando estoy desalentado, pienso en ti, en ese primer encuentro que tuve contigo, y eso levanta mi espíritu, y comienzo a olvidarme de toda dificultad».

«David me recordaba a Jesús», dice Nicky. «Dos cosas preciosas me fascinan sobre Cristo: Que él tenía ojos atentos, y que siempre estaba allí percibiendo las necesidades de la gente. Dave tenía el corazón compasivo como Jesús».

Recordándolo, Nicky evoca el Salmo 116:15: «*Estimada es a los ojos del Señor la muerte de sus santos*». «Pien-

so que él era muy precioso», dice. «De lo profundo de mi corazón... siento su ausencia».

Legado

Robert Crosby, en un artículo publicado en «*Christianity Today*» poco después de la muerte de Wilkerson, se pregunta acerca de la influencia de su vida y ministerio: «¿Cómo un pastor pentecostal de una ciudad pequeña, pudo «formar a evangélicos» y al mundo?». Y reconoce tres factores que según él son, a la vez, su legado, y que transcribimos a continuación:

Servir a la humanidad llenos del Espíritu. Wilkerson nos recordó –escribe Crosby– que el «revestimiento de poder del Espíritu» tiene como fin servir con valentía y compasión a la gente desesperada, no simplemente buscar una experiencia religiosa emocional autogratificante. Mucho antes que la «acción social» o el «servicio compasivo» fuesen palabras en boga en la iglesia, Wilkerson lo asumía, no por el interés de hacer algo «relevante» sino a partir de un sentido puro del llamado divino. El énfasis renovado de hoy en el ministerio compasivo entre pentecostales y evangélicos debe mucho a su ejemplo.

Una renovada reverencia por Dios. La santidad puede parecer un término anticuado para nuestros estándares, pero no para Dios. Eso es lo que diría Wilkerson una y otra vez. Los seguidores de Cristo todavía son llamados a ser santos así como Dios es santo (1ª Ped. 1:16). *Teen Challenge* nos

ayuda a considerar la conexión entre la santidad bíblica y la integridad personal. La salud adquirió nueva significación a través de este líder cristiano – sanidad de la mente y del alma.

Wilkerson ha sido conocido por décadas por su inflexible estilo de predicación y llamado a la santidad. Mientras que algunos han sentido su mensaje a menudo profético en su honradez emocional y ética bíblica, otros lo han calificado como irrelevante, anacrónico o pasado de moda. Wilkerson predicó constante y firmemente contra el pecado, posiblemente porque él conoció de primera fuente lo que el pecado podía causar en una vida. Los rostros incontables de vidas desamparadas y los gritos de los adictos endurecidos quizás despertaron una ira dentro de su alma, ira contra el pecado y contra el enemigo de nuestras almas, que sonaba en su predicación como un clamor conmovedor.

Reconocer las señales de los tiempos. Wilkerson vio y creyó constantemente que el juicio de Dios es inevitable y que los cristianos deben ser persuadidos a arrepentirse y a orar. Cuando

él era tildado por otros de profeta, citaba a menudo a Amós: «*No soy profeta, ni soy hijo de profeta*». Sus escritos proféticos, sin embargo, marcan la diferencia...

Mientras reflexionaba hoy sobre su vida, di una lectura fresca a *La Visión*. Al hacerlo, es claro que mucho de lo que él predijo en aquel momento se ha vuelto real (algunos incluso en los dos últimos años)... Como sucede con la mayoría de los predicadores apasionados, es necesario discernir entre la visión divina y la opinión personal, entre el trigo y la paja. Sin embargo, nunca sus pronósticos me parecieron insinceros o autocomplacientes. Al contrario, han venido constantemente más como advertencias que como esfuerzos sensacionalistas. Y, honestamente, lo que me preocupa en este punto no es lo que predijo Wilkerson en sus escritos, sino más bien aquellas predicciones suyas que aún no se han cumplido.

Wilkerson trajo advertencias y la esperanza de Cristo no solo a los drogadictos, sino también a la iglesia. Él nos rogaba leer «*las señales de los tiempos*».

Muy simple

Un día, caminando por el recinto universitario, un profesor del seminario se encontró con un guardia que estaba leyendo la Biblia durante la hora del almuerzo.

El profesor le preguntó qué estaba leyendo. «El Apocalipsis», dijo el guardia. «Estoy seguro de que usted no entiende el significado de este libro», dijo el profesor de manera condescendiente. «De hecho, sí lo entiendo», respondió el guardia. «Significa que Jesús gana».

JS, en Nuestro Pan Diario, 2008 (adaptado)

Testimonios de David Wilkerson

Una selección de testimonios autobiográficos de David Wilkerson.

Conversión

«Dios me llamó para que trabajara para él cuando tenía once años. Ese verano fui a un campamento juvenil con una beca de trabajo, ya que mis padres no podían pagarme la matrícula. Lo pasé muy mal. Los otros muchachos me decían «el flaco» o «el hijo del predicador», y se burlaban de mis lentes gruesos.

Cuando escogían a los que iban a formar parte de un equipo para un juego determinado, nadie quería al flaco. Recuerdo una vez que quedamos seis sin escoger para ninguno de los dos equipos para un partido de básquetbol. Bud Impesivo, excelente atleta pero que también me parecía en esa época el peor abusador del mundo, gritó: «¡Tomaremos a estos cinco si se quedan con el flaco!».

Así fue todo el tiempo en ese campamento. Había ido con la esperanza de disfrutar de un cambio en relación con la escuela, donde había estado sacando malas notas en clase y pasando momentos difíciles fuera de ella, pero resultó todavía peor en el campamento. Me preguntaba por qué había venido.

Lo descubrí la última noche. Se celebraba un culto especial y de repente pareció como que el predicador me estuviera hablando solo a mí.

«No importa quién eres», decía, «Dios te quiere. No importa si eres grande o no, qué edad tienes. No importa cuán flaco seas y si sacas malas notas en la escuela».

Esto me impactó. Seguí escuchando con toda atención, mientras proseguía: «Lo que Dios quiere de ti es un corazón dispuesto. Quiere oírte decir: «Heme aquí, utilízame!».

Cuando el orador invitó a los jóvenes que acampaban allí a que pasaran al frente para entregar sus vidas a Cristo, recorrí apresurado el pasillo para ir a arrodillarme y levantando las manos por encima de la cabeza lo más alto que pude, exclamé con todas mis fuerzas: «Jesús, no soy nada, pero quiero que me utilices. Toma lo que tengo. Es todo tuyo».

Esa noche comenzó a arder en mi alma el fuego de Dios y supe que nunca más volvería a ser el mismo. Después de esto, muchas veces, cuando otros muchachos jugaban, yo oraba. Mientras otros veían películas o leían

historietas, yo buscaba a Dios o leía la Biblia. Había aprendido que mi vida tenía un propósito y una misión, y nunca he perdido esto de vista».

«Ministerio en el infierno», 1968.

Predicador callejero

Cuando era pastor en Pennsylvania predicaba hermosos sermones sobre el testificar. Hacía todo lo posible para que mi congregación fuera una iglesia evangelística, salvo testificar yo mismo. Entonces, un día, Dios me sacó del templo a las calles.

Todos los miércoles y sábados me introducía en los restaurantes, salones de billar y boleras de Phillisburg, pescando almas. Cada cierto tiempo pescaba una. Me emocionaba tanto con lo que empezaba a ocurrir, que conté mis experiencias en mis sermones.

Poco después, mi esposa comenzó a recibir llamadas telefónicas de varios jóvenes de la iglesia: «¿Dónde está el pastor Wilkerson esta noche?», preguntaban. «¿En la calle Tres? Gracias. Hasta luego». Y muy pronto un creciente número de adolescentes me acompañaba mientras le hablaba de Jesús a gente que tenía hambre de oír de Dios. Sin ningún programa, salvo la dirección del Espíritu, teníamos con nosotros una genuina cruzada para Cristo.

«¡Hombre, sí que tengo problemas!», 1969.

El comienzo de *La Cruz y el Puñal*

Toda esta extraña aventura comenzó tarde una noche mientras sentado en mi despacho leía la revista *Life*, y volví una página.

A primera vista, no parecía que hubiera nada en la página que me interesara. Figuraba un dibujo a tinta de un proceso que se realizaba en la ciudad de Nueva York, a unos 560 kilómetros de distancia. No había estado jamás en Nueva York, ni había estado ir allí nunca, excepto quizás para ver la estatua de la Libertad.

Comencé a dar vuelta la hoja. Pero al hacerlo, mi atención se concentró en la mirada de uno de los personajes del dibujo. Era un muchacho. Uno de los siete muchachos procesados por asesinato. El artista había captado una mirada tal de estupor, de odio y desesperación en su rostro, que abrí la revista cuán ancha era para observar con más detenimiento. Y al hacerlo solté el llanto. «¿Qué me pasa?» me dije en voz alta enjugándome impacientemente una lágrima. Luego miré con más atención el dibujo. Los muchachos eran todos jovencitos. Eran miembros de una pandilla llamada los Dragones. A los dibujos de los muchachos les seguía la historia de cómo habían ido al parque Highbridge en la ciudad de Nueva York, donde habían atacado brutalmente y muerto a Michael Farmer, un joven de quince años de edad que sufría de polio. Armados de cuchillos, los siete muchachos habían asestado a la víctima siete puñaladas en la espalda, para luego golpearlo en la cabeza con cinturones de cuero reforzados. Y se fueron limpiándose las manos ensangrentadas en el pelo, diciendo: «Le dimos una buena paliza.» La historia me dio asco. Me revolvió el estómago. En nuestro pueblecito ubicado en las montañas, tales cosas eran

misericordiosamente increíbles. Es por eso que quedé pasmado ante el pensamiento que nació de repente en mi cerebro, un pensamiento maduro, como si procediera de alguna otra parte.

Ve a la ciudad de Nueva York y ayuda a esos muchachos.

Lancé una ruidosa carcajada. «¿Yo? ¿Ir a Nueva York? ¿Un predicador rural meterse en una situación que desconoce por completo?»

Ve a la ciudad de Nueva York y ayuda a esos muchachos. El pensamiento estaba aún allí, vívido como siempre y al parecer del todo independiente de mis propios sentimientos e ideas.

«Seré un necio si voy. No sé nada de muchachos como éstos. Y no quiero tampoco saber nada de ellos». Pero no había nada que hacer. La idea no se borraba de mi mente: tenía que ir a Nueva York y además era imprescindible que lo hiciera de inmediato, mientras se ventilaba el proceso.

La noche siguiente era miércoles, noche de culto de oración en la iglesia. Decidí informar a todos respecto de mi experimento de oración de las doce a las dos de la mañana y acerca de la extraña sugerencia que había resultado de ese experimento de oración. La noche era fría. Era a mediados del invierno y había comenzado a nevar. No muchas vinieron esa noche a la iglesia. Los agricultores, según creo, temían ser sorprendidos por una tormenta de nieve en el pueblo. Hasta las gentes del pueblo que asistían al culto llegaron tarde y ocuparon los últimos asientos de la iglesia, que es

siempre una mala señal para el predicador. Significaba que tendría una congregación «fría» a la cual dirigir la palabra.

No intenté siquiera predicar un sermón esa noche. Cuando me puse de pie tras el púlpito pedí que todos pasaran a sentarse en las primeras bancas, «porque tengo algo que quiero enseñarles,» les dije. Abrí la revista *Lije* y se la enseñé.

«Miren bien la cara de esos muchachos», les dije, y luego les narré cómo el llanto había acudido a mis ojos y cómo había recibido instrucciones claras de ir yo mismo a Nueva York y procurar ayudar a esos muchachos. Mis feligreses me miraban impasibles. No me daba a entender y me daba cuenta del porqué. El instinto natural de cualquiera sería de aversión hacia esos jóvenes, y no de simpatía. Ni aún yo podía entender mi propia reacción.

Luego ocurrió algo maravilloso. Le informé a la congregación que quería ir a Nueva York pero no tenía dinero. A pesar de que había tan pocas personas presentes esa noche, y de que no entendían lo que yo trataba de hacer, mis feligreses se pusieron de pie en silencio, avanzaron hacia el frente de la iglesia, y uno por uno colocaron su ofrenda sobre la mesa de la comunión.

La ofrenda alcanzó a setenta y cinco dólares, más o menos, lo suficiente para un viaje de ida y vuelta en automóvil a Nueva York.

La vida renovada

Cito de mi diario, 24 de agosto de 1965: «Luego de siete años de servicio a mi Señor, todavía no puedo comprender por completo el acto de la crucifixión y la vida renovada que sigue a la resurrección. Debo llegar a saber qué significa morir; que nunca se vuelva a saber de uno».

Ahora, permítame decirle cómo me llegó la muerte, qué me mostró Dios horas antes del momento de morir.

Estaba caminando dentro de mi estudio e invocando a Dios: «Oh, Señor, crucifícame, crucifícame. Permíteme morir. Permíteme vivir la vida crucificada». Mentalmente me estaba dirigiendo despacio hacia el Calvario, tratando de volver a captar y revivir esos últimos momentos con Cristo en el Calvario. Trataba de imaginarme el sufrimiento, la vergüenza, el dolor que él había soportado por mí. Intentaba atrapar las miradas de quienes estaban de pie, mofándose. Luchaba por verlos clavar a Jesús en su cruz y luego elevarlo sobre la colina. Esperaba oír el sonido del trueno y ver los relámpagos que significaban que los cielos estaban observando la escena. Pero no hubo ningún trueno. En cambio, en forma clara y fuerte, resonando sobre las colinas, provino el grito del Salvador: «Consumado es».

De repente, me encontré gritando en voz alta: «Consumado es». Su muerte es mi muerte. Yo estoy muerto con Cristo. Todo ha terminado». En ese momento todo estuvo claro, y la luz comenzó a brillar en mi alma.

La crucifixión es un acto, no una forma de vida. Gracias a Él, las siguientes verdades que nunca había llegado a comprender del todo, comenzaron a convertirse en reales. Nuestra crucifixión finaliza cuando nosotros, con Cristo en nuestra cruz, podemos gritarle al mundo entero: «Consumado es». Debemos reconocer de una vez por todas que Jesús completó la obra, que no es nuestra, sino de él.

No estoy enojado con Dios, 1967.

Ministrando en Europa

Una de las experiencias más irritantes de toda mi vida la tuve en Finlandia, en una iglesia repleta de jóvenes inquietos. La liturgia formal no les interesaba. Me encontraba sentado en el presbiterio, de ornamentación recargada, y mientras se interpretaba un majestuoso coral en el grandioso órgano, vi la luz oscilante de unos fósforos: dos jóvenes barbudos y una muchacha de minifalda estaban encendiendo cigarrillos. Durante un himno muy largo capté el intercambio de miradas entre una muchacha vestida de forma extravagante y su compañero de pelo largo que se encontraban en la segunda banca. Sus miradas eran más elocuentes que las palabras: «Todos estos lamentos son demasiado; ¡larguémonos!»

Eso colmó mi copa. Le hice llegar el siguiente mensaje al pastor: «Si en dos minutos no me cede el púlpito, ¡me voy!».

La dureza de mis palabras debe de haber sacudido al buen ministro hasta las entrañas, porque en una forma muy elegante dio por concluido el

himno y me invitó a que tomara el púlpito. Lo que dije probablemente le chocó todavía más. Pero quería conseguir rápidamente la atención de esos jóvenes.

Esa tarde, al recorrer las calles de esa gran ciudad finlandesa, había visto revistas increíblemente explícitas expuestas a la vista de todos. Había hablado con decenas de confundidos adolescentes. Había orado con dos de los drogadictos más desesperados de Europa. Y ahora, de pie en el púlpito, mirando a esa gran cantidad de jóvenes, podía sentir con cuánta ansia muchos de ellos buscaban la realidad. Intenté, de una manera muy sencilla y directa, hacerles ver claramente que el único camino para salir de la confusión y el aburrimiento es por medio de una entrega total a Jesucristo. Les hablé del poder que yo mismo he visto y que ha cambiado las vidas de centenares de criminales, drogadictos y suicidas en potencia.

Antes de que hubiese acabado de hablar, pude sentir que ese poder estaba actuando en medio nuestro. Poco a poco, en pequeños grupos, algunos de esos jóvenes comenzaron a pasar al frente del gran santuario y a arrodillarse ante el altar. Esa noche más de doscientos se concentraron en la parte delantera para encontrarse con la realidad.

Ministerio en el infierno, 1968.

La Visión

He tenido solamente dos visiones en mi vida. La primera me vino en 1958, cuando una visión de Dios me llevó de una pequeña población de

Pennsylvania a la ciudad de Nueva York, a trabajar con las pandillas de adolescentes y con los adictos a las drogas.

Aquella no fue una falsa visión. Ahora, transcurridos los años, su realidad queda demostrada por los centros juveniles esparcidos por todo el mundo. No solo se han convertido pandillas y adictos, sino que muchos de ellos están incluso predicando el evangelio.

Una segunda visión vino a mí este verano (1973). Ha sido una visión de cinco trágicas calamidades que vienen sobre la tierra. No vi luces deslumbradoras; no escuché voces audibles ni oí hablar a un ángel. Mientras yo estaba orando tarde una noche, estas visiones de calamidades mundiales vinieron sobre mí con un impacto tal, que no pude hacer otra cosa que seguir arrodillado, estupefacto, y captarlo todo.

Al principio yo no quería creer lo que había visto y oído. El mensaje de la visión era demasiado amedrentador, demasiado apocalíptico, demasiado aflictivo para mi mente materialista. Pero la visión volvió a mí noche tras noche. No podía librarme de ella. En lo profundo de mi corazón yo estoy convencido de que esta visión procede de Dios, que es verdadera, y que llegará a verificarse (...) Partes de esta visión vendrán a ocurrir en un futuro muy próximo. Algunos de los eventos son más remotos. ¡Pero estoy seguro de que todos los eventos que se mencionan, habrán de acontecer e esta generación!».

La Visión, 1974.

Nahum

Palabra clave: Aniquilación

Versículo clave: 1:8-9

Esta es la sentencia contra Nínive. La advertencia de Jonás, tal vez un siglo antes, condujo al pueblo al arrepentimiento; sin embargo, la sentencia, a pesar de retrasarse, no podía ser revocada. Dios ya no perdonaría. La amenaza de destrucción se convierte ahora en una amenaza de completa aniquilación. La ruina de la capital es retratada utilizando imágenes sin paralelo.

En lo que se refiere a la persona y el periodo de Nahúm, él parece haber profetizado en Palestina aproximadamente entre 712 a.C. y 685 a.C., en la última parte del reino de Ezequías.

Él describe el ejército sirio de Senaquerib de forma vívida y gráfica.

La última tentativa de éste de aplastar a los judíos, en el año decimo-cuarto de Ezequías, resultó en una derrota desastrosa.

Cincuenta a cien años después de esta predicción (625 a.C.), las fuerzas de Cíaxares y Nabopolasar destruyeron Nínive y Asiria.

A.T. Pierson

Orando juntos

El conflicto religioso que azotó a Irlanda del Norte durante las últimas décadas del siglo XX, entre protestantes y católicos, tuvo sus primeros destellos de paz cuando grupos carismáticos, de carácter interdenominacional, empezaron a orar juntos.

Cierta vez tres muchachas protestantes entraron en un barrio católico de Belfast, para participar de una de esas reuniones de oración.

¿Es que ustedes no se dan cuenta que podrían haber sido muertas?, les preguntaron algunos católicos. «Nosotras estudiamos esa posibilidad cuidadosamente», respondieron ellas. «Pero estamos preparadas para perder la vida a favor de ustedes».

Las jóvenes podrían haber dejado que su corazón se contagiara por la amargura y desconfianza que las rodeaban. Podrían haber cedido al miedo y a la incertidumbre, pero prefirieron dejar que Dios llenase sus corazones con las emociones que se hallaban en el de él – la tristeza de la separación causada por el odio y la amargura, y el amor por aquellos que no eran de la misma facción, pero que, sin embargo, eran hijos de Dios. Y cuando aquellas jóvenes exteriorizaron tales sentimientos, contagiaron a los demás. Los católicos abrieron el corazón para abrigar el mismo sentimiento. Las murallas del prejuicio comenzaron a caer.

Adaptado de *A Mente Renovada*, de Larry Christenson

Símbolos y tipos

en la vida de Jacob

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

Símbolos en la vida de Jacob

Jacob tiene mucho que decirnos, más que ningún otro de los antiguos patriarcas. Está más cerca de nuestra vida, en nuestras flaquezas e imperfecciones humanas, indignidad e inutilidad humana, sufrimiento, pruebas y disciplina humana, y en la gracia de Dios, que quedó engrandecida por todas esas insuficiencias.

El nacimiento de Jacob

El primer símbolo que vemos en la vida de Jacob es su nacimiento. Tenemos aquí una figura de su futuro. Podría parecernos que había en él, ya en la misma matriz de su madre, algo de su espíritu innato: el comienzo de aquella fe que luego se desarrolló tan poderosamente. Por ello Oseas dice: «En el seno materno tomó por el calcañar a su hermano», como si en alguna forma tuviera en él algo de lo que luego le impulsó a reclamar las poderosas promesas de Dios.

Su derecho de primogenitura

El derecho de primogenitura, para los antiguos patriarcas, parece llevar implicado no solo el ser cabeza de la tribu, sino también privilegios espirituales del pacto divino. Indudable-

mente, su madre le había hablado de las esperanzas enlazadas con su nacimiento y de las promesas que lo habían anunciado, y mirando a las edades venideras, es posible que hubiera visto la venida del Salvador, y, unida a ella, la esperanza de su futuro eterno. Fue esto lo que le hizo obrar reclamando el derecho y que, a pesar de todo lo bajo y egoísta en la forma en que lo obtuvo, es un acto digno de elogio. Si hubiera reclamado esto por los derechos que le correspondían, según las promesas dadas antes de que naciera, habría sido un acto del tipo más elevado. Es el mismo acto que realizamos cuando evaluamos y reclamamos la oferta de nuestra salvación y la filiación en la familia de Dios, y dejamos todo lo demás para asegurárnoslo. Esto le había sido prometido antes de su nacimiento, como sin duda le había sido enseñado por su madre, y él debería haber presentado sus derechos y dejar todo lo demás para asegurárselo. Jacob, sin embargo, mezcló su propia flaqueza con la fe que de otro modo habría sido recta y en su lugar.

Reclamó la recompensa con la tenacidad de la fe, y luego dañó la fe al añadir sus propias obras. Dios consi-

deró la fe, puso a un lado las obras y consumió el pecado con la disciplina y el sufrimiento. Y, con todo, no podemos olvidar que Jacob vio el valor del derecho de primogenitura en tanto que Esaú lo despreció. Esaú dijo: *«He aquí, yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?»*. Él no tenía sentido del futuro eterno, pues de otro modo le habría dado valor por sobre todos los tesoros materiales, aun en la hora de su muerte. Jacob vio el tesoro y lo reclamó con insistencia y lo hizo suyo. Así que estamos con Jacob cuando reclamamos la primogenitura; cuando echamos mano de los derechos del Evangelio, cuando tomamos con fe firme, no solo el pacto de la misericordia prometida antes de haber nacido nosotros, sino cuando seguimos adelante y echamos mano de toda la herencia de Dios; no solo el ser salvos, sino el ser santificados; no solo el creer, sino el llegar a ser herederos de Dios, príncipes en Israel y participantes de la gloria de nuestro Salvador. Este es el significado del derecho de primogenitura y la fe que lo reclama.

Pero, en tanto que imitamos la fe, evitemos la incredulidad. El que cree entra en el reposo. El que obra, obra porque no cree. Cuando estamos seguros de que Dios nos ha dado la bendición, reposamos. Pero cuando tememos que Dios va a fallar, o Esaú maniobrando se saldrá con la suya, o tratamos de hacer algo que solo servirá para estorbar. Las caídas de Jacob fueron causadas por lo turbio de su propia naturaleza que Dios tenía que clarificar. Dios nos ayude a aprender la lección y a creer de for-

ma que «en quietud y en confianza será vuestra fortaleza», y no solo esperaremos, sino que esperaremos quietos la salvación de Dios.

La visión de Jacob

Sigamos el tercer símbolo de su vida, esto es, la visión de Bet-el.

Llegó en el momento más oscuro de su vida, cuando le circundaban la noche, cuando tenía una piedra por almohada: un símbolo de la suerte dura y triste que parecía aguardarle. Y con todo, fue en esta hora oscura en el desierto, y en esta almohada de piedra, que el Dios del cielo iba a concederle la bendición del pacto. La visión de Betel nos habla de la primera revelación que hace Dios de sí mismo al alma que le ha escogido. Jacob es-

**La escalera de Jacob
empezaba en la hora más
oscura de su vida; y lo mismo
nuestras bendiciones nacen
de nuestras grandes pruebas.
¿Es tu almohada dura? ¿Es tu
cielo nublado, oscuro? Busca
la escalera; está allí,
apoyándose
en su extremo en el cielo.**

cogió a Dios cuando escogió la primogenitura. Pero Dios no había tenido ningún encuentro con Jacob. Jacob era como nosotros cuando aceptamos la promesa pero no hemos visto todavía al que promete. Te arrodillas ante

el altar y reclamas la bendición, la haces tuya por fe, pero Dios siempre hace una realidad de la fe. Pasan los días y cuando parece que Él ha olvidado su promesa, la fe empieza a desfallecer y es entonces que todo el cielo te va rodeando más y más de cerca. Tú confías en Dios. Cuando empieza a oscurecerse y a hacerse peligroso, cuando Esaú amenaza tu vida, cuando te hallas en el yermo y a medianoche con la cabeza sobre una almohada de piedra, entonces viene Dios a tu encuentro, y hace real para tu alma lo que habías aceptado por simple fe antes. Así te ha ocurrido con la revelación del Espíritu de Cristo que te reviste: quizá en la curación de tu cuerpo, o ha sido así en la oración en petición de cosas temporales que habías creído obtendrías. La visión primero; la simple confianza en su Palabra, y luego Dios mismo en toda la plenitud de su bendita realización.

La visión de Jacob era también una prefiguración del camino de su propia vida. Vio una escalera cuyo extremo tocaba el cielo, y Dios apareció en lo alto, como el Dios de sus padres. Esto nos enseña que la única verdadera escalera de la vida es la que alcanza el cielo. La escalera de Jacob llegaba al cielo. Las escaleras de la ambición humana solo llegan a unos pocos años adelante. La máxima ambición del hombre queda satisfecha cuando llega al pináculo de la fama o alcanza el cumplimiento de algún sueño acariciado; conocimiento, amistad, o quizá riqueza. Esta es la longitud de su escalera; solo llega a un trecho del camino. Son cincuenta, sesenta, setenta, o si se quiere, ochenta

años, pero la escalera de Jacob, para entonces, apenas ha empezado; llega al cielo. ¡Oh, tú que eres joven y estás mirando al futuro y cuentas tanto con él, ¿estás seguro que te has asegurado de las cosas más importantes de la vida y de la eternidad? Deja que tu escalera llegue al cielo.

Y luego, la escalera de Jacob no solo era larga, sino que se subía peldaño a peldaño; no solo de un salto, sino poco a poco, momento a momento; de este modo también nos conduce a Dios, paso a paso. ¿Estás dispuesto a andar de esta forma, con paciencia, momento tras momento, venciendo y ascendiendo?

Además, la escalera de Jacob empezaba en la hora más oscura de su vida; y lo mismo nuestras bendiciones nacen de nuestras grandes pruebas. ¿Es tu almohada dura? ¿Es tu cielo nublado, oscuro? Busca la escalera; está allí, apoyándose en su extremo en el cielo. La verás si miras hacia arriba. Cierra los ojos y los oídos a todo otro cuidado, duérmete en el seno de Cristo en la confianza de la fe, y tendrás tu visión y en ella, vistas celestiales y sus pactos divinos de promesa.

Pero lo mejor de la escalera de Jacob es que terminaba con Dios, y tenía a Dios en lo alto de la misma, y Dios debajo de la misma, sosteniéndola para que no se deslizara, apoyando al viajero a cada paso. Deja que tu escalera sea guiada por su mano, no apoyándose en alguna torre de nubes de tu ambición sino en las manos que fueron taladradas por ti. ¿Has notado, cuando alguien en tu casa ha de subir una escalera de mano, cómo

desea que tú la sostengas? Hay uno, queridos amigos, que te sostiene la escalera mientras tú subes a las alturas, que te harían temblar si no fuera por sus brazos eternos.

Y además, se nos enseña que no solo está Dios en lo alto de la escalera, sino que los ángeles de su providencia están subiendo y bajando por ella, guardando tus pies en los peldaños. Cada paso está bajo tu cuidado. Y así él te dice, como a Jacob: «He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho».

Además, la visión de Jacob es el símbolo no solo del camino de la vida, sino de Jesucristo mismo: la puerta abierta, y el único medio de comunión y comunicación con el cielo. Cristo mismo nos ha dado esta interpretación de la visión de Jacob. Hablando con Natanael, bajo la higuera (que parece había estado leyendo este mismo capítulo), le dice: *«De aquí adelante veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descenden sobre el Hijo del Hombre»*. Era como si le hubiera dicho: «Yo soy la escalera de Jacob; es a través de mí que los cielos estarán abiertos; es como resultado de mi obra que los ángeles de Dios vendrán, y a partir de ahora tendréis comunión con Dios, no en la forma antigua de visiones, sino a través de la carne del Hijo de Dios. De modo que Dios no solo está en lo alto de la escalera, sino a lo largo de toda ella. Jesucristo viene de Dios y llega hasta los hombres, una escalera viva de peldaños humanos, diciendo a cada paso:

«Yo soy el camino; Yo soy el pastor; Yo soy el guía; Yo soy la vida; Yo soy el autor y consumidor de vuestra fe». ¿Es Jesús tu escalera, querido amigo?, ¿es tu camino?, ¿es tu vida? ¿Das cada paso con Jesús? ¿En Jesús? ¿Andando con Jesús? ¿Andando en Él como también con Él; hallando que Él es algo en ti, esta semana, semana tras semana, algo que no había sido antes? Éste es el sentido bienaventurado de la escalera. Dios está al principio, Dios está al final, Dios está a lo largo del camino, y Dios lo es todo en todo.

No solo vemos el camino y la escalera, sino el pacto y la consagración. Jacob se levantó y en el altar se consagró a sí mismo –con palabra pobres e imperfectas, es verdad–, y si parece una fe que vacila, con todo, Dios la aceptó, y a partir de entonces su vida estuvo enlazada con vínculos tiernos con el amor eterno de Jehová. ¿Has hecho esta consagración y reclamado este pacto? ¿Hay una voz que te dice: «Estoy contigo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho»? ¿No se está seguro cuando se deja todo en estos brazos poderosos? Él te ha dicho: «No cesaré hasta que haya hecho para ti todo lo que te he prometido». ¡Qué terribles son los peligros de la vida sin esto; iqué benditos si se tiene! ¿Has dicho como Jacob: «De todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti»? ¿o bien, lo que has dicho es: «Todo es tuyo, y yo soy tuyo y tú eres mío»?

(Continuará).

Cuerpos consagrados y mentes renovadas

El sabio equilibrio entre la enseñanza doctrinal de la epístola a los Romanos y las demandas prácticas que se derivan de ella.

La carta escrita por Pablo a los Romanos es el tratado más macizo del cristianismo para explicar la Gloria del Evangelio. Grandes hombres en la historia de la Iglesia se inspiraron en este libro para traer renovación espiritual al contexto en que vivieron.

La carta contiene 16 largos capítulos en los cuales el apóstol Pablo desarrolla el pensamiento cristiano. Verdades como la culpabilidad del hombre, el pecado, la justicia de Dios, la justificación por la fe, la santificación, la gracia, la vida en el Espíritu, la elección, se desarrollan en forma magistral. Uno de los rasgos notables de las enseñanzas de Pablo es que combina el creer con el deber, la doctrina con el comportamiento. Por lo cual, la carta puede dividirse básicamente en dos partes. La primera compuesta por once capítulos que contiene el desarrollo de las verdades antes mencionadas y los siguientes cinco capítulos (capítulos 12-16), aspectos prácticos que apelan a la conducta cristiana.

El desarrollo de la primera parte culmina con una expresión magnánima donde Pablo, maravillado, exclama:

«¡Oh Profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!, porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿Quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado?, porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén. (Rom. 11:33-36).

Indicativo e Imperativo

En la primera parte de Romanos, el modo verbal predominante es el indicativo, que se define como aquel que expresa hechos reales que han sucedido, que están sucediendo o que sucederán con cierta frecuencia. Por ello Pablo, convencido de los hechos ocurridos en Cristo, afirma fehacientemente todo lo sucedido en la esfera espiritual.

Luego, desde el inicio del capítulo 12 nos encontramos con un nuevo modo verbal que inaugura la segunda parte (cap. 12-16), y que determina al carácter de los últimos capítulos. Es el modo imperativo. Este modo verbal es usado para expresar órdenes, ruegos o deseos. El apóstol hace uso de él en reiteradas ocasiones, dando a

entender a los lectores que las afirmaciones antes dichas requieren de una respuesta. Que en la vida cristiana lo indicativo por sí solo no basta, debe darse a continuación lo imperativo. Por lo tanto, el que vive la vida cristiana con honestidad, vivirá la tensión que se genera desde lo indicativo a lo imperativo.

La inflexión observada en los últimos capítulos es evidente, la intención está puesta en la práctica. La demanda apostólica es a vivir la consecuencia de lo anterior; dicho de otro modo, la carta nos interpela de la siguiente manera: «Dado que (capítulos 1 al 11), haced esto (capítulos 12 al 16)», donde creer y obedecer son una misma respuesta al evangelio.

En conclusión, la epístola nos atestigua la realidad que trae el evangelio y nos exhorta a vivir la novedad de la vida instalada.

Los primeros versículos de la segunda parte, cumplen la función de unir lo anterior como una bisagra que articula ambas. Pablo inicia esta sección sintetizando todo lo dicho anteriormente en una sola oración: «las misericordias de Dios». En consecuencia, despliega su ruego:

«Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Rom. 12:1-2).

Cuerpos consagrados

El ruego apostólico apela a la consagración del cuerpo. Pablo nos aterrizza de golpe con nuestra realidad; nuestro cuerpo es lo más cercano y tangible a nosotros. Por lo tanto, su pensamiento es, dado que han acontecido profundas realidades espirituales («*las misericordias de Dios*»), ahora el cuerpo debe entregarse como un sacrificio vivo y culto racional (o razonable).

La palabra razonable o racional son posibles traducciones de la palabra griega «lógicos», que puede entenderse como un culto sensato, lógico, adecuado o también, como un culto inteligente, es decir, un acto propio de la mente. La primera traducción tiene mucho sentido con lo que se viene hablando. El ruego de ofrecer el cuerpo en sacrificio vivo es sensato ante tan excelsa exposición de hechos. La segunda traducción (racional), nos sugiere que la entrega del cuerpo es un acto lógico mental, es decir, un acto de adoración inteligente.

Cualquiera sea la opción a escoger para entender el versículo, lo importante está en el imperativo de entregar el cuerpo como un sacrificio vivo a Dios. Estamos en un mundo ególatra, atestado de una excesiva atención a lo físico. Actualmente el cuerpo es objeto de culto. Basta observar los íconos sociales que nos rodean para darnos cuenta de esta pobre realidad, cuya única intención es saciar la vanidad del ego. En relación a esta conducta, la Palabra es categórica al describir las consecuencias:

«Por lo cual, también los entregó Dios a la inmundicia, en los apetitos de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por eso Dios los entregó a pasiones vergonzosas, pues aun sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. Del mismo modo también los hombres, dejando la relación natural con la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío» (Rom. 1:24-27).

Mentes renovadas

Posteriormente, con relación a la mente, la exhortación manda a no conformarse al mundo y, a renovarse en el entendimiento. La transformación será posible solo a través de la renovación de la mente. Para esto, el cristiano requiere no conformarse al paradigma de este mundo. La expresión «no os conforméis a este siglo», supone la llegada de uno nuevo. Por lo tanto, el cristiano vive en dos siglos, aunque es ciudadano del nuevo. Por ello, su norma de vida, su pauta de conducta, sus metas, no vienen de este siglo. Solo así podrá comprobar cuál es la voluntad de Dios agradable y perfecta.

La palabra transformación (metamorfosis) se utiliza pocas veces en el Nuevo Testamento. Una de ellas es

en los evangelios, en la transfiguración del Señor. También Pablo la utiliza en 2ª Corintios 3:18.

Ambos pasajes dan cuenta de un cambio de aspecto. Motivo por el cual concluimos que, al oír la voz del Hijo (que fue la interpelación del Padre en el monte de la transfiguración), y contemplar a Cristo como en un espejo (la exhortación de Pablo a los corintios), la mente se renueva y el ser es transformado a la misma imagen de Jesucristo. En definitiva, la metamorfosis del cristiano vendrá por la atención que ponga en conocer a su

**En la vida cristiana lo
indicativo por sí solo no
basta, debe darse a
continuación lo imperativo.**

Señor y Salvador. Esto es diametralmente opuesto a la mente reprobada de una voluntad ensimismada que se manifiesta en la corrupción de la conducta. Como está escrito: «Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen» (Rom. 1:28).

Conociendo la voluntad de Dios

Concluyendo, observamos que estos dos primeros versículos contienen un ruego con un doble carácter. Por un lado, la consagración del cuerpo, y por otro, la renovación de la mente. Ambos, con el único fin de comprobar cuál es la voluntad de Dios, que a su vez será la que regule nuestras

relaciones (Rom. 12:1-15:13). Esta perfecta combinación permitirá la comprobación de la voluntad de Dios para los aspectos prácticos de la vida cristiana.

El hermano John Stott, en su libro *Mensaje de Romanos*, clasifica estos versículos de la siguiente forma: (12:1-2) Conocer la voluntad de Dios en nuestra relación con Él; (12:3-8) conocer la voluntad de Dios con nosotros mismos; (12:9-16) conocer la voluntad de Dios en la relación entre nosotros; (12:17- 21) Conocer la voluntad de Dios en la relación con los malvados y los enemigos; (13:1-7) conocer la voluntad de Dios en la relación con el estado; (13:8-10) en nuestra relación con la Ley; (13:11-14) con el día de regreso de Cristo; y con los miembros más débiles de la comunidad cristiana (14:1-15:13).

Una lectura minuciosa de estos versículos, nos mostrará la gran cantidad de mandamientos, ruegos y deseos que presenta el apóstol. Todos, con la determinada intención de aclarar a los santos cuál es la buena voluntad de Dios en la vida práctica del día a día.

Los dos últimos ejemplos

Hasta aquí todo hace pensar que los versículos finales (15:14-16:27) son solo anhelos y saludos personales de Pablo; sin embargo, estos muestran un claro ejemplo de consagración y renovación en vida del apóstol y en la vida iglesia.

El ministerio de Pablo a los gentiles, la preocupación por los necesitados y el anhelo para extender el reino de Dios más allá de las regiones circundantes, son una evidencia más de la entrega del apóstol. Pablo escribe con humildad, afecto y ánimo a una iglesia que no fundó ni conocía, solicitando oración, planificando viajes y llenándose del fuerte pensamiento de seguir predicando el evangelio.

Luego, en los veintiséis saludos siguientes, observamos la entrega de los hermanos. Pablo reconoce el servicio de cada uno. Pero, ¿cómo es que Pablo conocía a los hermanos, si no les había visitado? Me atrevo a suponer que estos fueron hermanos oriundos de otras localidades, que dispusieron sus cuerpos en servicio al Señor, renovaron sus mentes con la urgencia del evangelio, para luego ser enviados por el Espíritu a formar la iglesia en Roma.

Pablo les saluda con familiaridad. La cercanía afectiva del saludo supone instancias de comunión previa; probablemente eran familias colaboradoras en otras ciudades que Pablo frecuentaba. Estos hermanos nombrados son el vivo ejemplo de cuerpos consagrados y mentes renovadas, que se dispusieron a servir al Señor con sus manos, oficios y familias, allí donde el Señor les necesitara.

Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.

Marcelo Díaz

Terminando con el pasado

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2ª Cor. 5:17).

Después que alguien cree en el Señor, tiene invariablemente un número de cosas del pasado que esperan ser terminadas. La pregunta es: ¿cómo las concluye?

La enseñanza de la Biblia

En la Biblia, especialmente en el Nuevo Testamento, Dios no parece preocuparse mucho por las cosas que uno hizo antes de entregarse al Señor. Trate usted de encontrar, entre Mateo y Apocalipsis, algunos pasajes que aborden el asunto de terminar con el pasado. Si lo intenta, deberá reconocer que es muy difícil hallarlos. Es verdad, las epístolas hacen un recuento de nuestra vana manera de vivir en el pasado; también nos revelan cuáles deben ser nuestras acciones futuras. Pero ellas no recomiendan qué hacer con nuestro pasado.

Por ejemplo, en las cartas a los Efesios y a los Colosenses se menciona nuestro pasado, pero ninguna nos dice como deberíamos concluir con él. Solo tratan acerca de lo que deberíamos hacer desde nuestra conversión en adelante. La misma verdad se aprecia en las cartas a los Tesalonicenses.

Ellas también mencionan el pasado sin especificar cómo debemos concluirlo, ya que el énfasis también está puesto en el futuro, como si el pasado ya no fuera un problema. Sin embargo, no hay duda de que el pasado debe ser apropiadamente concluido.

Por causa de algunos conceptos errados concernientes al evangelio, el asunto del pasado es a veces tan excesivamente acentuado que pone a las personas en un dilema. No estamos sugiriendo que el pasado no necesita ser tratado, pues hay algunas pocas cosas que sí lo requieren. Sin embargo, debemos decir que esto no es fundamental.

Dios nos dice que todo nuestro pasado está bajo la Sangre. Somos perdonados completamente, porque el Señor murió por nosotros. Somos salvos a través de Cristo nuestro Sustituto, no en el terreno de nuestro trato con el pasado. Nadie es salvo por su buena conducta anterior, ni tampoco es salvo por arrepentirse de su maldad pasada. Somos salvos a través de la redención consumada por el Señor Jesús en la cruz. Este es el

único fundamento sobre el cual permanecemos firmes.

Lo que debe ser terminado

Entonces, ¿qué debemos hacer con el pasado? Después de buscar cuidadosamente en el Nuevo Testamento, encontramos algunos pasajes sobre este tema. Pero todos estos casos son ejemplos; ninguno es una enseñanza. Nuestro Señor nos ha dejado algunos ejemplos para que seamos guiados en la resolución de los asuntos del pasado.

1. Se debe eliminar todo lo relacionado con la idolatría

«...os convertisteis de los ídolos a Dios» (1ª Tes. 1:9). El asunto de los ídolos no es tan simple como algunos piensan. Recuerde, somos el templo del Espíritu Santo. ¿Qué concordia tiene el templo de Dios con los ídolos? Aun el Apóstol Juan, escribiendo a los creyentes, exhorta: «*Hijitos, guardaos de los ídolos...*» (1ª Juan 5:21).

Debemos entender la manera en que la Escritura ve la idolatría. Dios prohíbe hacer imagen o semejanza de cualquier cosa que esté en los cielos, en la tierra o en el agua, y también prohíbe cualquier pensamiento de que esas imágenes son vivas. Tan pronto como este pensamiento aflora, ellas se convierten en ídolos. Las imágenes en sí mismas no son nada, pero si ellas son reconocidas como vivas, se transforman en diabólicas. De ahí que la adoración de ídolos está estrictamente prohibida; ningún corazón debe volverse a ellos. Uno de los diez mandamientos proscribió la hechura de imágenes (ver Deut. 5:8)

«No preguntes acerca de sus dioses, diciendo: ¿Cómo servían estas naciones a sus dioses?...» (Deut. 12:30b). No pregunte acerca de otros dioses por curiosidad; no pregunte cómo otras naciones sirven a sus dioses. Dios nos prohíbe hacer tales averiguaciones, porque esto solo nos llevará a seguir la senda de las naciones.

Dios prohíbe hacer imagen o semejanza de cualquier cosa que esté en los cielos, en la tierra o en el agua, y también prohíbe cualquier pensamiento de que esas imágenes son vivas.

Empezando desde el primer día de su vida de fe en Cristo, el creyente debe separarse de los ídolos y de las cosas pertinentes a la idolatría. No debe mencionar nunca más el nombre de los ídolos, ni consultar adivinos. Debe mantenerse alejado de templos paganos y de cualquier pensamiento de adoración de imágenes. No debe preguntar cómo otras religiones adoran. El pasado debe ser totalmente concluido. Cualquier objeto idólatrico debe ser destruido, no vendido. Esto es muy serio, ya que Dios es extremadamente celoso de los ídolos.

2. Algunos objetos requieren ser eliminados

«Asimismo muchos de los que habían practicado la magia, trajeron sus li-

bros, y los quemaron delante de todos; y contando el precio de ellos, se halló ser cincuenta mil piezas de plata» (Hechos 19:19). Esto también es algo que un nuevo creyente debe concluir. Esto no es el resultado de una orden o una enseñanza, sino la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo trabaja en los creyentes de tal forma que traen adelante estas cosas que no deberían estar en su posesión, para destruirlas. Los libros mencionados en Hechos 19 valían cincuenta mil piezas de plata, mucho dinero. Pero no fueron vendidos para que la iglesia usara lo recaudado; al contrario, fueron quemados. Si Judas hubiese estado presente, ciertamente habría objetado la quema de los libros por su valor, ya que aquel dinero podría haber sido usado para ayudar a los pobres. Sin embargo, agradó al Señor que fueran quemados.

Hay muchas cosas que requieren ser concluidas. Las imágenes son una, los libros esotéricos son otra. El principio es claro: todas las imágenes deben ser rechazadas y todas las cosas dudosas deben ser concluidas también. Tenemos el ejemplo escritural acerca de que las cosas que tienen en definitiva una conexión con el pecado, como los juegos de azar o libros obscenos, deben ser quemados.

¿Qué ocurre con las cosas que son propias de los santos? En la casa de un incrédulo, sería absolutamente natural encontrar objetos conectados con el pecado y cosas no apropiadas para creyentes. Así, después de que alguien ha creído en el Señor, él debería ir a casa y examinar sus pertenencias.

Las cosas conectadas con el pecado se deben destruir, y no venderlas. Cosas indecentes para los santos, como prendas de vestir, por ejemplo, pueden ser modificadas si es posible, o pueden ser vendidas.

3. *Toda deuda debe ser cancelada*

«Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado» (Lucas 19:8). Zaqueo nos presenta un buen ejemplo. Extrañamente, no existe enseñanza acerca de este asunto; pero cada creyente actúa de la forma en que es movido por el Espíritu Santo. Si esto fuese algo meramente doctrinal o de enseñanza, entonces todo sería hecho uniformemente.

Si un nuevo creyente había estafado o extorsionado a alguien en el pasado o ha robado y tomado posesión de algo maliciosamente, creemos que debe tratar con estas cosas a medida que el Señor obra en él. Financieramente, él puede ser incapaz de pagar lo defraudado. Aunque esto no afectará el ser perdonado por Dios, sí tendrá definitivamente una influencia en su testimonio.

Cada nuevo creyente necesita preguntarse a sí mismo si ha hecho mal o defraudado a alguien, si ha llevado a casa cosas que no le pertenecen o que ha obtenido de forma maliciosa. Si es así, él puede limpiar estos actos. El arrepentimiento cristiano incluye la confesión de las faltas del pasado. No es un arrepentimiento común que implica un mero cambio

de conducta. Por ejemplo, si reiteradamente yo me airaba en el pasado, sería suficiente mostrar mi arrepentimiento no repitiendo esa conducta de nuevo. Pero, como cristiano, sumado al cambio de conducta, debo también confesar que la ira estaba mal. No solo debo controlar mi tem-

peramento ante Dios, sino también debo confesar ante los hombres mi antigua falta de perder la calma. Entonces este asunto puede ser concluido.

Watchman Nee
Traducido de «Spiritual Exercise»
Christian Fellowship Publishers, 2007.

Gratitud

Charles Plumb fue un piloto de jet de la Armada norteamericana en Vietnam. Después de 74 misiones de combate, el 19 de mayo de 1967 su F-4 Phantom fue derribado por un misil tierra-aire, cinco días antes de volver a casa. Plumb logró eyectarse del avión, su paracaídas se abrió y aterrizó en tierras enemigas. Fue capturado, torturado y pasó 2.103 días en una prisión minúscula.

Sobrevivió a la prueba al igual que otros 588 prisioneros que volvieron a su país. En febrero de 1973, casi seis años más tarde, el piloto regresó a su hogar.

Tiempo después, mientras Plumb y su esposa estaban sentados en un restaurante, un hombre de otra mesa se acercó y le dijo:

- ¡Tú eres Plumb! Tú piloteabas aviones caza en Vietnam desde el portaaviones Kitty Hawk. ¡Y fuiste derribado!

- ¿Cómo es posible que tú sepas esto?, preguntó Plumb.

- Lo recuerdo bien porque fui yo quien empacó tu paracaídas -, contestó el hombre.

Plumb se quedó con la boca abierta.

El hombre extendió su mano y dijo: "Me imagino que funcionó".

- Seguro que lo hizo -, le aseguró Plumb, agradecido.

Plumb no pudo dormir esa noche. "Cuántas veces pude haberlo visto y no lo saludé, porque yo era un piloto y él sólo un marinero", reflexionó. Pensó en las largas horas que el marinero habría pasado junto a una mesa larga de madera en las entrañas del portaviones, empacando cuidadosamente cada paracaídas, teniendo en sus manos el destino de alguien a quien ni siquiera conocía.

Plumb diría más tarde que necesitó muchos tipos de paracaídas cuando su F-4 fue derribado sobre Vietnam del Norte: físico, mental, emocional y espiritual. Él recurrió a todos estos soportes antes de lograr la libertad y la seguridad.

Tal vez deberíamos pensar en la experiencia de Plumb y reflexionar en quién ha sido el responsable de "preparar nuestro paracaídas" la última semana, el último mes, el último año, en nuestra empresa, en nuestra casa, en nuestra carrera, en nuestra vida.

Grandes cataclismos terrestres:

Un enfoque bíblico



Grandes desastres como el ocurrido en Sumatra en diciembre de 2004, con cerca de 300.000 muertos o desaparecidos, producto de un violento terremoto seguido de tsunami, o el gran terremoto ocurrido en Japón en marzo de 2011, también seguido de tsunami, con un saldo devastador de alrededor de 30.000 personas muertas o desaparecidas, inevitablemente hacen resurgir profecías bíblicas que consideran estos desastres como señales antecesoras del fin del periodo de tiempo que ha de transcurrir entre las dos venidas a la tierra del Señor Jesucristo.

Terremotos y juicio divino

En la actualidad se registran varias decenas de miles de movimientos telúricos al año, de diferentes intensidades en distintas partes del mundo, y lógicamente no es posible atribuir cada uno de ellos a la voluntad divina relacionada con juicios sobre la Tierra y sus moradores. No obstante, la Escritura muestra claramente en muchos de sus libros que algunos de ellos son utilizados por Dios como instrumentos de sus juicios o que forman parte de su voluntad en su accionar con el ser humano.

En Mateo 24:7-8 Jesús les da a conocer señales a sus discípulos que marcarían el período previo a su regreso a la tierra. Éstas se relacionan con guerras, con incremento de religiones que imitan al cristianismo y personas que le imitarán a Él, y de terremotos en distintos lugares. De manera coincidente, la revelación que se le entrega al apóstol Juan en Apocalipsis 6, se relaciona de manera importante con estas señales descritas en Mateo 24, previas a su segunda venida a la tierra. Los siete sellos describen eventos semejantes a los que el Señor reveló a sus discípulos en privado en el capítulo de Mateo. La apertura de los primeros sellos revela la falsa cristiandad antes de su regreso, desastres provocados por las guerras, y cuando se llega a abrir el sexto sello, se nombra a un gran terremoto altamente destructor, capaz de remover montes e islas de sus cimientos (Apoc. 6:12-14). Este gran terremoto estaría asociado al retorno de Cristo a Jerusalén.

Además de Mateo, otros dos evangelios recogen las profecías de Jesús dadas a sus discípulos, en donde se refiere a terremotos como anticipo del fin

de la época previa a su segunda venida; estos son Marcos y Lucas. Estos tres libros que recogen las enseñanzas de Jesús, señalan que los terremotos ocurrirán en distintas zonas geográficas: «...y terremotos en muchos lugares» (Mat. 24:7); «...y habrá terremotos en diversos lugares» (Mar. 13:8); «...y habrá grandes terremotos en varios lugares» (Luc. 21:11). Este último escrito (el de Lucas) es quien da mayores detalles de ellos, no solo incluyendo el que los terremotos se presentarán en distintos lugares, sino refiriéndose a su magnitud con la frase «grandes terremotos».

Otros pasajes bíblicos en donde se describe a los terremotos como un instrumento del juicio de Dios sobre la tierra y sus moradores se encuentran en Isaías. En el capítulo 24:18 se se-

El mayor terremoto registrado con esta escala Richter, logró medir una liberación de energía tal que fue clasificado en la escala de 9,5 grados, ocurrido en la ciudad de Valdivia, Chile, el 22 de mayo de 1960.

ñala que: «...temblarán los cimientos de la tierra»; en 24:19 se agrega que la tierra será «...quebrantada... desmenuzada... conmovida en gran manera»; y lo propio se repite en 24:20: «Temblará la tierra como un ebrio y será removida como una choza». En-

tre los efectos del terremoto de Tohoku, Japón, se pueden ver en parte estas potentes predicciones de la profecía, en donde se produjo un desplazamiento del eje de rotación de la Tierra en unos 15 a 17 centímetros y una disminución de la duración del día, estimada en 1.8 millonésima de segundo.

Sobre maremotos o tsunamis, la referencia bíblica más explícita se encuentra en Amos 9:6, donde el Señor muestra que al menos algunos de estos denominados fenómenos naturales formarían parte de su juicio sobre la tierra; «...él llama las aguas del mar y sobre la faz de la tierra las derrama, Jehová es su nombre».

Terremotos épicos

El tipo de cataclismos descritos en Apocalipsis (capaces de remover montes e islas de sus cimientos; Apocalipsis 6:12-14), de seguro no son comparables a los terremotos registrados por el ser humano hasta ahora, ya sea por crónicas de la antigüedad o en nuestra era con complejos instrumentos. No ha sido nunca registrado en la historia humana un terremoto en el grado máximo que considera la escala de Richter, de magnitud diez o sobre diez (denominados «épicos»). Sin embargo, un terremoto capaz de remover islas y montañas, sacándolas de sus cimientos (Apoc. 6:12-14), parece ajustarse más bien a este último tipo de movimientos telúricos. Esta escala, que mide la magnitud de los terremotos, fue establecida por Charles Richter en Norteamérica en 1935 y utiliza una función logarítmica para calcu-

lar la energía liberada de los sismos. Esta escala de Richter considera en categoría de «Mayor» un terremoto desde los 7 grados hasta los 7,9 grados. Luego está la categoría «Gran» para clasificar terremotos desde los 8 grados hasta los 9,9 grados. Estos últimos producen devastaciones enormes en una escala de miles de kilómetros. Finalmente está la categoría de terremoto «Épico» de 10 o sobre 10 grados Richter, cuyas consecuencias de devastación son difíciles de imaginar y solo nos queda como referencia lo descrito en Apocalipsis 6.

El mayor terremoto registrado con esta escala Richter, logró medir una liberación de energía tal que fue clasificado en la escala de 9,5 grados, ocurrido en la ciudad de Valdivia, Chile, el 22 de mayo de 1960.

Grandes terremotos en la Biblia

La Biblia registra eventos telúricos cataclísmicos de proporciones épicas (10 o sobre 10 escala Richter). Esto se describe en el libro de Génesis, cuando Dios se encontraba modelando la tierra para hacerla habitable (Gén. 1:9-10). Lo señalado en la Escritura supone una subducción de las bases oceánicas respecto a la de los continentes, para hacerlos a éstos visibles. Estos movimientos de placas tectónicas fueron a escala planetaria, y por tanto de magnitud cataclísmica.

También la Escritura se refiere a terremotos de magnitud probablemente inferior a 10 escala Richter, pero seguramente al menos sobre 7 grados Richter por las consecuencias que se señalan. Por ejemplo, en 1 Reyes

19:11 se describe un terremoto antes que Dios hable a Elías, y si bien el pasaje bíblico señala que Dios no estaba en el terremoto, la Escritura deja entrever que este ocurrió para cumplir sus propósitos en su trato con Elías. Ya en los tiempos de Cristo en la tierra, en el momento de su muerte en la cruz ocurrió otro gran terremoto, el cual removió las tumbas levantándose algunos de los muertos que en ellas yacían, generando gran susto a los que estaban allí, de modo que incluso soldados romanos que custodiaban la cruz reconocieron que habían crucificado al Hijo de Dios (Mat. 27:51-54). A los dos días de la crucifixión se produjo otro gran terremoto (Mat. 28:2), cuando un ángel que descendió del cielo removió la piedra de la tumba donde pusieron a Jesús, para mostrarla vacía a quienes fueron a mirarla.

Terremotos del tiempo final

¿Qué bases científicas existen hoy para sustentar adecuadamente el que nos encontramos en una fase previa o cercana al final de la actual dispensación cristiana sostenida por la gracia del Señor? En relación a los terremotos considerados como indicadores, es difícil precisar si están o no aumentando, y si hay un aumento, poder determinar si este es un incremento en frecuencia (Nº de eventos por unidad de tiempo) o en intensidad.

¿Cómo analizar los abundantes datos registrados acerca de terremotos en el último siglo y también en siglos pasados? Generalmente se dice que desde el penúltimo siglo se cuenta con

un mayor registro de terremotos porque existen más instrumentos que los detectan. Esto es correcto, pero el punto es establecer qué se quiere significar cuando se habla de terremotos. La palabra terremoto por definición es un movimiento de tierra, que puede ser débil o fuerte. Pero no es esta la definición a la que se refería el Señor en su profecía acerca del tiempo del fin. Se trata, por tanto, de grandes movimientos telúricos como lo dejó registrado Lucas, con consecuencias de desastre visibles y mensurables. En este sentido, no se trata de definir con exactitud de décimas de grado, porque un terremoto con casas derrumbadas y aberturas de la superficie terrestre, con centenares o miles de muertos, cabe dentro del concepto de gran terremoto, ya sea que lo cuantifique con gran precisión en el último siglo un geólogo, con sofisticado instrumental, o que se describa en crónicas por historiadores, o conquistadores que informaban con detalles a sus principados y reinados que los enviaban a tomar posesión de nuevas tierras, como ocurrió con los españoles desde su llegada a América en 1492. Crónicas que han perdurado hasta hoy.

Un gran terremoto por tanto nunca ha pasado inadvertido ni para científicos ni para legos, contándose con un registro confiable de varios centenares de años y en múltiples documentos oficiales y en distintos libros publicados. Se ha de recordar que la escritura como medio de comunicación fue única hasta hace pocas décadas, y este registro ha probado ser durable en el tiempo. Basado en este principio, el Departamento de Geofísica de la Universidad de Chile tiene publicada una base de datos en su página Web con una importante data de registros de movimientos telúricos, que abarca los últimos 500 años, para lo cual se ha basado en información compilada por el sistema de base de datos de terremotos de Estados Unidos. A partir de esta información, se graficó todos los terremotos ocurridos en el mundo en el siglo pasado, cuya puntuación en la escala de Richter fueses de 7 grados o mayor (Figura 1), lo que equivaldría a grandes terremotos, como escribió Lucas.

Entre 1900 y 1997 se produjeron en el mundo 1.960 terremotos de 7 grados o superiores a 7 grados Richter, con un promedio de 20 por año. La

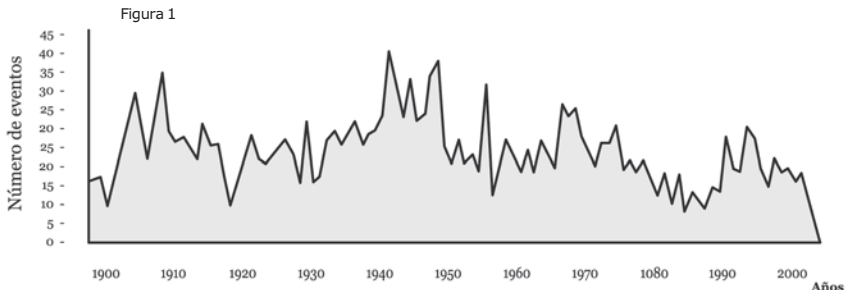


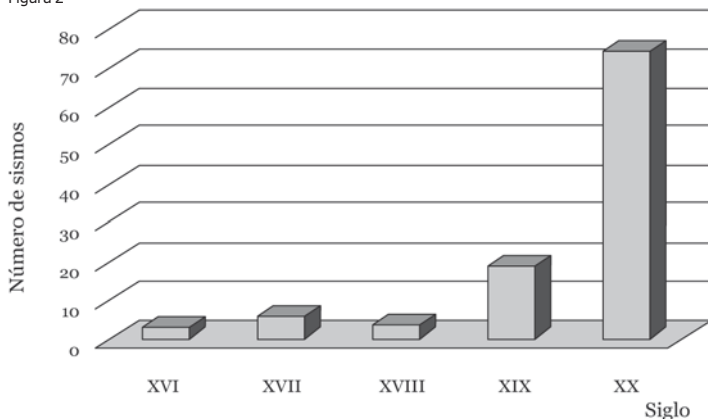
Figura 1 muestra la cantidad de terremotos acumulada por cada año en el siglo XX. A esta escala de tiempo (un siglo), no se aprecia una tendencia al aumento de terremotos, a medida que avanzaba el siglo. Al terminar la primera década ocurre un incremento importante, alcanzando hasta 35 terremotos iguales o mayores a 7 grados Richter, pero en los 30 años que siguieron, disminuye la frecuencia de movimientos telúricos grandes, para volver a aumentar entre 1940 y 1959, alcanzando hasta 41 grandes terremotos en un año (1943). Posteriormente baja la frecuencia de estos eventos nuevamente, oscilando entre un máximo de 30 terremotos por año y un mínimo de 5, a excepción de 1957, en que se registró hasta 34 grandes terremotos en un año (Fig. 1).

Efectivamente, a partir de los datos analizados de frecuencia de grandes terremotos por año, en escala de varias decenas de años, no se observan tendencias claras de incremento. Esta

información por tanto es consecuente con lo que generalmente se escucha de expertos en el tema, en que no existiría un aumento de terremotos en los últimos años respecto a siglos pasados. Se argumenta que la fuerte destrucción observada, sería producto de la mayor población que se asienta en lugares con alta actividad sísmica como Chile y Japón, lo que le daría una magnificación a estos fenómenos.

No obstante, al cambiar la escala comparativa de decenas de años a centenas de años, se tiene un resultado interesante. La Figura 2 presenta un gráfico de frecuencia acumulada de grandes terremotos ocurridos entre el siglo XVI y el siglo XX. En los tres primeros siglos el registro de grandes terremotos por año oscila entre 3 y 6. Luego en el cuarto siglo de la serie (siglo XIX), el número de eventos telúricos grandes se incrementa 5 veces respecto a los siglos anteriores, y el siglo XX muestra un incremento 4 veces mayor que el si-

Figura 2



glo previo, registrando 74 grandes terremotos. De acuerdo a estos datos, habría un incremento de tipo exponencial de estos terremotos en los últimos tres siglos. Por cierto que se puede usar como argumento que este incremento puede deberse a mayor tec-

La prevención humana ante estos cataclismos, aun considerando el gran desarrollo tecnológico actual, resulta por tanto inservible ante las poderosas fuerzas naturales.

nología o una mayor sistematización en el ordenamiento y registro de los datos. Pero ello valdría más al considerar el paso del siglo XVIII al siglo XIX. Sin embargo este argumento no se sostiene tanto al comparar los siglos XIX y XX, porque el trabajo sistemático e instrumental se realizó ya en el siglo XIX y más bien se sofisticó en el siglo XX. Por tanto, el registro de eventos telúricos grandes habría sido adecuado en ambos siglos.

Planeta especial

La corteza terrestre, a diferencia de los otros planetas rocosos del sistema solar, como Venus y Marte, no está formada por una capa compacta, sino que está compuesta por placas. Esto la hace notablemente distinta porque le confiere un importante dinamismo. La Escritura dice directamente, no en forma poética ni metafórica, que la Tierra es distinta a los demás

astros porque fue creada de manera especial, fue diseñada para albergar organismos vivos (Isaías 45:18), dentro de un propósito original perfecto que implicaba el morar del Creador con creaturas, con ecosistemas funcionando en perfecto equilibrio y Dios sustentando todos estos equilibrios a través de su palabra poderosa (Hebreos 1:3). Pero el ser humano creado escogió su propio camino, desobediendo y yéndose contra lo establecido por su Creador.

Esto trajo consecuencias complejas para el funcionamiento sistémico de la Tierra, desde el surgimiento de espinos y cardos (Gén. 3:17-18), hasta los grandes desastres naturales a los que asistimos hoy. Algunos de ellos generados por el propio accionar del ser humano como el calentamiento global (el que se le relaciona a su vez con el incremento en intensidad y frecuencia de desastres naturales, como tornados, huracanes (Philippart *et al.*, 2011), y cambios en los patrones de circulación oceánica, que a su vez influye en el comportamiento de los climas de la tierra (Johnson *et al.*, 2011), la destrucción de la capa de ozono, la desertificación, la contaminación de océanos, etc., mientras que otros desastres naturales parecieran obedecer más bien a la pérdida de propósito del plan original establecido por Dios, lo que estaría implicando que si bien aún su mano de poder regula y sostiene grandes procesos en escala planetaria y también otros pequeños como el preocuparse de la alimentación de animales silvestres, algunos de estos portentosos procesos como la dinámica de placas

continentales y submarinas ya estarían cogiendo una dinámica propia de los sistemas no dirigidos y que avanzarían por tanto hacia el desorden total, como lo establece la segunda ley de la termodinámica. Todo ello producto del despropósito en que cayó el planeta y sus moradores a causa de la desobediencia humana (Rom. 8:22).

Enfrentando los terremotos

En los últimos 60 años se han producido los sismos más devastadores registrados en la historia (Valdivia, Chile 1960, 9,5°; Alaska 1964, 9,2°; Sumatra 2004, 9,1°; Kamchatka, Rusia 1952, 9°; Japón 2011, 9°; Chile 2010, 8,8°). Es probable, de acuerdo a estos antecedentes y a la profecía bíblica, que estos colosales eventos telúricos seguirán ocurriendo. ¿Cómo enfrentar este problema? Una opción es invertir grandes sumas de dinero en tecnología, que permita proteger a la población. En este sentido, Japón ya lo ha hecho. Es tal vez el país que mejor preparado se encuentra en el mundo, desde el punto de vista tecnológico, para soportar la embestida de movimientos telúricos de gran magnitud, seguidos de tsunamis. Cuenta con edificios antisísmicos con bases móviles, con miles de sensores instalados en zonas costeras para alertar tempranamente de movimientos telúricos y de eventuales tsunamis, información que les llega en tiempo real a los celulares de

los ciudadanos japoneses. También desarrollaron barreras naturales y artificiales en las principales zonas costeras para protegerse de tsunamis.

Lamentablemente, todo ello fue absolutamente superado por el devastador sismo seguido de tsunami ocurrido el 11 de marzo de 2011. La prevención humana ante estos cataclismos, aun considerando el gran desarrollo tecnológico actual, resulta por tanto inservible ante las poderosas fuerzas naturales. La alternativa que resta es poner la confianza en Quien está por sobre estas fuerzas naturales, y que tiene por tanto el control sobre ellas y sobre su accionar. Una persona en Santiago de Chile, que se ha declarado atea públicamente, al sentir que el terremoto del 28 de febrero de 2010 llevaba ya unos dos minutos de intensa destrucción sin mostrar signos de terminar, comenzó a rezar desesperadamente la oración del Padrenuestro, según lo confesaba valerosamente la misma persona días después. Tal vez esta sea parte de la respuesta esperada.

Ricardo Bravo Méndez

Bibliografía

- Departamento de Geofísica de la U. de Chile, Servicio sismológico. <http://sn.dgf.uchile.cl/index.html>
- Johnson C. *et al.* 2011. Climate change cascades: Shifts in oceanography, species' ranges and subtidal marine community dynamics in eastern Tasmania. *Journal of Experimental Marine Biology and Ecology* 400, 17–32.
- Philippart. C. *et al.* 2011. Impacts of climate change on European marine ecosystems: Observations, expectations and indicators. *Journal of Experimental Marine Biology and Ecology* 400 (2011) 52–69.
- Reina Valera. 1995. Santa Biblia.

El futuro es tan radiante como las promesas de Dios.

Adoniram Judson (1788-1850), misionero bautista norteamericano

Historias de la Gracia

Solo la gracia podría hacerlo

Era costumbre de una grande y próspera iglesia invitar a otras tres iglesias misioneras para realizar juntas un culto comunitario el primer domingo del año. Algunos ejemplos de conversión en aquellas congregaciones eran fuera de serie: ladrones, asaltantes, criminales – todos de rodillas, uno junto al otro, participando de la cena.

En cierta ocasión, el pastor vio a un delincuente ya convertido de rodillas al lado de un juez de la Corte Suprema – justamente aquel que lo había sentenciado a prisión por siete años.

Al quedar libre, el asaltante había dado un maravilloso testimonio de conversión, y se volvió un trabajador dedicado. Sin embargo, en aquel momento, parecía que no se reconocían, a pesar de la proximidad.

Después del culto, el juez y el pastor caminaban juntos a casa. Entonces, el juez preguntó: «¿Usted notó quién estaba arrodillado a mi lado durante la cena del Señor?». «Sí, no sabía que usted se había dado cuenta».

El juez exclamó en seguida: «¡Qué maravilloso milagro de gracia!». «Sin duda, un maravilloso milagro de gracia», replicó el pastor. «Pero, ¿a quién se refiere usted?», preguntó el juez. «¡A Fulano de Tal!», dijo el pastor, mencionando el nombre del asaltante. «No me refería a él», dijo el juez. «Estaba pensando en mí mismo».

«¿En usted mismo?». «No fue muy difícil que aquel delincuente se convirtiera después de salir de prisión. Él no poseía nada, a no ser un historial de antecedentes criminales. Cuando vio a Jesús como Salvador, descubrió que había salvación y esperanza para él. Pero, imíreme a mí! Desde mi más tierna infancia, fui enseñado a comportarme como un caballero, mi palabra debía ser palabra de honor, debía orar, frecuentar la iglesia, participar de la cena y así por el estilo. Fui a Oxford, me gradué, trabajé como abogado y más tarde llegué a ser juez. Pastor, inada, a no ser la gracia de Dios, podría haberme hecho admitir cuán pecador era, al mismo nivel de aquel asaltante! ¿No le parece que fue más difícil para mí humillarme, que para aquel hombre?».

Gracia para perdonar

Una madre nos escribió contando cómo el chofer del bus escolar de su hija, que era cristiano, se convirtió en un resentido. El otrora padre de once hijos, ahora solo tenía nueve sentados alrededor de la mesa de familia. El vecindario quedó horrorizado cuando un conductor ebrio se introdujo en su propiedad segando la vida de dos de sus hijos, un niño y una niña. Aunque él conocía a Dios, Lo culpaba por lo ocurrido. Sus sentimientos de amargura solamente acentuaron su dureza de corazón. Era imposible perdonar a aquel borracho que había roto el círculo familiar.

Cierto día, sin embargo, se produjo un cambio en aquella situación. Después de terminada la escuela, la profesora designada para embarcar a los niños en el bus se atrasó. Al pasar frente al bus, nuestra hija Michelynne dejó caer algunos papeles. Al inclinarse para tomarlos quedó fuera de la visión del conductor. Fue así que el bus en movimiento la golpeó, lanzándola al suelo. La lonchera fue arruinada, en tanto que las ruedas del bus pasaron paralelas a su cuerpo, una por cada lado. ¡Fue sorprendente! Ella sufrió solo un corte en la cabeza. Damos gracias a Dios por haberle salvado la vida.

A la mañana siguiente, bien temprano, el chofer nos vino a visitar. Él nos contó del accidente con sus hijos ocurrido once meses atrás, y cómo no lo-graba perdonar al culpable. ¡Ahora, sin embargo, él tenía una nueva visión! ¿Lo perdonaríamos nosotros por lo que había hecho? Le dimos a aquel hombre total seguridad de que ya lo habíamos perdonado.

Después de lo ocurrido, toda su familia comenzó a frecuentar una iglesia. El conductor se reconcilió con el Se-

ñor, y su esposa se convirtió. En los meses que siguieron, otros miembros de la familia confiaron en Cristo como Señor y Salvador.

Vea atentamente el testimonio de la madre de Michelynne con respecto a la provisión de la gracia de Dios: «Pocos días antes del accidente, alguien me prestó un libro titulado: «El poder de la alabanza». Aquel libro cambió mi vida, y tuve muy luego la oportunidad de poner en práctica lo que aprendí.

El día del accidente, la profesora y la enfermera de la escuela trajeron a Michelynne para casa, y a medida que me relataban lo ocurrido, yo agradecía y alababa a Dios por su misericordia. En otras circunstancias, yo habría ‘entrado en pánico’.

Alguien cierta vez me dijo: «Nunca enfrente ningún problema sin antes agradecer a Dios por él. Así, el problema no será un mero problema sino una oportunidad para que Dios le conceda la victoria a través del problema».

(Historias tomadas de «A Janela Mais Ampla», de DeVern Fromke).

Citas escogidas

El libro de la naturaleza es como una pieza fina y grande de tapicería enrollada, que no puedes ver de una vez, pero debes estar contento esperando el descubrimiento de su belleza y simetría, poco a poco, pues viene gradualmente a estar cada vez más desdoblado o exhibido.

Robert Boyle (1627-1691), el padre de la Química

Para que un siervo de Dios tenga autoridad en cada frase que él pronuncia, debe primero sufrir por el mensaje que va a entregar. Sin gran tribulación, no hay gran iluminación.

John Sung, evangelista chino del siglo XX

No se puede detener

La revista Aguas Vivas es de mucha utilidad espiritual para mí y mis amigos, a quienes la facilito para lectura. Quiero estimularles a continuar con este propósito. Ciertamente, muchos hermanos son edificados. Este trabajo no se puede detener. Dios bendiga grandemente la obra que ha puesto al cuidado de ustedes.

*Solange Meri Colzani de Borba,
Caxias Do Sul (Brasil).*

El privilegio de seguir adelante

Estamos muy agradecidos al Señor por concederles el privilegio de seguir adelante en este ministerio, no según la tradición ni la opinión del hombre, sino en la voluntad de Dios. Los artículos de Aguas Vivas han sido muy fructíferos en Tuxtla Gutiérrez (México), y han sido aguas refrescantes en las vidas de estudiantes de la universidad allí y también de muchos otros creyentes, enseñándoles que la vida verdadera se encuentra en Cristo mismo.

Mauricio Bareford, Richmond (USA).

Cartas vivas

La revista Aguas Vivas es la bendición más grande que pueda haber venido del cielo, para la iglesia del Señor en estos últimos tiempos. Una vez más, quiero bendecirlos y dar

gracias a Dios, porque ustedes son cartas vivas de nuestro buen Dios para todo el pueblo cristiano.

Pedro Luis Orrillo Flores, Lima (Perú).

Para estudio y archivo

Su revista es un tesoro que estudio con esmero y luego archivo con diligencia para futuras referencias. Desde hace años, los recomiendo incansablemente. Dirigi un Instituto Bíblico y ahí lo hice. Lo he hecho en la radio, en internet y en todo lugar. Dios está restaurando el ministerio de la palabra de Dios y ustedes son una pieza clave en todo esto.

Daniel Iván Reyes, Chihuahua (México).

Continuar el servicio

Agradezco al Señor por la revista Aguas Vivas. Su trabajo es de mucha bendición para muchos de Sus hijos. Para mí ha sido muy enriquecedor. El Señor sabe lo mucho que valorizo el trabajo que ustedes realizan. Aunque en este tiempo he tenido la oportunidad de leer otros libros, nada se compara con la gracia que el Señor ha colocado en sus manos, sin desmerecer a nadie. Oro porque puedan continuar su servicio, y que nada impida que Su Palabra corra y sea glorificada.

Sandra Soto Avasolo, Santiago (Chile).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo
Año 12 · Nº 64 · Octubre - Noviembre - Diciembre 2011

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda.

DISEÑO Y DIAGRAMACION: Mario Cortés, Daniel Cortés, Mario Contreras.